



DIARIO DE LA MARINA



LA HABANA, 5 DE FEBRERO DE 1939

Suplemento Dominical

En Este
Número:



El amor
y los
Sombreros
crónica
de Modas



Los
Accidentes
más
curiosos
del año



El Capitán
Aguila
Trucutú



Otras lecturas
amenas para
grandes y chicos

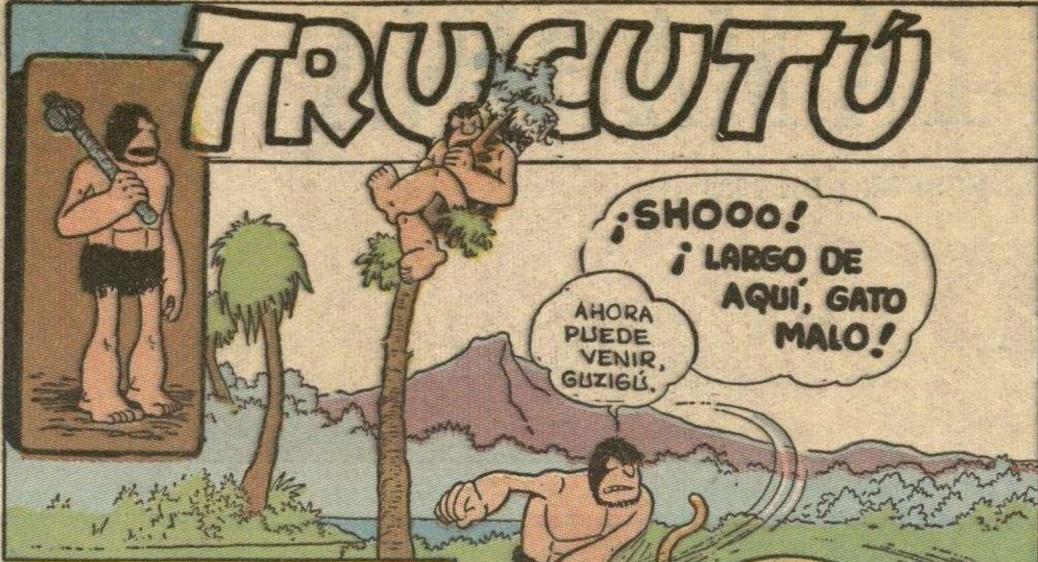


Una Mancha de Tinta



La Novela del
Domingo
por R. Boyer

TRUCUTÚ



¡SHOOO!
¡LARGO DE
AQUÍ, GATO
MALO!

AHORA
PUEDE
VENIR,
GUZIGÚ.

¡CACHÓN, GUZIGÚ,
PERDÓN LA
MOLESTIA! ¡NO
SABÍA QUE IBA
A CAERLE EN-
CIMA CUANDO
LO LANCÉ!

¡DÉJATE
DE TONTERAS,
IDIOTA!
¿QUÉ HICISTE
DE MI CORONA?
¡LADRÓN!
¡IMBÉCIL!



¿LA
CORONA?
¡SÍ, MI CORONA!
¡NO ME MIENTAS!
¡TÚ LA COGISTE!



FRAGMENTOS

DE
ÉPO
PRE
TO

EL OFIACODONTE
6 PIES DE LARGO.



SE CREE FUE PUESTO
POR UN REPTIL PARECIDO
AL DE ARRIBA.

EL HUEVO
FÓSIL MÁS
ANTIGUO
DEL MUNDO
DATA DE HACER 225,000,000
AÑOS. HALLADO EN TEJAS
ES ANTERIOR POR MÁS
DE 100 MILLONES DE
AÑOS A LOS HUEVOS DEL
DEBIERTO DE GOBI.



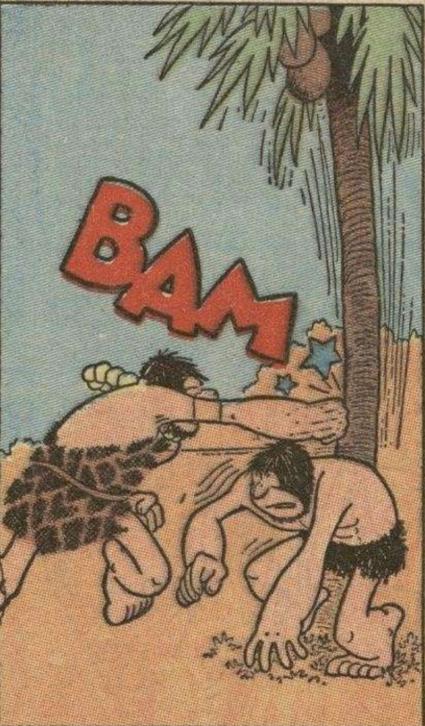
EL PLATESAURIO, 20 PIES
DE FEROCIDAD CARNÍVORA
(DATA DE HACER 160 MILLONES DE
AÑOS) FUÉ EL ANTEPASADO DE TODOS
LOS DINOSAURIOS QUE POBLARON LA
TIERRA POR MÁS DE 100
MILLONES DE AÑOS.



¿SIGUES CON LAS
MISMAS, EH? ¡VOY
A ROMPERTE LA
CRISMA, ATREVIDO!



¡CUIDADO,
GUZIGÚ, SE VA
A HACER
DAÑO!
¡CUIDADO!

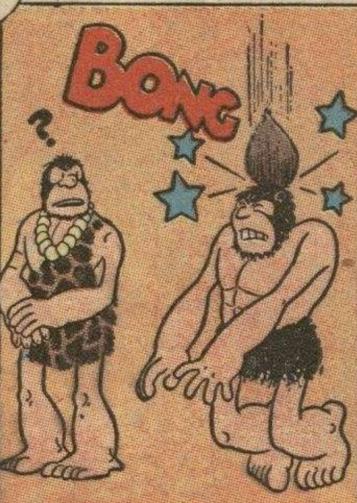


BAM



¡AY!
¡MI MUÑECA!
¡CACHÓN!

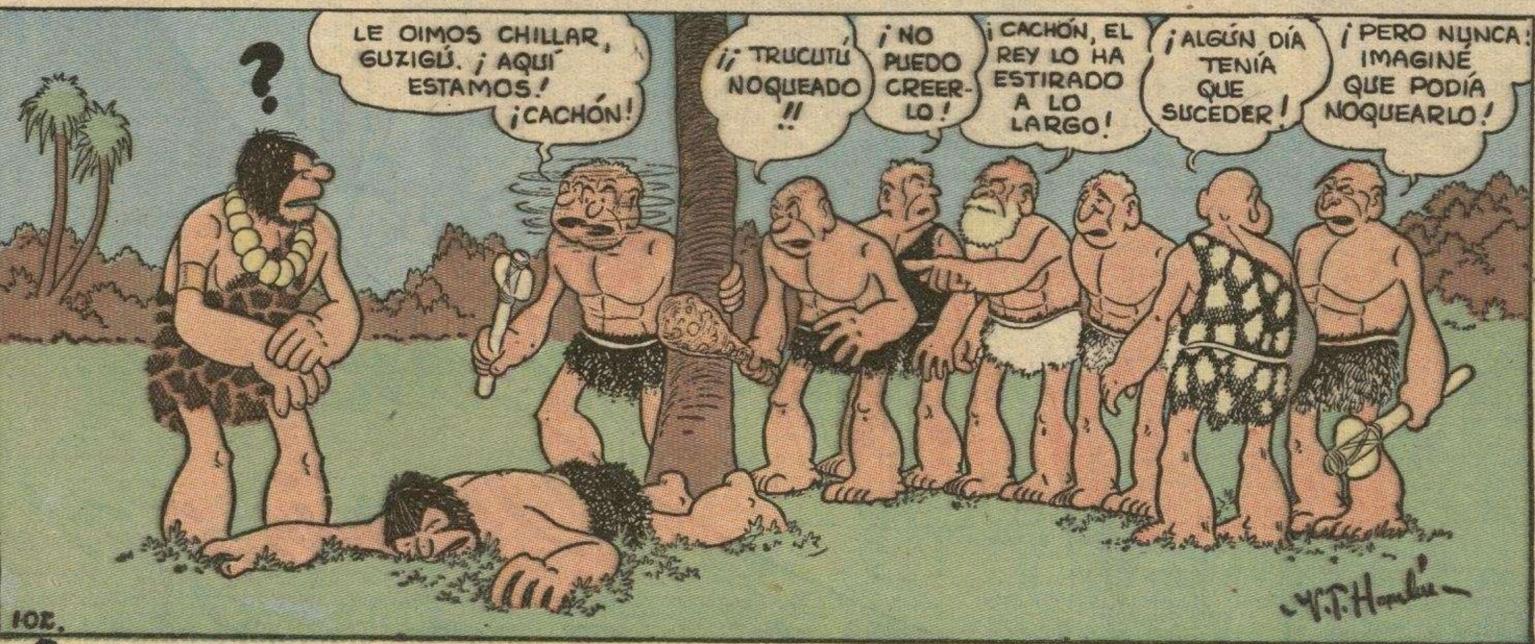
¿NO SE
LO DIJE
?



BONG



¡DIANTRE!



LE OIMOS CHILLAR,
GUZIGÚ. ¡AQUÍ
ESTAMOS!
¡CACHÓN!

¡TRUCUTÚ
NOQUEADO
!!

¡NO
PUEDO
CREER-
LO!

¡CACHÓN, EL
REY LO HA
ESTIRADO
A LO
LARGO!

¡ALGÚN DÍA
TENÍA
QUE
SUCCEDER!

¡PERO NUNCA!
IMAGINE
QUE PODÍA
NOQUEARLO!

¡ESO ES PARA QUE
VEAN LO QUE LES
SUCEDE A LOS
FRESCOS!

¡INCREÍ-
BLE!
¡QUE
PARA



V.F. Hombler

LA MANCHA DE TINTA

por R. BAZIN

CONTINUACION



la condesa Dannegianti. Su mirada estúpida no me deja conocer si le he producido impresión, ni siquiera si me ha comprendido. Gira sobre sus talones, las llaves en una mano y la tarjeta en la otra, y se aleja por la alameda umbría, balanceando sus anchas espaldas; su librea, a causa de su abultamiento delantero, parece venirle corta.

La sombra de que me ha hablado Lamprón no ha disminuido en rededor de aquella morada. El parque conserva su verdor y su frescura. Al final de la avenida de plátanos, entre los cuales se elevan recortados en forma cónica, ojicantos seculares, distinguimos, dominada apenas por un espeso bosque, la mole cuadrada de la quinta. Más arriba, algunos pinos aparasolados marcan sobre el celaje del fondo la clara mancha de sus copas y de sus peldaos troncos.

El conserje reaparece solemne e impasible. Abre la verja sin decir palabra. Todos entramos; el señor Charnot algo contrariado por hacerlo fraudulentamente, casa que adivino en el súbito esguimiento de su cabeza. Juana está contenta; baja un pliegue de su falda que el viento había levantado, arregla otro, arquea su tallo, asegura con una horquilla los cabellos que se han desordenado de sus rubias trenzas, todo con pequeños, hábiles y graciosos movimientos, como ave que sacude sus plumas.

Llegamos a la escalinata. Convenimos en que el señor y la señorita Charnot esperarán en las avenidas inmediatas el permiso que les he prometido pedir para que puedan visitar el museo.

El otro, precedido de un criado. Atravesamos un vestíbulo inmenso, con pavimento de mosaico, cortado por columnas de mármoles raros, con las paredes adornadas de frescos nada notables, pero perfectamente dispuestos. En el fondo se abre la cámara de la condesa. El contraste es completo: es pequeña, con revestimiento de madera y adornada de objetos piadosos; tiene aspecto de capilla.

Al acercarme, una anciana se levanta a medias del sillón en que está y que muy bien pudiera servirle de morada, tan grande es él y tan pequeña ella. No veo de pronto más que dos ojos vivos e inquietos. Me mira en la actitud litigante que espera el fallo de su pleito. Empiezo por enterarla de la muerte de la señora Lamprón. Su única respuesta es un movimiento de atención. Adivina que hay algo más y espera con el corazón puesto en guardia. Continúo y le anuncio el envío del retrato de su hija. Entonces lo olvida todo: su edad, su rango, la especie de triste dignidad en que se encerraba momentos antes; revive en ella solamente la madre; un lampo ha iluminado el

incurable pesar que la consume: corre hacia mí, me tiende los brazos, y siento en mi hombro la presión de su ruinoso cuerpo que solloza. Me da las gracias con un flujo de palabras que me es difícil comprender. Después retrocede bruscamente para mirarme, para leer en mis ojos algo que esconda a su emoción, y los suyos, enrojecidos, dilatados por la fiebre, me interrogan aún más que sus labios.

—¡Cuán bueno es usted, caballero, y cuán generoso! ¿Cómo vive Lamprón? ¿Abatido como nosotros? ¿Ha sobrellevado el dolor que destrozó aquí su juventud...? Los hombres, afortunadamente, olvidan más pronto... Yo había perdido ya la esperanza de poseer ese retrato, caballero. Las flores que anualmente le enviaba querían decirle: «Devuélvame lo que de ella, de Rafaela, ya difunta, aún queda». Era quizá una crueldad, y yo me lo reprochaba muchas veces. Pero yo era madre, ¿comprende usted?, madre de aquella hija única. ¡Y ese retrato es tan hermoso, tan parecido...! ¡Oh...! ¿No lo ha corregido, dígame usted, ni retocado? ¿No ha alterado el tiempo, dígame usted, aquellos colores tan suaves y tan verdaderos? El me dará el triste consuelo que he deseado: el de verla a cada instante, el de tener ante mis ojos al objeto de mis lágrimas, el de contemplar aquel rostro bendito que nadie fué capaz de pintar, sino el que la amaba...; porque, caballero, es muy horroroso pensarlo, la imagen de las personas más queridas se borra y se deforma hasta en el corazón de las madres, y hay momentos en que dudo de si mi vieja memoria es todavía fiel y sigue evocándome toda su gracia, todo su encanto, tan claramente como otras veces, cuando la llaga de mi alma era reciente y cuando mis miradas estaban aún impregnadas de las suyas... ¡Oh! Volverla a ver, volverla a encontrar... ¡Caballero, caballero!

Se separa de mí con la misma rapidez con que se me había acercado, y va a abrir, a la izquierda, una puerta que comunica con el departamento contiguo.

El reflejo de rojas colgaduras se deja ver en el pavimento.

—¡Cristóbal—exclama—, Cristóbal! Ven a ver a un francés que nos trae una gran noticia: ¡el retrato de nuestra Rafaela, Cristóbal, el retrato tan deseado, nos ha sido finalmente cedido!

Ruido de un sillón, unos pasos graves: Cristóbal aparece; los cabellos enteramente blancos, el bigote completamente negro, su elevado cuerpo aprisionado en una levita la Guizot, hermoso resto petrificado, momificado, de un hombre arrogante. Se adelanta hacia mí, me coge ambas manos y las aprieta con efusión ceremoniosa. Ninguna huella de emoción

en su semblante: tiene los ojos secos y no encuentra una palabra que decirme. ¿Comprende? Lo ignoro. Aquello no es para él más que una presentación. Al verle, recordé la frase de su esposa: «Los hombres olvidan más pronto». Ella le mira; quisiera infundirle la sangre de que carece.

—Cristóbal, grande será tu alegría, lo sé, y te unirás a mí para dar gracias al generoso señor Lamprón... Dígame usted, caballero, cuánta es la gratitud del conde y la mía, así como la parte que tomamos en su reciente duelo. Además nosotros le escribiremos... ¿Es rico el señor Lamprón, caballero?

—He omitido decir a usted, señora, que mi amigo no aceptará otra cosa que no sea la gratitud de ustedes.

—¡Oh! ¡Noble corazón! ¿No es verdad, Cristóbal?

Por toda respuesta, el noble señor me cogió las manos y me las estrechó nuevamente.

Ya aproveché aquella oportunidad para hacerle mi petición en favor del señor Charnot. El me escuchó gravemente.

—Voy a dar las órdenes oportunas: pueden ustedes visitarlo todo, absolutamente todo.

Y, juzgando terminada la audiencia, me saludó y se volvió a su departamento.

Mis ojos buscaron los de la condesa. Había vuelto a sentarse en su gran sillón y lloraba a mares...

Diez minutos después, el señor Charnot y Juana estraban conmigo en el mu-

seo, tan celosamente guardado, de la quinta.

El nombre de museo cuadra perfectamente a aquel conjunto de riquezas artísticas que ocupa toda la planta baja a la derecha del vestíbulo. Dos salas paralelas están llenas de cuadros, de grabados, de medallas; una tercera sala perpendicular las enlaza a entrambas y sirve de museo de escultura.

Apenas abierta la puerta, el señor Charnot buscó las famosas vitrinas. Están precisamente en el centro de la sala, en doble hilera. Charnot estaba muy emocionado. Creí que se iba a precipitar sobre ellas, atraído a su modo por el auri sacra fames, por el brillo leonado de aquellas piezas antiguas, de las que conocía el nombre, la familia, el anverso y el reverso. Pero confieso no conocer a los sabios.

Sacó el pañuelo, sus anteojos, limpió los cristales, y, mientras duró esta operación, dirigió una rápida ojeada, acompañada de una mueca característica, a las obras que pendían de las paredes. Nada cautiva a aquel corzón tan vehemente apasionado por la numismática. Y cuando hubo voluptuosamente comprobado los débiles atractivos que, en comparación, pueden ofrecer un Ticiano o un Veronés, sólo entonces fué cuando el señor Charnot, a pasos cortos, se adelantó hasta la primera vitrina y se inclinó ante ella devotamente.

¡Y, sin embargo, aquel museo de pinturas era realmente bello! Pocos cuadros, pero todos de buenos maestros: la mayor parte italianos, algunos holandeses, flamencos o alemanes. Empecé a pasarles revista metódicamente, feliz por la carencia de catálogo y por la rareza de las inscripciones colocadas sobre los cuadros. Es doble el placer que se experimenta cuando uno mismo, sin guía, siente por entero, en su pristina frescura, la impresión de una obra de arte; y admira sin influencia ajena, infiere, compara, adivina el sujeto de un cuadro, su escuela, su autor, a menos que no declare él mismo con toda la luz que su lienzo refleja: «¡Yo soy Hobbema, Peruggino o Giotto!»

Una cosa distraída, empero, mi atención: la voz del viejo numismático, que, encorvado sobre las vitrinas, hacía partícipe a su hija de sus alegrías de sabio.

—Juana, mira esto: cabeza diademada de Cleopatra en el reverso de Marco Antonio: perfectamente bella, ¿no es verdad? Mira, una moneda itálica. **Ignvinn Umbra**, que mi colega Pousselot ha estado buscando treinta años... ¡Oh!, ¡oh!, hija mía, esto sí que es serio: Annio Vero en el reverso de Cómodo, niños los dos, bronce raro... menos raro, por ejemplo, que... Juana, es preciso que fijes en tu memoria este medallón de oro, inestimable: cabeza laureada de Augusto en el reverso de Diana andando... Eso debe interesarte: Diana la bella cazadora. ¿No es verdad que esta colección es deliciosa? Espera un poco; vamos a descubrir la Annia Faustina.

Juana, complaciente, sonreía con dulzura a Cleopatra, a la moneda ómbrica de Augusto y a la bella cazadora.

Poco a poco el entusiasmo de su padre se fué dispersando por la vasta extensión de aquellos tesoros. El señor Charnot sacó su libro de memorias y anotó. Juana dirigió la vista a la pared, una, dos veces, esperó un poco, y, al ver que su padre no volvía a llamarla, se deslizó hasta el primer cuadro, por el cual había yo empezado.

Pasaba con rapidez de uno a otro, y es evidente que no tenía en materia de pintura más que curiosidades de niño. Como yo avanzaba, por el contrario, con lentitud, forzosamente debíamos encontrarnos. Nada hice por evitarlo y pronto nos reu-



nimos ambos ante un mismo retrato de Holbein el joven. La entrada en materia estaba naturalmente indicada.

—Señorita —le dije—, ¿le gusta a usted este Holbein?

—Hay que confesar, caballero, que ese viejo señor es muy feo.

—Sí, pero la pintura es bellísima. Vea usted qué firme el dibujo de esta cabeza; qué limpio y qué sólido el color después de más de cuatrocientos años, y cómo comprende uno que es verdaderamente exacto ese autorretrato del buen hombre.

Evidénciase en él al cortesano de Enrique VIII, protestante, bienquisto del rey, astuto, poco letrado y que suspira, desde el fondo de su corazón, por la buena suerte de sus compañeros de juventud que viven en sus condados y que pueden cazar y beber a placer. Se reflejan perfectamente en él sus cualidades morales. Vea usted a su lado ese Rubens; una masa de carne apenas animada por un espíritu; una exuberancia de materia, una escuela pródiga de color y negligente de expresión; espiritualismo de un lado, materialismo de otro, inconsciente quizá, pero cierto. Siga usted mirando y compare con estas dos figuras un pequeño dibujo, un Peruggino sin duda alguna, el esbozo de un ángel para alguna Anunciación; en esas líneas puras, en esa atmósfera ideal en que el pintor vive y en que desarrolla sus obras, se adivina una escuela de poetas y de teó-

logos místicos, de almas videntes, sobradamente hermosas para embellecer la naturaleza y para elevarse al infinito.

Estaba satisfecho de mi pequeño discurso. Juana lo estaba también. Lo conocí perfectamente en su semblante admirado, en la mirada que dirigió hacia donde seguía su padre tomando notas, para saber si podía continuar ella recibiendo su primera lección de pintura.

El tuvo para ella una sonrisa cariñosa que quería decir: «Me divierto; gracias, hija mía; va piano, va sano».

Lo cual equivalía a un permiso. Proseguimos nuestra visita saludando al paso a Tintoretto y a Ticiano, al Veronés, y a Andrés Solari, al viejo Camabúe y a algunos primitivos pintores de Vírgenes en pie sobre fondos de oro.

Juana no se aburría.

—¿Y éste —preguntaba— es también un veneciano, o un lombardo, o un florentino?

Pronto concluimos de dar la vuelta a la primera sala y entonces entramos en la del fondo, reservada a la escultura. Los dioses y las diosas de mármol, los bellos fragmentos de frisos o de cornisas provenientes de las excavaciones de Roma, de Pompeya o de Grecia, no conmovieron sino inmediatamente a la señorita Charnot. Una sola mirada a cada estatua, a veces ni eso. Pronto nos encontramos al extremo de la galería, cerca de la puerta que da acceso a la segunda sala de pintura.

De repente hizo Juana un movimiento de sorpresa.

—¿Qué es eso? —preguntó.

Debajo de la elevada y ancha ventana, a través de la cual veíamos balancearse las ramas de los árboles, había, apoyado en el suelo, un tablero con un inscripción. Las letras, pintadas de negro sobre fondo blanco, estaban dispuestas con ese arte sabio, con ese gusto de estilo lapida-

rio que cultivan todavía los...

Separé los pliegues de una...
lel:
A te—Rafaella Dannegianti—
da venti anni, et poco pió—
rienza piena—Delle illusioni—
di questo mondo—E il giorno
Come angelo che anela al suo
rena e contenta te ne volasti
clero di Desio—G'impiegati
della Ecema. casa Dannegiant
solenni esequie.

—Señorita: es una de las...
fúnebres que se ponen en las...
las iglesias el día de la inhi...
de los funerales en esta región...

«A tí. —Rafaella Dannegiant...
los veinte años ya cumplidos...
tenías plena experiencia—de la...
y de los dolores de este mundo...
6 de enero, —como un ángel...
su cielo—, serena y contenta...
Dios. —el clero de Desio—, los...
los artistas de la excelentísima...
negianti—dedican estas solenn...
quias».

—Caballero, ¿esa Rafaella...
conde?

—Hija única, muy hermosa...
gracia perfecta.

—Hermosas, perfectas, ¿no...
las hijas únicas una vez mu...
Juana con amarga sonrisa—...
su leyenda, su culto, y un ret...
ralmente, favorecido. Me adm...
ver aquí el de Rafaella, a quie...
gino como una damisela de ce...
y bien arqueadas, de ojos osc...
—Verde-oscuros.

—Verdes, si a usted le plac...
roma, de labios de cereza, de...
cabello rubio...

—Castaño-oscuro sería más...

—¿Lo ha visto usted acaso?

—Sí, señorita: no le falta na...
to usted se imagina, ni aun esa...
de alegre juventud que se co...
mentira, apenas seco el óleo...
ante esa reliquia que me la re...
siento penosamente conmovido...
fleso.

Juana me miró asombrada.

—¿En dónde? ¿No será aqu...

—En París, en casa de mi a...
prón.

—¡Ah!—exclamó ruborizán...
mente.

—Sí, señorita: es, a la vez...
maestra y un recuerdo doloroso...
ría es muy sencilla, y tengo l...
de que mi amigo me permitiría...
a usted ante esos restos del p...
prón, muy joven y viajando...
amó a esa joven, cuyo retrato...
amó, sin confesárselo quizá a...
en todo caso sin confesárselo...
la manera de amar de los huma...
timidos, casi siempre desconoc...
no permanezca incógnita. Mi a...
bia jugado la felicidad de su...
sin calcular, sin desconfiar...
perdió. Un día Rafaella Dann...
llevada a otros países por sus...
temblaron al pensar en un...
desigual con un pintor, aunque...
genial.

—¿Y ella ha muerto?

—Al año. Mi amigo no se ha...
jamás, y mientras yo estoy ha...
usted, él piensa y llora allá...
de esas líneas que usted ac...
sin sospechar toda la amargu...
trañan.

—Puesto que ha conocido el...
dijo—, le compadezco de todo...
Sus ojos estaban llenos de...
Repitió aquellas palabras, ahor...

des para ella: A te, Rafaela... Luego dejó caer de rodillas suavemente ante el fúnebre inscripción. Vi cómo se inclinó sobre su cabeza... Juana oró.

Era conmovedor ver a aquella joven, inducida por la casualidad ante aquel breve testimonio de un duelo ya antiguo, profundamente emocionado por el relato de aquellos tristes amores, embargada de una honda piedad hacia Rafaela, de la que se recordaba la juventud, la belleza, la gracia, el destino, y encontrando en su propia virginal inspiración de arrodillarse sin ceremonia y silenciosamente, como sobre una tumba amiga. Los últimos rayos del día, penetrando por la claraboya, iluminaron su humillada frente.

Yo, algo turbado, me había retirado a unos pasos.

Se apareció el señor Charnot. Se acercó a su hija, y la tocó en un hombro. Juana se levantó sonrojada.

—¿Qué haces ahí?—le dijo.

—Me aseguré sus gafas y leí la inscripción.

—Sólo un exceso de curiosidad puede hacerle arrodillarse a uno para descifrar semejante pieza. Ya debes comprender que es un tablero moderno sin valor alguno... Caballero—añadió, dirigiéndose a usted—, no sé cuáles serán sus proyectos; pero si usted no trata de pernectar en esto, salgamos, porque se acerca la noche.

—¿A qué hora?

—Las ocho y siete minutos. ¿A qué hora es el último tren. Juana?

—A las siete y cincuenta.

—¿Caramba...! Estamos sitiados en De... Sólo el pensar que hemos de pasar la noche en esa posada me hace estremecer. No veo la manera de salir de aquí, sino ser que el señor Mouillard consiga conde Dannegianti un coche de gala que nos lleve a Milán. No hay ni un solo vehículo en este maldito pueblo.

—Está el mío, caballero, que, por fortuna, es de cuatro asientos, y que pongo a su disposición.

—Y que yo acepto. El regreso, a la luz de la luna, será poético.

—Se aproximó a Juana y le dijo a media voz:—

—Con tal de que te abrigues bien. ¿Has traído un chal, un capuchón, un abrigo cualquiera?

—Juana movió cariñosamente la cabeza.

—Tranquilízate, papá: todo está preparado.

—Las ocho y media abandonamos a Juana al dueño del albergo dell'Agnello, me había animado a hacer la excursión en carruaje.

—Esto es muy pintoresco, señor.

—¡Oh! Así lo creo.

El señor Charnot y Juana ocuparon el espacio del landó descubierto; yo me senté enfrente de aquél, que estaba de excelente humor a causa de las muchas medallas que había visto. Bien arrellanado en los cojines, animado, locuaz, sin preocuparse de los panoramas del camino, se dedicó a referirme su viaje a Grecia, cuando, encargado de una misión diplomática por el ministerio de Instrucción Pública, había tomado el camino de Hélice, deslumbrado de antemano por las ruinas de Homero. Hablaba bien, con detalles precisos, mezclando los recuerdos del erudito a las impresiones del artista. Fachada del Partenón; adelfas del

Iliso, de aquel río «húmedo cuando llueve»; pelada cima del Parnaso, verdes pendientes del Helicon, azulado golfo de Argos, pinares a orillas del Algeo, en donde los antiguos rendían culto «a la muerte serena», habéis desfilado todos por sus sapientes labios.

Confieso con rubor que no estaba muy atento, y que, siguiendo una costumbre que me es muy querido, conservé algo de mi libertad de pensar, dejándole a él absoluta libertad de palabra. El, sin embargo, fué discreto, y se detuvo en las fronteras de Tesalia. Se produjo el silencio. Dejé que éste se prolongara. Pronto el balanceo del carruaje agotó el manantial de los recuerdos, y el señor Charnot se durmió.

Desfilábamos, a buen paso y sin traqueteos, por la blanca carretera, del caldeado suelo y de los campos vecinos que habían absorbido tanto sol, una atmósfera tibia, impregnada de olores vegetales,



de los trigos en sazón y de la alfalfa, se desprendía y nos envolvía, llegándonos de cuando en cuando algunas ráagas frescas venidas de las montañas. No distinguíamos del campo más que extensas planicies, más oscuras en la parte de los prados, más claras en la de los rastrojos, que se confundían a poca distancia en un mismo horizonte sin color y sin relieve. Pero, a medida que la sombra se acentuaba sobre la tierra, las estrellas se multiplicaban en el cielo. Nunca las he visto en mayor número ni tan claras. Juana, apoyada en el respaldo del asiento y con la cabeza algo echada hacia atrás, contemplaba aquella región inmensa de todos nuestros sueños y de todas nuestras plegarias, de la que descendía a su frente una claridad infinitamente dulce. ¿Estaba fatigada, triste, distraída? No lo sé. Reflejábase en su rostro y en su actitud una poesía singularísima, y en ella se me aparecía, resumida, condensada, toda la belleza de la noche.

No me atrevía a hablarla. El sueño de su padre, la ausencia de testigos, me contrariaban. Además, me pareció verla tan indiferente, tan abstraída también en su sueño, que esperaba una ocasión, algo así como un permiso, para arrancarla de él.

Ella fué, a la postre, la que rompió el silencio.

Poco después de haber pasado por Monza se arregló el chal, que el viento hacía flotar, y se inclinó hacia mí.

—Caballero, tenga usted la bondad de dispensar a mi padre: está muy fatigado; se levantó a las cinco de la mañana.

—¡Y luego, señorita, lo caluroso del día, el gran número de medallas que ha examinado! ¿Se le permitió dormir en la noche de un día de batalla.

—¡Pobre padre mío! Le ha proporcionado usted hoy, caballero, un verdadero día de júbilo, de que le estará siempre reconocido.

Yo espero que ese recuerdo borrará otro, el de la mancha de tinta, que es un recordamiento para mí, señorita.

—¡Un recordamiento! Eso es exagerar las cosas.

—No, señorita, he dicho un recordamiento, y he dicho bien, porque disgusté a un hombre al que por todos títulos debo respeto. No me he atrevido, sin embargo, a volverle a hablar de ello; pero si usted tiene la bondad de hacer presentes al señor Charnot mi sentimiento y mi disgusto me descargará de un peso enorme.

Por un instante vi que fijaba en mí sus ojos con una atención que no me había concedido hasta entonces. Sin duda mi súplica le había sido grata.

—Lo haré con mucho gusto—dijo.

Reinó un momento de silencio.

—Esa Rafaela de quien me ha hablado usted, ¿merecía ser tan largamente llorada por su amigo?

—Creo que sí.

—En verdad que es una historia con-

movedora. ¿Quiere usted mucho a su amigo Lamprón?

—Con toda mi alma, señorita; es un amigo abnegado y franco; un alma de creyente, de artista. Si le conociera usted, seguramente que le otorgaría su estimación en seguida.

—Le conozco, al menos por sus obras. Y a propósito, caballero: ¿qué ha sido de mi retrato?

—Está en casa de Lamprón, en las habitaciones que ocupaba su madre, en donde el señor Charnot puede ir a verlo.

—Mi padre nada sabe—dijo, echando una mirada al viejo académico dormido.

—¿No lo ha visto?

—No; se hubiese alterado sin necesidad... ¿De modo que el señor Lamprón ha guardado el dibujo? Yo lo creía, después de tanto tiempo, extraviado, vendido...

—¡Venido! No lo crea usted.

—¿Por qué no? Todo artista tiene el derecho de vender sus obras.

—¡Esa no!

—Lo mismo que otra cualquiera.

—¡Oh! No; es incapaz de ello. No lo venderá, como no ha venido tampoco el retrato de Rafaela Dannegianti... Son ellos, señorita, dos reliquias semejantes, dos recuerdos queridísimos.

La señorita Charnot, en responder, volvió el rostro hacia el campo que íbamos dejando atrás, envuelto en sombras.

Distinguí con vaguedad el perfil de su rostro y el movimiento precipitado de sus párpados.

Su silencio me dió ánimo para proseguir:

—Sí, dos reliquias semejantes, señorita, y sin embargo, en ciertas horas de delirio... hoy sobre todo, en el museo, junto a usted, se me ha ocurrido pensar que yo era menos desgraciado que mi amigo... porque su sueño concluyó para siem-

pre... en tanto que el mío podría resurgir... si usted quisiera.

Juana volvió el rostro con rapidez y pude ver, en la oscuridad de la noche, que sus ojos estaban fijos en los míos.

¿Me ha engañado la sombra acerca del sentido de su respuesta muda? ¿He sido juguete de una nueva ilusión? Me pareció que Juana estaba triste; que quizá pensaba en los juramentos tan rápidamente olvidados por el otro, y que no me querría ya.

Aquello duró un instante. En seguida dijo, levantando la voz:

—¿No le parece a usted que el viento sopla con fuerza esta noche?

Un suspiro prolongado salió del fondo del carruaje. Era el señor Charnot que se despertaba.

Quiso demostrarnos que no se había dormido, sino meditado profundamente, durante el camino.

—En efecto, hija mía, hija mía—dijo—, una noche deliciosa... Decididamente, estas noches italianas no han usurpado la reputación que tienen.

Diez minutos más tarde se detenía el coche, y el señor Charnot me estrechaba las manos ante la puerta de su hotel.

—Hasta que nos volvamos a ver, joven y gracias por este viaje, que ha sido excelente, verdaderamente excelente. Nosotros salimos mañana para Florencia. ¿Se le ocurre a usted algo para dicha ciudad?

—Absolutamente nada.

La señorita Charnot se inclinó ligeramente. La vi subir los primeros peldaños de la escalera, formando a sus ojos pantalla con la mano, deslumbrada por la luz de los mecheros de gas, y sujetándose con la otra el chal que, desanudado, volitaba e intorno de ella.

Milán, 7 de junio, al amanecer.

Me ha preguntado: «¿Se le ocurre a usted algo para Florencia?» ¡Oh, sí, algo se me ocurre! Pero lo que se me ocurre no lo haría él: es decirle a su bella hija que es señora de mis pensamientos; que ha pasado la noche rememorando el viaje de ayer, lo mismo por los caminos de Desio que por las galerías de la quinta y por la carretera de Milán. El señor Charnot no estaba con nosotros o dormía. Yo estuve elocuente; afluían a mis labios frases hermosísimas que no ocurrieron a ellos cuando era ocasión... ¡Si la pudiese ver de nuevo ahora, que he meditado, pesado y combinado perfectamente bien todas las cosas...! Verdaderamente es de sentir que la vida no pueda recomenzarse, por lo menos en ciertas páginas. ¡Cómo reviviría yo las de anoche!

¿Qué piensa ella de mí? En el fondo de sus ojos, cuando se fijaban en los míos, creí sorprender preguntas, algo de sorpresa, alguna turbación. Pero ¿y la respuesta? Va a llevarse consigo a Florencia esa contestación de que dependerá mi vida... Piensan salir en el expreso de la mañana ¿Y si yo lo tomase también? Florencia, Roma, Nápoles... ¿Por qué no? Italia es de todo el mundo, sobre todo de los enamorados. Voy a romper por segunda vez la valla. Si me falta dinero, haré que me lo envíen. Si es preciso no dejarse ver, la miraré desde lejos, oculto entre la multitud. En caso necesario, me disfrazaré. Seré guía en Pompeya, lazarrillo en las calles de Nápoles. Hallará un soneto en cada ramo de flores recién cortadas que una chicuela romana le entregue a la puerta del hotel. Por lo menos, me complaceré en su sonrisa, en el eco de su voz, en el áureo reflejo que hermosa sus sienas, en la dicha de saber que la tengo cerca aun cuando yo la vea...

Pero no, no es el camino de Florencia

el que debo tomar. Como desconfío de mis primeros impulsos, de mi imaginación que se adelanta febrilmente dejando muy rezagada a la razón, he recurrido a un medio, que con frecuencia empleo. Me he dicho: «¿Qué me aconsejaría Lamprón?» Evoco su bondadosa y triste presencia, y me parece que me contesta: «¡Chico, vente!»

París, 2 de julio

Cuando se llega de noche, desde el tren, que marcha a toda velocidad, se ve, por las aberturas de las calles que se van

campos tanta alegría es horrorosa en París. Baja uno, helado, del vagón, por entre empleados que tienen enrojecidos los ojos por el insomnio. Los consumidores, semiadormecidos, trazan sobre la maleta un signo cabalístico. A la salida de la estación, alguno quiebro el carruaje; los aurigas dormitan envueltos en el tapabocas; los faroles titilan entre la bruma.

—Cochero, ¿está libre?

—Según y conforme: ¿adónde va usted?

—A la calle de Rennes, número 91.

—Puede usted subir.



dejando atrás, a París envuelto en un vapor rojo, estrellado por las luces de los mecheros de gas y por líneas de chispas que se cruzan en todos sentidos; el espectáculo es extraño, casi hermoso. Parece la terminación de una fiesta gigantesca; que por debajo de aquellas guirnalda de vasos de colores, que así relumbran durante la noche, pasa la aglomerada multitud levantando inmensa polvareda y que un resto de luces de Bengala tiñe de púrpura la decoración.

Tal ilusión lo es sólo a medias, porque la gran ciudad está realmente de fiesta, de la fiesta de todas las noches. Hasta la una de la madrugada todo vive en ella, todo reluce, todo resuena.

Pero la hora del alba es triste.

Esa hora delicada que imprime a los

¡Oh! Calles desiertas que se prolongan indefinidamente; silencio lúgubre; establecimientos cerrados a derecha e izquierda; jardincillos en donde no se ve más que algún perro o algún pocero; anuncios de teatro desgarrados que penden de los quioscos; retazos de papel que el viento arrastra y hace flotar sobre el asfalto con el polvo de la vispera; ramos ajados, caídos de las ventanas; la calle de Rívoli entregada a la compañía Richer; el Sena cabrilleando a lo largo de las embarcaciones inertes; los guardias de seguridad envueltos en sus capotones, cuyos pasos parecen un eco; surtidores sin agua, fuentes exhaustas, y por doquier el aire frío impregnado de olores infectos... ¡qué viaje, y qué pésimo despertar!

Es cuanto he hallado desde la estación

de Lyon hasta mi casa. Una vez puesta pie en mis dominios, la penosa impresión ha ido desvaneciéndose poco a poco. Los recuerdos que viven en las cosas me menor mi soledad. Interrogo a los testigos mudos, a mi sillón, a mi escritorio, a mis libros: ¿Qué ha pasado en mi ausencia mía? Nada grave, sin duda. Los muebles tienen una ligera capa de polvo, lo cual demuestra que nadie los ha tocado, ni aun la señora Menin. ¿Está bien? ¡La señora Menin se luce! ¡Ella le espera cuando la vea...! ¡Calle! ¡Calle! está trabajando el vecino de enfrente. Es un geógrafo, un grabador de la editorial próxima. Nunca he podido jugar tanto como él... El verano ha crecido mucho este verano... ¿Si se abre la ventana...? Buenos días, alhelios, buenos días, vieja tapia de los Carmes, buenos días, vetusta y negra torre... ¡Los vencejos! ¿Qué hora es, pues? ¡Los vencejos se lanzan, a una y chirriando en el espacio esos hambrientos piratas, que vuelven, rasando los muros, rasando como proyectiles, a impulso de sus puntas agudas; han visto el sol; ¡buen día!

Y, en efecto, rueda una carreta, una vendedora:

—¡Pamplina para looos... pájaro!

¡Y pensar que hay personas que a esta hora a comprar pamplina para los canarios! Veamos si ha venido alguna preguntando por mí durante mi ausencia. Sus tarjetas deben estar sobre mi escritorio. Aquí veo dos: «Lorinet, antiguo notario, consejero municipal de Bourbonnoux, Bourges, suplente del juzgado de paz, señora Poupard de Lorinet».

Me extraña no encontrar una tarjeta que diga: Berta Lorinet, sin profesión, aspirante a cambiar de apellido. ¡Esa es de difícil colocación! No se habrá acordado de dejar su tarjeta en casa de un soltero; no hubiera sido correcto. Es indudable que ha venido. Preveo la tarjeta de mi tío; uno de esos gruesos sobres de trasatlántico que él forma por los visibles hilos de araña, con los que se atan sus lazos. Los Lorinet han venido a casa con el doble objeto de traerme tarjetas «de mi buen tío» y de recordarme discretamente a mi corazón olvidado los encantos de Berta la patuda.

—Buenos días, señor Mouillard

—¡Call! ¡La señora Menin! ¡Buenos días, señora Menin!

—Veo que ya está usted de vuelta. ¿No está usted muy tostado, sí señor, muy tostado! Pero, ¿está usted bien, señor Mouillard?

—Muy bien, gracias. ¿Ha venido alguien durante mi ausencia?

—Diré a usted: ha venido el fontanero porque la espita del filtro se me cayó en la mano. No fué culpa mía, no, señor. Había llovido por la mañana; desgraciadamente había llovido. Entonces...

—Bueno, bueno; hay que pagar una pita. No hablemos más de ello. Pero, ¿cómo ha preguntado por mí, señora Menin?

—Espere usted... Sí, sí; un señor de busto, algo coloradote, y su señora, una mujer, alegre, con la voz triplada, ha preguntado por su hija, una persona... ¿La conoce usted, señor Mouillard?

—habitación. Una habitación de estudio debe ser cosa muy curiosa. Quédate tranquila, Berta, hija mía.—No tiene nada de particular, la dije, y la señorita puede ir sin temor alguno». Entonces, señorita, enseñé la habitación.

—¿La visita no debía ser larga?

—Lo fué bastante. Examinaron el álbum de retratos. Supongo que el primero que veían. La señora Lorinet lo soltó un instante. «Nada más que

Continua en la Pagina 11

EL CAPITÁN AGUILA POR ROY CRANE

DESPUÉS DE ESCAPARSE DE LA CUADRILLA DE BANDIDOS EN MEDIO DEL PACÍFICO, CHANCLETA, ÁGUILA Y MONA LLEGAN A LA CASA DE LA MUCHACHA, SÓLO PARA ENCONTRAR LA GOLETA.



ME PARECE QUE ES SOLO CASUALIDAD.
LLAMAREMOS A LA POLICIA.
NO HAY POLICIAS EN 500 MILLAS A LA REDONDA.



ME INQUIETA QUE NO VEO A PAPA. SU TIENDA ESTA CERRADA.



¡MONA! ¡HIJA MIA!
¡PAPA, ME SIENTO TAN FELIZ AL VERTE!



¡CLARO QUE ESTOY BIEN, HIJA! ¿DÓNDE ESTÁ TU MALETA?
LA PERDI, PAPA. HE TENIDO UNA AVENTURA HORRIBLE. CHANCLETA Y CAPITÁN AGUILA ME SALVARON DE UNOS PIRATAS.



¡DIABLOS, QUIÉN HABLA DE PIRATAS EN ESTA ÉPOCA! TRAE ALMOHADAS PARA ESTA CABALLERO, LWANA, Y CIGARROS Y LIMONADA.
¡ESTO SI QUE ES VIVIR!
ESTA ISLA ES LINDISIMA, SEÑOR.



¡AH, SÍ! ¡LINDÍSIMA Y SOLITARIA, PERO MUY DURA PARA MONA! DIEZ Y NUEVE AÑOS Y NUNCA HA VISTO UN TREN, NUNCA HA ESTADO EN LA ESCUELA.
PAPA ME HA ENSEÑADO A LEER Y A ESCRIBIR.



PERO YO SÉ LO QUE TÚ DESEAS, HIJA. POR ESO ES QUE... HE VENDIDO LA TIENDA Y NOS VAMOS A AMÉRICA.
¡PAPA QUERIDO! ¡SIEMPRE TAN GENEROSO!



IREMOS AL CINE TODAS LAS NOCHES DURANTE UN MES, MONA. COMEREMOS EN LOS RESTAURANTES Y PASEAREMOS EN AUTOMÓVIL Y EN TRANVÍA. PODRÁS IR A UNA VERDADERA ESCUELA.



TODO ESTÁ ARREGLADO... EL CAPITÁN JEKEL NOS LLEVARÁ HASTA HONOLULU. VENDI LA TIENDA POR \$ 3,000.
¡OCÚLTALOS, PAPA! ¡POR FAVOR! ESA GENTE NUNCA DEBE SABER QUE TENEMOS ESE DINERO.



SEGURAMENTE QUE NO NOS ROBARÁN TUS AMIGOS.
PERO LOS PIRATAS SÍ ESTÁN AQUÍ, EN ESTA ISLA. ESTÁN... ¡CIELOS!



¿QUÉ PASA?
¡EL JEFE DE LOS PIRATAS, PAPA! ¡MIRANDO POR LA PERSIANA! ¡LO HE VISTO!



¿ESE UN PIRATA? ¡ESE ES JEKEL, QUE NOS LLEVARÁ A HASTA HONOLULU!

El Amor

No cabe duda de que los Estados Unidos son la tierra de las grandes oportunidades. Que lo diga si no Madame Dache, una francesa que llegó a Nueva York en el año 1924 sin otra cosa que unos cuantos francos convertidos en dólares para mantenerse mientras encontrara trabajo, y que ahora, sin haber recibido nunca ayuda de nadie, tiene un negocio que vale cuatro millones de dólares y 39 tiendas de sombreros diseminadas por todo el país.

Parece mentira, pero es verdad. Esta mujer que siendo tan joven ha visto florecer la riqueza merced al esfuerzo propio, nació en el pequeño pueblo de Beigles, cerca de Burdeos, donde sus padres eran unos pobres agricultores. Pero a los diez años ya demostraba su habilidad para confeccionar sombreros, porque tenía una tía que los fabricaba, a cuyo lado se fué la muchachita a trabajar en calidad de aprendiz.

A poco de llegar a Nueva York, en 1924 como hemos referido, entró a trabajar en una gran tienda, pero pronto se convenció de que en ella no tenía porvenir y que debía dedicarse a la profesión para la que tenía tantas aptitudes. De manera que buscó los periódicos que publicaban ofertas de empleos y se dirigió a la casa de una molesta sombrerera, con la cual comenzó a trabajar.

Al poco tiempo había ahorrado la cantidad de cien dólares y entonces creyó llegado el momento de comenzar a trabajar por su cuenta. Y como no tenía capital o existencias, ni siquiera muestras, cuando una dama acudía a su tienda le dibujaba el sombrero que quería le hiciera y después, con el depósito que le dejaba, compraba los materiales con que había de trabajar. Pero tan bien los hacía y con tanto gusto, que no pasó mucho tiempo antes de que en su casa hicieran cola las mujeres que querían a toda costa usar un sombrero Dache.

Así su fama y su negocio crecieron sin descanso hasta convertirse en la casa de sombreros femeninos más importante del mundo.

SEGUN Lily Dache, un sombrero de mujer lo revela todo en una fémina, incluso sus inclinaciones y su vida amorosa. Ella, desde luego, puede decir con la mayor facilidad del mundo la clase de hombre que ama una mujer, en cuanto le vé el sombrero que lleva puesto en la cabeza.

—Cuando una mujer compra un sombrero—asegura la muy atractiva francesa—siempre lleva consigo la idea de complacer a un hombre, ya se trate de uno o de otro. Sin darse cuenta, por instinto pudiera decirse, sabe cual es el ideal de ella que él se ha formado en su mente y desea expresarlo en todas las formas imaginables.

—Cuando las mujeres pertenecientes a todas las clases sociales, vienen a mi establecimiento—sigue diciendo Madame Dache—, alguna de ellas me dice cuando trato de seleccionar un sombrero que le venga bien: "A mi marido no le gusta este tipo de sombrero. Cree que me hace lucir de esta manera y la otra..."

—Otras veces una mujer se resiste a comprar un sombrero que en realidad le sienta muy bien y al cabo selecciona otro que no corresponde a su tipo. Lo hace, naturalmente, porque sabe que aquel sombrero es el que le agrada al hombre que desea complacer.

Estábamos en el bello salón de una de las casas que Madame Dache posee en Nueva York, observando como bellas e interesantes mujeres se iban probando los sombreros uno tras otro. Y la pequeña y atractiva francesa, llena de un dinamismo y una simpatía que tanto ha tenido que ver con su inigualado éxito, quiso seguir poniéndome ejemplos de la infalibilidad de su teoría:

—Cuando una mujer compra un sombrero tipo marinero, ello quiere decir que sabe que el hombre que ama es de tendencia conservadora. Lo más gracioso del caso es que algunos de esos hombres así calificados, que yo he conocido, se creían poco menos que representantes de Satán en el mundo.

Y la francesa hace un guiño con los ojos que expresa picardía. Luego continúa:

—Si le doy un poquito de atractivo picante al sombrero, o le pongo un velito de esos que son una tentación, la mujer piensa que la estoy metiendo en honduras y me pregunta llena de inconfesables miedos: "¿Está usted segura de que puedo usar este sombrero? ¿No cree que es demasiado... atrevido?"

Y los Sombreros



mujer que quieren una sirena sutil, el sombrero que más les gustará será el turbante, que les habla del enigma oriental, de las balladeras y de la India enigmática y misteriosa. Con un turbante femenino y un poco de imaginación, en materia amorosa se puede llegar al lugar donde se desea.

—La mayoría de las muchachas—continúa diciéndonos nuestra entrevistada—prefieren los gorros. ¿Por qué? Pues muy sencillo. Porque los hombres de todas las latitudes gustan de las chicas a las que puedan considerar un poco ninitas. Y lo más interesante del caso es que cuanto más fuerte, más seguro de sí mismo se crea un hombre, mayor gusto experimenta en amar a una niña de esas que lo miran con ojos de bobita, y que en una reunión o una danza le dice cuando menos lo espera: — ¡Eres tan fuerte y yo tan frágil! ¡Me siento tan desamparada sin tí!...

—Cuando un hombre se casa con una de esas muchachas y ella sigue usando las mencionadas gorritas o bonetes, la seguirá tratando como una niña aunque pasen los años y la juventud. ¡Y a ella no habrá manera de hacerla cambiar de sombreros!

Según Madame Dache, nunca habían demostrado los hombres tanto interés por los sombreros femeninos como al presente. Entre ellos, asegura, el asunto se ha hecho tópico de conversación. ¿Se pueden calificar los actuales sombreros de "locos"? ¿Son, por el contrario, "hábilés"? ¿Debe mirarse hacia el sombrero como una protección? ¿Hay que considerarlo solamente como un adorno?

Una cosa parece cierta: a los hombres no les gustaban los sombreros que se habían estado usando en las pasadas temporadas. Un hombre quiere que su esposa sea una mujer, es decir, femenina. Y, por supuesto, quiere también que luzca bonita. Aunque no vaya proclamando por todas partes su sabiduría.

—El hombre actual quiere para la mujer que ama sombreros grandes y femeninos, que son precisamente los que le interesan a ella en la actualidad. De manera que los sombreros grandes han vuelto a estar de moda. Yo me alegro mucho, porque esos sombreros son siempre favorecedores para las mujeres.

—Otro fenómeno actual en lo que respecta a los hombres, consiste en que éstos no tienen ahora inconveniente en acompañar a una mujer a seleccionar un sombrero. Y es mucho más fácil satisfacer a una mujer cuando trae con ella a su marido o novio que cuando viene sola. Cuando la acompaña el hombre en que está interesada, compra el sombrero que le gusta a él y sale de lo más contenta, porque entonces se halla convencida de que ha hecho la mejor selección de sombrero que se le pudiera ocurrir.

—En cambio, cuando viene sola, se pasa horas enteras probándose docenas de sombreros de todos los tipos, y al final de tan prolongado trabajo, todavía no sabe tampoco cual seleccionar. A mí a veces me preguntan:

—¿Cree usted que a mi marido le gustará este sombrero?

—Claro que no conociendo al hombre—me explica la diseñadora francesa—no sé que es lo que tengo que contestarle, pero en cuanto lo veo, ya sé lo que le tengo que recomendar para dejarla complacida y hacerla feliz.

La mayoría de los hombres, según la autorización de Madame Dache, tienen muy buenos gustos en lo que se refiere a sombreros, lo que quiere decir que lo mejor que una mujer puede hacer es dejarse guiar en ese sentido por sus gustos y desagrados.

Madame Dache puede siempre decir sin equivocarse cuando una mujer que viene a comprarle un sombrero está enamorada. —Hay, — dice — cierta impresión radiante, cierta belleza que hace, aunque parezca raro, que todos los sombreros que se prueba le queden bien. Por lo menos, luce bonita con todos ellos.

—Para una de esas mujeres—continúa la afortunada sombrerera francesa—no hay dificultad en la selección de sombreros. En cambio, si se trata de una mujer que ha sufrido un desengaño amoroso u otra que tiene excesiva presión en la sangre, entonces todo le parece malo y, lo que es peor todavía, todo le luce mal. A veces a esas mujeres no queda más remedio que dejarlas ir. Cuanto más lejos se encuentren, mejor.

Según Madame Dache, la mujer divorciada busca sombreros que le den cierto tono de sirena, de vampiresa, de mujer fatal. Cualquier cosa que sirva para atraer y atrapar a su próximo marido.

Si compra un Watteau, a su hombre le gustan las mujeres dulces al par que coquetas...

El turbante convierte a la mujer en una sirena sutil...

Los gorros o bonetes hacen de la mujer una eterna niña...

Una muchacha escogerá un sombrero deportivo, si el hombre que ama es dado a la camaradería.

ACCIDENTES CURIOSOS de 1938-

TODOS los años, los accidentes más raros son precisamente aquellos en que no hubo lesión personal. Constantemente ocurren millones de accidentes originados por las causas más triviales, pero de vez en cuando el destino o lo que fuere interviene y convierte el ineludible desastre en extraña escapatoria.

Veamos éste: un tal A. H. Goodnight, de Chikasha, Estados Unidos, guiaba su auto por una resbaladiza calle cubierta de hielo cuando de pronto un joven trató de atravesarla directamente frente al coche. Goodnight oyó un golpe sordo y un grito. Aplicando violentamente los frenos, después de patinar peligrosamente, paró. Goodnight se precipitó fuera con el corazón oprimido para prestar ayuda al joven, pero con gran alivio vió que éste, aunque había caído frente al coche, llevaba tal impulso que sentado sobre el hielo había recorrido más de ochenta metros a lo largo de la calle.

El niño de dos años Jack Di Lucca cayó por la ventana de un segundo piso, a una altura de más de nueve metros. Afortunadamente, acertaba a pasar por debajo un hombre que le vió venir y le recibió en sus brazos, resultando perfectamente ileso.

Billy Angelo, en otros tiempos boxeador de nota que peleó en los cuadriláteros durante nueve años sin consecuencias de consideración, fué "no-queado" por su sobrina de cuatro años, que introdujo uno de sus deditos en un ojo del boxeador, el que más tarde hubo que extirparle.

También tuvieron lugar accidentes "en serie", como éste: una niña de nueve años cayó sobre un matarral, se clavó una espina en la pierna y al tratar de sacársela se la clavó en un dedo. Queriendo quitársela con los dientes la espina se le clavó en la garganta y entonces tuvo que sufrir una intervención quirúrgica.

En Tulsa el niño George Bryant se tragó un silbato y fué llevado al hospital en ambulancia. No obstante, cuando llegó al hospital hubo que tratarlo por heridas en la cabeza, pues en el camino, al chocar la ambulancia contra un camión, el chico arrojó el silbato, pero recibió lesiones en la testa.

Jóseph Ingar, de Brooklyn, viajaba en su auto por un camino cubierto de hielo. El coche patinó y cayó en la zanja lateral. Al salir nuevamente al camino, otro coche, que patinó exactamente en el mismo sitio, lo lanzó de nuevo a la cuneta. Tan pronto volvió al camino un tercer coche resbaló en el mismo lugar y una vez más lanzó al ya deteriorado auto a la cuneta.

Un profesor de la Universidad de California leía tranquilamente en su casa y distraídamente lanzó al cesto de papeles el fósforo con que encendió su pipa. Pronto vió llamas, saltó del sillón e introdujo violentamente el pie en el cesto, donde quedó atrapado. Solo tenía puestas unas delgadas pantuflas y con las llamas lamiéndole no solamente los pantalones, sino la pierna, se inclinó para sacarse el cesto con las manos, que pronto, lo mismo



Un distraído profesor tiró un fósforo en un cesto de papeles y por poco no lo cuenta...



Queriendo ponerse los pantalones que se le habían caído en la calle, se metió en un zaguán, cayó en el agujero del carbón y se rompió la cabeza...

que la cara, sufrieron fuertes quemaduras; al fin cayó al suelo y con el otro pie pudo sacarse el cesto.

Uno de los accidentes tal vez más ridículos ocurrió en los Angeles. El detective Burt Carliss subía por la calle Londres en su auto nuevo y Mrs. Goldie Romm descendió del suyo sin haber aplicado bien los frenos. El vehículo comenzó a rodar por la pendiente. Carliss lo siguió y de un empujón logró impedir que atropellara a dos transeuntes. Después trató de empujarlo hacia la otra acera, pero el coche "desbocado" lo eludió. Siguiendo su carrera arrancó dos buzones de correos, un poste de alumbrado y una señal de parada. Continuando transversalmente por el bulevar, tropezó de costado con otro coche y se lanzó directamente hacia una gran tienda de comestibles, cuyos clientes se dispersaron despavoridos.



Las pesadillas son peligrosas. Sims soñó que peleaba con un león y al despertar estaba en la misma condición que si hubiera realmente luchado con la fiera...

Las pesadillas pueden a veces tener graves consecuencias, como en este caso. Sims, de New Haven, luchó tan realista en sueños con un león, que fueron necesarios seis puntos de sutura para cerrar las heridas. Sims explicó en el hospital tan furiosamente agarrando a la enfermera las uñas, que éstas le causaron tanto dolor como habrían podido causarle las de la fiera.

En Cleveland, la linda Daisy Campbell minaba por la acera, ante un edificio propiedad de Rollin L. Bacher. Cuando entretenida iba, sintió que algo le caía por las piernas: era que sus pantalones se le habían desprendido y rodaban hacia el zaguán de Bacher a ponerse tan tan excitada estaba que no vió que abrió el agujero por el que se escapó el carbón de la calefacción al sótano. Él y se rompió la cabeza. Luego demandó al propietario de la casa, pero el juez rechazó su petición de indemnización fundando "la emergencia no justificaba el trámite".

La niña Bárbara Dibgam, de Des Moines, que iba en el auto de su padre cuando chocó con un camión que iba delante, se lanzó por el parabrisas y cayó sentada en el capó, sufriendo apenas un ligero golpe en la cabeza. En Bingham, estado de Utah, la señora Neil Moore besó a su hijo de tres años para darle las buenas noches y poniéndose a mirar en su cama. En aquel instante se desprendió de una ladera que quedaba cerca de la casa un gran peñasco, que atravesó el techo y el piso de la vivienda, pasando por encima de la madre y el hijo sin percarce alguno.

Leona Short, de la ciudad de Buffalo, catorce años de edad, tenía la costumbre de cantar mientras tomaba el baño. La noche que la chica se dedicaba a los quehaceres domésticos. Un día en que la muchacha dejó cantar, la señora, sorprendida, abrió la puerta del baño para ver lo que pasaba, y la encendida en el piso, en estado inconsciente, haber aspirado los gases que se desprendían del calorífero. Los bomberos llegaron pronto para salvarla.

En cambio un individuo llamado Flanagan, veterano piruetero del aire que se lanzó en paracaídas en más de una ocasión, tropezó mientras caminaba en la calle y se cayó al pavimento, sufriendo fuertes contusiones.

res, decía; ¿lo ves, Julio?—¡Ah, señora!, epuse. Así es, tal como usted dice, hecha excepción de mí que, es como si no estuviera. Aquí no vienen más que hombres. Además yo hago todos los encargos... y puedo afirmar que el señorito sólo tiene amigos, muy pocos amigos.

—Está bien, señora Menín, está bien. Me consta que siempre ha tenido usted formada buena opinión de mí. ¿No ha venido Lamprón?

—Sí, señor, anteaer. Se marchaba a provincias por quince días o por tres semanas para retratar a un cura, a un bispo, según creo.

15 de julio

«Mediodía, rey de los veranos...» Como la obra dramática del «señor Conde de la Isla (1)», como dice mi tío Mouillard. Sus versos suenan en mis oídos cada vez que, terminando el almuerzo, regreso al bufete que he abandonado una hora antes. ¡Qué calor, Dios mío! Vengo—Sí, señora Menín: No siga usted desbiendo. Usted les habrá dicho que yo no estaba y ellos le habrán contestado que sentían mucho.

—La señora especialmente. ¡Y cómo sobaba, cómo soplabal! «¡Esta buen señor Mouillard!»—decía—. En verdad que tenemos desgracia, señora Menín: llegamos nosotros a París, y hételo a él en Italia. Hubiéramos tenido tanto gusto en verle obinet y yo!»

—Lorinet.

—Sí, Lorinet: la tarjeta está ahí... «Dígame usted que es un capricho, señora Menín; pero tengo vivos deseos de ver su país cálido: es fresco comparado con París en julio. El asfalto se derrite bajo de los pies; el entarugado cuece fuego lento en un líquido embreado; el ideal se hunde veinte veces al día en sensuales cuartillos de cerveza helada; las paredes irradian calor; el polvo de los jardines públicos, impalpable en fuerza de haber sido pisado, se levanta a impulso del riesgo y vuelve a caer un poco más sobre los traseúntes en forma de blanca nube. Una cosa me admira: que el caudal del Palacio Real no se dispare continuamente durante el día.

Para colmo de desgracias, todas mis amistades están en el campo: la señora el señor de Boule se bañan en Trouville; el segundo pasante no ha regresado a sus vacaciones, el cuarto me espera para marcharse; Lamprón, detenido por su minencia y por la sombra de los bosques, no da señales de vida; el señor la señora Plumet han cerrado el piso y han tomado el tren para Barbizón.

Esto hace que Jupille, el viejo pasante yo hayamos intimado más. Yo aprecio conversación. He descubierto en él bondad, cordura y una filosofía que nada me de alemana, porque la comprendo. Poco a poco le he ido confiando mis secretos; necesitaba un confidente, porque, moral como físicamente, me ahogaba. Ahora, cuando me presenta un escrito, en vez de decirle: «Está bien», le digo: «Señor, señor, ¿qué le dice usted, señor Jupille?». Cierro la carta y hablamos: Los pasantes creen que tratamos de asuntos jurídicos; pero ¡ardiez!, es todo lo contrario.

—¿Cómo lo sabe usted?

—He visto al carbonero que subía dos sacos de carbón y le he preguntado a dónde iban destinados.

Ahora mismo acabo de tener una conversación que demuestra el terreno que voy haciendo en el corazón del viejo práctico. Hababa de consultarme acerca de unas conclusiones. Terminada la lectura y lan-

zando el gruñido aprobatorio, el señor Jupille no se retiraba.

—¿Tiene usted algo que decirme, señor Jupille?

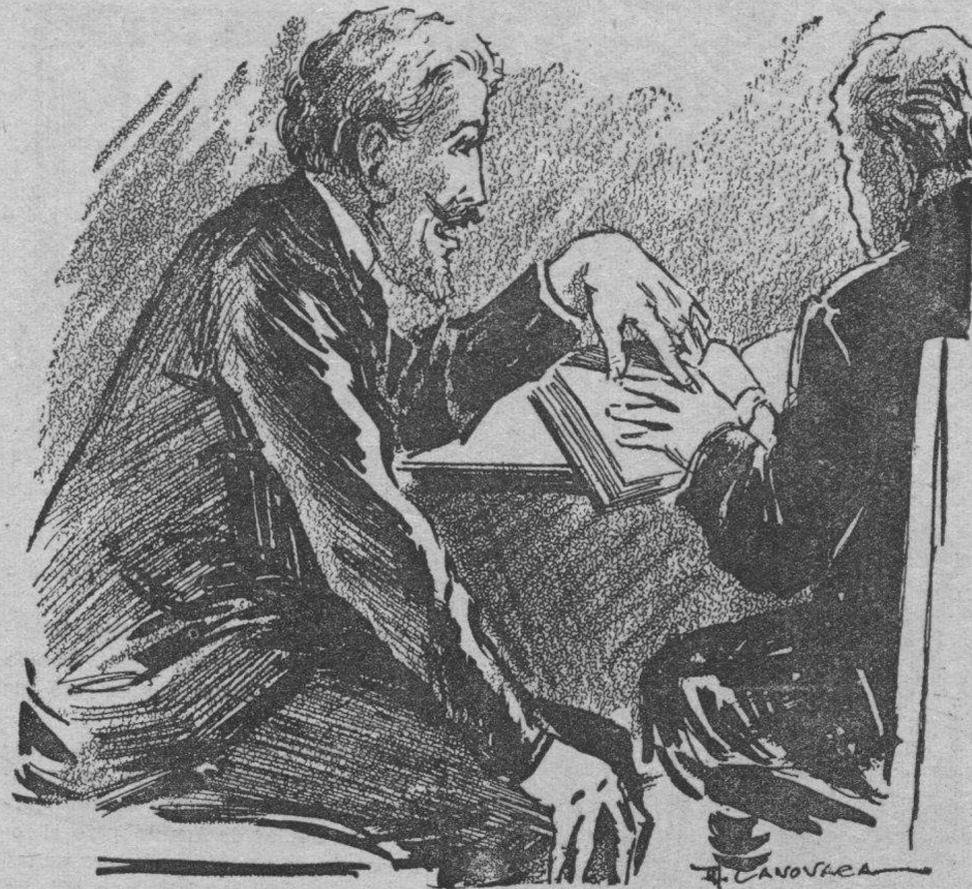
—Tengo que pedir a usted una cosa, un favor, un honor, mejor dicho.

—Veamos.

—Este tiempo, señor Mouillard, es muy a propósito para la pesca. Un poco de calor...

—¿Un poco, señor Jupille?

—No mucho. Bastante más hacía el año 1844 y bien que picaban. En fin: ¿quiere usted venir el domingo próximo a una



pesquería con nosotros? Digo con nosotros, porque concurriré un amigo de usted que es un gran aficionado y que me honra asimismo con su amistad.

—¿Quién es?

—Es un secreto, señor Mouillard, un secretillo. Quedará usted muy sorprendido. Conque ¿quedamos en que el domingo próximo...?

—¿Y dónde es?

—¡Chist! Creo que el último pasante tiene el vicio de escuchar. Es un bribón. Ya se lo diré a usted en otra ocasión.

—Como usted quiera, señor Jupille: desde luego acepto.

—Y yo me congratulo de ello, señor Mouillard. ¡Si tuviésemos la suerte de que descargase una breve tormenta!

Y decía la verdad, rebotaba de satisfacción, pues nunca le he visto sacarse, como hoy, la nariz con las aristas de su pluma de ave, señal de una alegría exuberante en ese hombre en quien los gestos están siempre en armonía con el motivo que los engendra.

20 de julio.

He vuelto a ver a Lamprón, muy triste, pero animoso. Ante todo hemos hablado de su madre un momento. Yo elogiaba a la humilde señora por el bien que me había hecho. El, encareciendo la alabanza:

—¿Qué sería—me dijo—si la hubiese conocido más? Querido amigo, si yo soy un hombre honrado; si he soportado sin desmayos las pruebas de la vida y de mi profesión; si he colocado mi ideal más allá del éxito; en una palabra, si valgo algo por mi espíritu y por mi corazón, a ella se lo debo. Siempre estuvo al lado mío; esta es la primera y la mayor de las separaciones, para la que no estaba preparado.

Después, cambiando bruscamente de tema:

—Y bien—me ha dicho—, ¿qué es de tu antiguo amor...?

—Más nuevo que nunca.

—¿Ha resistido a media hora de conversación?

—Se ha duplicado.

—¿Te aorece todavía?

Le conté el viaje a Desfó y nuestro diálogo en el carruaje.

Escuchó en silencio, y cuando hube concluido, me dijo:

—Amigo Fabián, ya no admite duda. Es preciso que ante de ocho días hagas tu petición en forma.

—¿Antes de ocho días? ¿Y por quién?

—Por quien tú quieras; ese es asunto tuyo. En tu ausencia he tomado informes, y creo que Juana te conviene. Además, tu situación es absurda: pasante sin vocación, desavenido sin razón alguna con tu único pariente, es preciso que salgas de ella resueltamente, y nada como el matrimonio para obligarte a ello.

21 de julio.

He tomado, pues, el tren de Sceaux, y he partido.

Jupille me había dado por escrito—es su mejor manera de explicarse—las señas más minuciosas. Podía yo, sin duda, seguir en tren hasta Massy o hasta Bievres. Pero era mucho más pintoresco hacer el camino a pie desde Sceaux. En esta hipótesis, tenía que dejar Chatenay a mi izquierda, atravesar los bosques de Verrières siguiendo la línea de los fuertes, bajar por entre Igny y Amblainvilliers, y encontrar, por fin, aquel sitio en donde el río Bievre, ensanchando su cauce entre dos orillas plantadas de alisos, forma un golfo minúsculo, claro como una fuente y abundante de pesca como un vivero.

—¡Sobre todo, no lo diga usted a nadie! —me recomendaba Jupille—; es nuestra pesquera, porque yo la he descubierto.

Cuando salí de Sceaux para unirme a Jupille, que había partido antes de rayar el día, el sol estaba ya alto. Ni una nube, ni un soplo de aire, por doquiera el implacable estío. Pero si el calor era grande, el camino era soberbio. En torno mío una savia ardiente despertaba toda vida, toda voz, todo perfume; bajo de las ramas en que revoleteaban en tropel los partillos; en la hierba por la que se arrastraban grandes escarabajos de oro; en el aire, azotado por millares de susurrantes alillas, moscas, moscardones, tábanos, abe-

jas, que en extraña melopea, creciendo y disminuyendo, cantaban el ardor vivificante del día y la inmensa luz que bañaba la campiña. De cuando en cuando, en los ardientes claros, me detenía para orientarme; más adelante en los senderos del bosque, bajo de un toldo de frondas saturado de olores fuertes; luego, en el musgo resbaladizo; más abajo, en un altozano desde el que descubría el Bievre.

He ahí el río deslizándose por entre franjas de verdor que parecen de una estación menos vieja que esta. Desciendo. Jupille estará esperándome en algún recodo de ese valle. Corro. Siento más fresca bajo mis piernas la hierba. Hay cabrilleo de manantiales en las cavidades de las zanjas, y espesor de nomeolvides en las extremidades bajas de los prados. ¡Alerta! Una caña de pescar se yergue entre dos árboles. Es él, es el viejo pasante: me saluda: ha dejado caer su caña.

—Creí que ya no vendría usted.

—¡Qué mal me conoce! ¿Pican?

—No hable usted tan alto. Sí, pican bien. Voy a prepararle a usted una caña.

—¿Y su amigo, señor Jupille, dónde está?

—Allá.

—¿Dónde?

—¿Lo tiene usted delante de los ojos y no lo ve?

A fe que no le veía. En pleno sol, cuando me lo hubo mostrado con el extremo de su caña, percibí, a unos treinta pasos de distancia, unos anchos fondillos de pantalón blanco; la ancha espalda de un chaleco oscuro desabotonado; un panamá que debía ocultar una cabeza, y dos mangas de camisa extendidas en dirección al agua.

Estaba inmóvil.

—He debido sentir alguna picada—dijo Jupille—. De no ser así, ya hubiera venido. Vaya usted a verle.

No sabiendo a quién iba a ver, tosí, al acercarme, a modo de aviso.

El desconocido aspiró el aire ruidosamente como si despertara sobresaltado.

—¿Es usted, Jupille?—preguntó volviéndose un poco.—¿Ha concluido usted el cebo?

—No, mi querido maestro: soy yo.

—¡Gracias a Dios, señor Mouillard!

—Señor Flamarán: con razón me había dicho Jupille que hoy tendría una sorpresa. ¿Es usted aficionado a pescar?

—Con pasión: es preciso reservar una o dos para la edad madura, mi joven amigo.

—Y bien, según parece, ¿pican?

—Diré a usted: esta mañana, entre ocho y nueve, ha habido arrumacos, rozaduras, chupeteos ¿sabe usted?; pero edspués, ¡maldito lo que me he divertido!

—Eso ocurre siempre.

Es verdad. ¡Ah, mi querido señor Mouillard, qué contento estoy de volverle a ver! ¿Sabe usted que su tesis doctoral fué realmente hermosa?

El eminente profesor se había levantado, y con el rostro enrojecido todavía por haber dormido encorvado, y con la boca abierta, me estrechó la mano efusivamente, con toda su alma.

—Aquí tiene usted su caña, señor Mouillard—dijo Jupille interviniendo—, con los cebos ya puestos. Si quiere usted seguirme, le colocaré en un buen sitio.

—No, no, Jupille: se queda conmigo—repuso Flamarán—. Hace tres horas que no he articulado una sílaba; tengo necesidad de desahogarme un poco. Pescaremos lado con lado y charlaremos.

—Como usted quiera, señor Flamarán;

pero a eso no lo llamo yo pescar.

Y, entregándome los enseres, se marchó cariacontecido.

Flamarán y yo nos sentamos a dos pasos uno de orto, sobre el ribazo, con los pies sobre la arena aún blanda, cubierta de plantas agostadas.

Ante nosotros se extendía el pequeño golfo anunciado por Jupille, pequeño remanso del Bievre, cuyo origen había sido un abrevadero. El sol, en el cenit, acortaba la sombra al pie de los árboles. La tersa superficie del agua nos reflejaba sus rayos. La lenta oscilación de algunas hojas de nenúfar dejaba notar apenas la corriente. Dos grandes libélulas azules, temblorosas, se habían colocado sobre nuestros corchos y ningún pez parecía querer turbar su viaje.

—¿De modo—dijo Flamarán—que sigue usted siendo pasante principal del señor Boule?

—Provisionalmente.

—¿Y eso le agrada?

—No mucho.

—¿Qué espera usted entonces?

—Que pase el tiempo.

—¿Y que le vuelva a llevar a Italia sin duda?

—¿Sabe usted, pues, que acabo de venir de allí?

—Lo sé todo. Charnot me ha referido el encuentro de ustedes, el paseo sentimental a la luz de la luna... A propósito: ha vuelto muy resfriado. ¿sabe usted?

Adopté un talante compasivo.

—¡Pobre señor! ¿Cuándo ha llegado?

—Anteayer. Como es natural, yo fui el primero a quien dió aviso de su llegada, y desde ayer pasamos las noches juntos. Quizá le cause a usted admiración, señor Mouillard; quizá crea usted que soy exagerado; pero yo encuentro a Juana aún más hermosa antes de su partida.

—¿Lo cree usted así?

—Positivamente: ese sol del Mediodía... no se distraiga usted, señor Mouillard: su corcho está sumergido hasta la mitad en el agua... ha devuelto el color de rosa a sus mejillas, suavizándoselas por añadidura, y el buen humor que había perdido la pobre niña. Ahora vuelve a estar alegre como nates. Estuve muy inquieto por ella; usted no debe ignorar lo que le pasó con...

—Lo he sabido.

—¡Un licenciado, señor Mouillard, un verdadero licenciado! Nunca vi yo con buenos ojos aquel enlace: Charnot se había dejado embaucar por un condicípulo. Por más que yo le dije: «Lo que busca es la dote de Juana; lo conozco, ol adivino. Charnot: estoy seguro de que Juana no será comprendida; de que será desgraciada»; por más que se lo dije, no quiso escucharme... En fin, todo concluyó; pero no sin producir una sacudida, como usted comprenderá, y yo he sufrido lo indecible al ver sufrir a esa niña.

—¡Es usted tan bueno, señor Flamarán!

—No, no es eso, señor Mouillard: es que he visto nacer a Juana y la he visto crecer, y que la quiero desde pequeña; la considero mi hija adoptiva. Al llamarla hija adoptiva, creo que me comprenderá usted. No es que entre ella y yo exista ese lazo, imitado de la naturaleza, que se han permitido establecer nuestros códigos, **adoptio imitatur naturam**; no, sino que la quiero lo mismo que si fuera hija mía. Sidonia, por otra parte, no me ha dado más que un varón.

Un grito de Jupille interrumpió a Flamarán.

—¿No oyen ustedes cómo suena?

Y el buen hombre venía con los brazos levantados, alterado el semblante, los pliegues del pantalón flotando y crujiendo



do al ludir con la parte posterior de sus flacas piernas.

En un instante nos pusimos de pie, y mi primer pensamiento, absurdo en verdad, fué que por entre la hierba avanzaba hacia nosotros una serpiente de cascabel.

Estaba yo muy lejos de sospechar la verdad. Se trataba de una caña preparada para la pesca del sollo, invención del señor Jupille, tendida algo más allá de donde nosotros estábamos, cuyo corcho, arreglado en forma de almadía, sostenía un grueso cascabel. El pez, al tragarse el anzuelo, anunciaba su propia agonía.

—¡Suena que suena—gritaba Jupille—, y ustedes sin moverse! ¡No lo hubiera creído de usted, señor Flamarán!

Pasó junto a nosotros blandiendo un achicador, como un guerrero su jabalina: parecía tener veinticinco años. Le seguimos, con menos ardor y con menos confianza que él. Sin embargo, tenía razón: al retirar la caña, cuyo corcho desaparecía a los tirones y hundía el cascabel en el agua, sacó un soberbio sollo, que él calificó de monstruoso. Le largó cuerda diferentes veces para hacer que se cansara y para darse el placer de apriisionarlo con la mano.

—¡Sekores—gritaba—me corta los dedos!

Un golpe con el achicador dejó tendido el monstruo a nuestros pies. Pesaba en realidad cuatro libras. Jupille juró que pesaba seis.

Mi sabio maestro y yo volvimos a nuestros respectivos sitios, pero la conversación interrumpida no volvió a reanudarse. Traté de hablar de Juana; pero el señor Flamarán se obstinó en hablar de mí de Bourges, de sus oposiciones a cátedra y de los caracteres profundamente diferenciales que distinguen la picadura del gubio de la del albur.

Aquello fué, por otra parte, un curso puramente teórico. Dos horas antes de ponerse el sol, Flamarán se levantó sin haber cogido nada.

—No está mal—dijo a pesar de todo—el sitio es bueno: esta mañana picaban. Volveremos, Jupille: con un poco de viento del Este deben pescarse aquí buenos gobios.

Emprendió la marcha al lado mío; y, fatigado sin duda por su larga inmovilidad, por el calor y por el cabrilleo del agua, se absorbió a poco en una meditación de la que no lograron sacarle las bellezas del camino.

Jupille nos precedía llevando en una mano su caña de pescar, y en la otra el cesto de las provisiones y la bolsa piscatoria. Se volvía de cuando en cuando en las encrucijadas, nos miraba, sonreía por debajo de su bigote caído, y tomaba de nuevo su paso acelerado. «Debemos tener algo de ridículos—pensaba yo—este pasante taciturno se complace en burlarse mentalmente de nosotros».

No había yo adivinado.

Al llegar al recodo de un sendero, el señor Flamarán se detuvo y miró a todos lados, respirando fuertemente.

—¡Eh, Jupille!, ¿a dónde nos lleva usted, amigo? Si no estoy ofuscado, ese de ahí es el terrero de los Castaños y aquel de allá abajo el Plessis-Piquet. Nos encontramos a más de dos kilómetros a la izquierda de la estación. ¡Y el tren sale a las siete!

No había manera de negarlo: ese asno que desemboca por una avenida, engalanado y cascabeleando; dos jovencitas en las aguaderas, y sus padres detrás, sudorosos, sujetando el ronzal; esos bosques trocados en bosquecillos, en los que des-

cuellan los techos pajizos de los queampestres; en donde se multiplican los laberintos, las cascadas artificiales, las rocas contrahechas, las falsas grutas, las pseudo-ruinas, todo el arte horroroso de los «rustiquistas»; aquellos lejanos rios de cerveza y de conejo guisado, las botellas rotas, abundantes a lo largo de las zanjas; el aspecto fatigado y decaído y maltratado de los matorrales y aquel murmullo confuso de voces y ruidos que revela a Robinson, el lugar de los lindos ventorrillos. Helos aquí todo el Viejo Robinson, el Nuevo Robinson, el Antiguo Robinson, el Verdadero Robinson, los Castaños de Robinson, los Regos de Robinson, el Edén de Robinson: todo el mundo el único y el auténtico Robinson: tienen pórticos con techumbre de terracería, senderos enarenados, transparentes, sembrados por el petróleo, estrellas de colores, lúcidas, banderas, gallardetes, aparatos de iluminación a la veneciana, carteles multicolores en los que se enumeran los elementos que constituyen el paisaje de campo en Robinson: tiro al blanco, juegos de bolos, juegos de tejo, columnas, glorietas reservadas, cerveza de M. y comidas en los árboles.

—¡Ya lo ve usted, Jupille, ya lo ve usted—exclamó el señor Flamarán—, nos en pleno Robinson! ¡A buen seguro nos ha traído usted!

El viejo pasante, con el semblante arrugado, con aquel aire patibulario, tomaba al menor arrebató del señor Flamarán y le hacía prolongar el rostro, se acercó al señor Flamarán y le habló en voz baja.

—¡Vaya una idea! ¿Pero en qué estado usted pensando, Jupille? ¡Yo, profesor!... Hace treinta años esto no le hubiera sido disculpable; pero hoy... ¡Vaya, que Sidonia me espera...

Permaneció indeciso un momento, mirando la hora en su reloj.

Jupille, que le observaba, vio que el honorable amigo desarrugaba profundamente el entrecejo y prorrumplió en una sonora carcajada.

—¡Pardiez!, es una locura, pero no se preocupe. Seremos jóvenes todavía por hora. Querido Mouillard, Jupille me ha traído a comer a Robinson. Si me lo hubiera consultado, yo hubiera elegido otro sitio; pero, ¿qué quiere usted!, el tiempo y la amistad y la certeza de que se puede escapar el tren, a callan todos los crúpulos. ¿Qué opina usted?

—Que vayamos adelante.

—¡Pues adelante!—repitió mi maestro.

Y precedidos de Jupille, que llevaba el pescado para la fritura, entramos en el Verdadero Robinson.

El señor Flamarán, ligeramente fatigado, paseaba sus miradas interrogando por los claros de los bosques, tratando de oír por entre las frondas algunas voces comprimidas.

—Tienen ustedes reservado el número 3—dijo el dueño del ventorrillo—, pueden ustedes subir cuando gusten.

Subimos, en efecto, por la escalera espiral adosada al tronco. El castaño número 3 es un árbol magnífico, en cuyo tronco, algo inclinado, que sostiene sin una poderosa mano que forman sus ramas una plataforma rodeada por una barandilla, con seis columnitas de madera que soportan un techo de forma de sombrero cónico. En los alrededores hay sendas cabañas, desde lejos semejan enormes nichos, y los techos de las hojas de las plantas muy solicitados, en donde se ven a treinta pies de altura, y a los que los comensales suben por un pie y bajan por medio de una polea.

Al llegar el señor Flamarán a la plataforma, se quitó el sombrero y se puso sus dos manos en la barandilla para

perción los alrededores. Su actitud era la de un orador. Su recia cabeza gris te-
nía por fondo los resplandores del ocaso.
—¡Hablará!—gritó una voz.
—¡No hablará!—repuso otra.
Aquello fué una señal. Algo así como un estremecimiento recorrió las glorietas y una multitud de cabezas curiosas se agitaron en todos los rincones del jardín. Por el tintineo de los vasos se añadían grupos enteros abandonaban sus mesas para aproximarse. Los muchos se detenían y fijaban sus ojos en el castaño número 3. Hodo Robinsón, sin saber por qué, se fijaba en el señor Flamarán.
—Señores—exclamó alguien desde el interior de una glorieta—, el señor Flamarán, profesor de la Escuela, va a comenzar su curso.
Un concierto de risas y de apóstrofes subió hasta el castaño.
—¡Eh, mi viejo, espera a que nos hayamos ido!
—¡Va a disertar sobre el contrato de matrimonio, señoritas!
—¡No!, sobre la redención de hipotecas.
—¡No!, sobre el pago de las deudas.
—¡Eso es inmoral! ¡A Chaillot!
El señor Flamarán, algo desconcertado al principio, tuvo una feliz inspiración. Extendió el brazo para dar a entender que iba a hablar. Su ancha boca sonrió paternal y maliciosamente, y por encima de los atentos bosquetes oyéronse resonar estas palabras:
—Hijos míos, os prometo a todos buena nota si me dejáis comer en paz.
La frase fué recibida con una aclamación:
—¡Viva el padre Flamarán! ¡Viva el padre de los estudiantes!
Siguió una triple salva de aplausos; luego algunas palmadas sueltas; después todo volvió a quedar en silencio: nadie se ocupó ya del castaño número 3.
El señor Flamarán dejó la barandilla y desplegó su servilleta.
—¡Contad con mi benevolencia, bravos mozos!—dijo al tomar asiento.
Su éxito oratorio le había satisfecho. Estaba animado y risueño. Jupille, por el contrario, pálido como si acabara de zafarse de un motín, permanecía inmóvil a plomo sobre sus talones.
—No ha sido nada, mi buen Jupille. Basta un poco de ingenio para salirse del paso; ¡qué diantre!
El viejo pasante fué sercándose gradualmente, y la comida resultó muy alegre. El señor Flamarán, que estaba indudablemente en vena, no callaba un momento; descubría una historia en el fondo de cada vaso de chablis, y la refería con la lenta dulzura que le era peculiar.
Al final, en el momento en que el mozo ofrecía «a estos señores unos postres surtidos, peras, albérchigos, confitura, merengues, frutas en aguardiente», habíamos de Sidonia, la perla de Florez. El señor Flamarán nos contó, consignando fechas, que habiéndole cierto día uno de sus amigos hablado de una joven de Montbrisión, fresca y agraciada, muy mujercita de su casa y bien emparentada, se puso en camino para verla, la reconoció sin conocerla, se enamoró de ella en el acto, y no tardó en hallar legítima correspondencia. La concertada boda se celebró en San Galmier.
—Sí, mi querido Mouillard—añadió a manera de conclusión—, en el mes de mayo se cumplirán treinta años de mi felicidad: ¿y usted cuándo va a seguir mi ejemplo?
Jupille, al oír esta introducción, creyó que estaba de más allí y desapareció por la escalera en espiral.
—En otra ocasión hablamos—continuó el señor Flamarán—de cierta heredera de Bourges. ¿Renuncia usted a ella, según?



—Está usted en su derecho, joven; mas ¿por qué no busca usted una parisiense?
—En efecto, ¿por qué no?
—¿Es que tiene usted quizás prejuicios acerca de las parisienses?
—Ninguno.

—Yo los he tenido, yo que le estoy hablando. Pero se desvanecieron. Las parisienses tienen una gracia, querido Mouillard, una manera de vestir, de andar y de reír, que no se encuentra allende las fortificaciones. Por mucho tiempo he creído que dichas cualidades substituían a la virtud. Pues bien: es una calumnia: hay en París mujeres virtuosas; yo conozco algunas realmente angelicales.

El señor Flamarán fijó sus ojos en los míos, y como yo no le replicase, añadió:
—Conozco una por lo menos: Juana Charnot. ¿Me oye usted?

—Sí, señor Flamarán.
—¿No es verdad que es una joven perfecta?

—Ciertamente.
—¿Con tanta inteligencia como corazón?

—Así lo creo.
—¿Y con tanto espíritu como inteligencia?

—Tal es mi parecer.

—Pues si ese es el parecer de usted, joven, perdóneme que incendie mis naves, todas mis naves... Si ese es el parecer de usted, ya no comprendo. ¿La cree usted sin fortuna?

—Lo ignoro.
—Estaría usted en un error: es rica. ¿Se cree usted demasiado joven?

—No.
—¿Se figura usted, quizá, que todavía está pendiente de aquel fatal amor?...

—Yo espero que no.
—Yo estoy seguro de ello. Es libre, se lo digo a usted; libre como... usted mismo. Pues bien: ¿por qué no la ama usted?

—¡Pero, señor Flamarán, si yo la amo!
—Hace usted divinamente, amigo mío.

fidios a causa de ella. Mi tío detesta a las parisienses.

—¡Diablo, diablo! En ese caso, un amigo, un simple amigo. En rigor, eso basta.

—Tengo a Lamprón.
—¿El pintor?

—Sí; pero no conoce al señor Charnot. Resultará que un desconocido tendrá que solicitar para un extraño. ¡Mal asunto! Más hubiera valido...

—Un amigo que a la vez lo fuera de Charnot y de usted, ¿no es eso? Pues bien; ¿y yo?, ¿no lo soy acaso?

—Oh, sí!
—Pues no hay más que hablar: yo me encargo de la petición. Yo pediré a esa encantadora Juana, sí, yo la pediré para los dos: para usted, que la hará dichosa, y para mí, que no la perderé del todo al casarse con uno de mis discípulos, con uno de mis doctores preferidos, con mi amigo Fabián Mouillard. Y la obtendré, ¡vive Dios!, le respondo de ello.

Y dió en la mesa tan terrible puñetazo, que hizo tintinear los vasos y oscilar las botellas.

—¡Voy!—gritó desde abajo el mozo, creyendo que llamaban.

El señor Flamarán se asomó a la barandilla:

—No se moleste usted en subir, amigo, no es nada.

Volvió hacia donde yo estaba, conmovido aún, pero más calmado.

—Ahora—dijo—hablemos, y cuéntemelo usted todo.

Qué larga y qué dulce fué la conversación que tuvimos! ¡Cuán noble y cuán digno encontré a aquel profesor, que no peroraba, sino que dejaba hablar a su corazón, un corazón sencillo, transparente, conservado, en el estudio del Derecho, como una reliquia en su relicario! Tan pronto sonreía cuando yo elogiaba a Juana, como escuchaba con desconfianza mis objeciones, arqueando la boca, y las refutaba con vehemencia.

—¿Cómo, señor, se atreve usted a decir?... Joven, ¿a qué esos vanos temores?...

En su emoción, desbordábase su bondad en solenes y sinceras protestas.

Ni el uno ni el otro estábamos en Robinsón, sino mucho más lejos, en el mundo ideal en donde las inteligencias se compenetran y los corazones se comprenden. No oíamos ni el chirrido del columpio debajo de nosotros, ni las carcajadas de los transeúntes, ni los sonidos de la orquesta que tocaba en un pabellón vecino. Nuestros ojos abiertos no veían acercarse la noche, inmensa y tranquila, atravesando las frondas con sus primeras estrellas. A intervalos soplaban de los bosques una tenue brisa; y llegaban a mí emanaciones de una extraña dulzura. Una visión rápida cruzaba por mi alma: la de un grande tulipán oscuro laminado de oro, que abría su cáliz en el húmedo orde de las zanja, y yo me preguntaba si realmente una flor misteriosa había abierto su cáliz en medio de la noche, o si un sentimiento nuevo, lentamente formado, se esparcía por mi corazón.

22 DE JUNIO

Son las dos. Llego a casa de Silvestre para contarle el gran acontecimiento de ayer. Nos sentamos en el viejo y enfundado canapé a la sombra de la movible cortina que divide el estudio, formando como una segunda sala llena de mariques, de bustos, de botellas de barniz y de cajas de colores. A Lamprón le gusta aquella semioscuridad que le hace descansar la vista.

Alguien llama.

—CONTINUARA—

SAHONA

Reina de la Selva

por W. MORGAN THOMAS



EN BUSCA DE LA MISTERIOSA SAHONA BOB REYNOLDS Y EL PROFESOR VAN DYKE SE SEPARAN AL HUIR DE LOS HABITANTES DE LA SELVA. BOB ESTÁ ATRAPADO.

DEMASIADO EXTENDIDO PARA LEVANTAR SU RIFLE, LOS GUARDIAS DESARMAN Y CAPTURAN A BOB.



BOB TRATA DE HACERLA COMPRENDER QUE ES UN AMIGO.



SIN ENTENDER, AL PARECER, EL INGLÉS, SAHONA NO HACE CASO DE LAS PALABRAS DE BOB Y SE DIRIGE A LAS PROFUNDIDADES DE LA SELVA, HACIA SU MISTERIOSO IMPERIO.....



DESPUES DE DOS DÍAS DE CONFINAMIENTO SOLITARIO, LOS GUARDIAS TRAEN AL PROFESOR VAN DYKE.



ME ALEGRO DE VERTE, BOB, Y PUEDO VER BASTANTE, A PESAR DE HABER PERDIDO MIS ESPEJUELOS. VINIMOS EN BUSCA DE SAHONA, PERO ES ELLA LA QUE NOS HA ENCONTRADO A NOSOTROS.

ESPERO HACERLA COMPRENDER QUE HEMOS VENIDO AQUI COMO AMIGOS.



¿CÓMO VINO AQUI ESA MUJER? NO SÉ COMO HA PODIDO CONVERTIRSE EN REINA DE ESTOS FEROCES ABORÍGENES.

HE ESTADO AQUI DOS DÍAS, Y TODO LO QUE SÉ ES QUE ES JOVEN Y BELLA... PERO VOY A DESCUBRIRLO TODO AHORA MISMO.



BOB SALE SIGILOSAMENTE DE LA CHOZA Y SE DIRIGE HACIA EL DESPREVENIDO GUARDIA.



CON UNA MANO LE TAPA LA BOCA PARA IMPEDIRLE GRITAR.



TRATARÉ DE IR HASTA SU CUEVA SIN QUE ME VEAN.

UN MOMENTO DESPUÉS EL GUARDIA YACE SIN SENTIDO EN EL SUELO.

TODO vuelve. Se pone de moda una teoría política o literaria, un peinado, un color, un corte especial de traje, una frase, un sport determinado; a su colmo el capricho, y cuando más gado se le cree en el aprecio del público, se decrece lentamente, hasta desaparecer por completo, y a veces hasta se repite de repente, sin graduación de tiempo de atenuación apreciables, y cuéntese en las modas, los hábitos, chocheos y apesadumbras que es tan dada la monomaniaca huida, como el «yo yo», el «cris-cris», etc., etc. Por lo general, lo que con más furia se es lo que más pronto se deja; y cuando más olvidado se le tiene, y más enterrado se le cree en la profunda fosa de lo pasado, he aquí que reaparece, y, en ocasiones, con mayor fuerza e imperio que cuando hizo su primera presentación ante el mundo. De este axioma incontrovertible e infinitas veces demostrado, de que «bajo el sol nada es nuevo», todo vuelve. Y recordando el famoso soneto de Blanco White, fuerza es presentarse uno con desconsuelo: «¿Por qué razón no ha de volver la vida?».

Desde más de medio siglo, patinar era una de las más entretenidas y sojuzgantes diversiones que se conocían entre nosotros. Se patinaba tarde y noche en el Prado, en el Parque Central, en las enarenadas avenidas del po de Marte, y, en fin, en las aceras de las calles que por su buen estado se prestaban para ello. Los salones de las sociedades de recreo, a solicitud de sus asociados, recibían número entusiastas de aquel sport moda, acabaron por abrir sus puertas y permitir en pistas de patinadores de ambos sexos, ofreciendo el más animado y cómodo espectáculo con los mil lances de deslices en que se lucían los expertos; y las aceras y encontronazos de los que se hallaban en el primer período del aprendizaje, unos cojos se ven por ahí de resultados de ellas cabriolas. Los aplausos y las risotadas se confían con el sordo y continuo rodar de los patines. Desde el Parque Central empezaban a ver las parejas de patinadores abrazarse, cogidos amorosamente del brazo, todo lo largo de los amplios salones de la Asociación de Dependientes que daban por la calle de Zulueta, cuando conjuntamente con el Casino Español ocupaba aquella de crática institución la manzana situada entre la dicha calle y la de Monserrate. Había maestros que enseñaban a los neófitos, mediante una retribución convenida. Apenas una propensión, una tendencia, una inclinación, entre los hombres, surge el profesional adecuado para explotarlas. En algunos salones, una pequeña orquesta acompañaba a los patinadores tocando valses de Straus u otras piezas bailables que se prestaban para vaivenes de la carrera. Ahora son los muchachos, aprendiendo a patinar en el salón de arriba; los propietarios no ganaban imponiendo los suelos, cuyas losas se queban y removían con las carreras y las violentas caídas de aquéllos. Fué tanto el entusiasmo por los patines, que algunos teatros mudaron sus salas para recreo de los amantes de aquel deporte, y alguien—creemos fué José Roff—que vió un buen negocio en perspectiva, alquiló el terreno y levantó un salón ya exprofeso para el caso, en la calle de Anselmo esquina a Virtudes, titulándolo «Cating Ring», que después, cuando empezó a decaer la afición, convirtióse en sala de baile, y a lo último, con un pequeño escenario que levantó en ella el maestro de piano Antonio Soré, acabó en definitiva por ser el salón Teatro Alhambra», cuna del que desde entonces funcionó alrededor de cuarenta años consecutivos con éxito creciente. También se abrió mucho más adelante, un salón de patinar en la esquina de Prado y Animas, a donde acudía lo mejor de nuestra sociedad; y cuando se abrió en el propio sitio, más tarde, el nuevo y elegante cine al aire libre «Mariano», ya desaparecido.



Se celebraban a menudo torneos y concursos, a los que acudían patinadores de nombre a disputarse los premios. De ellos recordamos los entonces dependientes y tenedores de libros de algunos establecimientos de las calles de Muralla, Obispo, O-Reilly, etc., Justiz, Bengoa, Sanchiz, y el incomparable Santa María, primer premio en un concurso de los últimamente celebrados, por aquellos días todos ellos delgados como junquillos y ligeros como brisa leve, y que hoy suman, por el contrario, algunos cientos de libras. Se caminaba lento y cauteloso, no sea que tropiecen en la acera con alguna cáscara de mango y a su pesar remedan sus antiguas habilidades patinadoras: —Miren quién habla. También solemos encontrarnos en los tranvías, paseos y teatros, no pocas obesas matronas que fueron transparentes sílfides, deslizándose aéreas sobre las enceradas pistas, y causando la envidia de los tembleques y reumáticos que las contemplaban: —¡Santo Dios! ¿Y éstas son aquéllas?...

Gozaban de gran prestigio y se destacaban entre los otros, los que habían tenido ocasión de practicar aquel deporte, durante el invierno, en las heladas avenidas del Parque de New York, o en los congelados ríos y lagos de los Estados Unidos, o en las pistas heladas de exprofeso para el caso, en las grandes capitales extranjeras —aquí gracias que se compre el hielo por kilos— con patines de acero de «verdad», como les llamaban las gentes. En los circos ecuestres se exhibían números de patinadores de gran mérito. Era en verdad un ejercicio que se prestaba para lucir la gentileza, esbeltez y soltura del cuerpo humano. Jóvenes de ambos sexos de la mejor sociedad gozaban fama de excelentes patinadores. Cuando se mostraban en un salón público, se lo cogían para ellos solos, con sus rápidos y seguros deslizamientos, sus complicadas figuras y sus arriesgadas volteretas y acrobacias, lo que era premiado siempre con una calurosa salva de aplausos. Mas he aquí que de repente desaparecieron los últimos patinadores, por lo visto rumbo al Polo; esfumáronse en la niebla; cayeron en sus helados ámbitos; y no se supo más de ninguno. Sobrevino un largo período de años en que ya ni siquiera se oía hablar de patines, ni tenían éstos otra importancia que la de un juguete peligroso que las madres evitaban comprarles a sus muchachos...

Ahora la pantalla ha popularizado las habilidades de la bellísima y joven patinadora sueca Sonja Heine, y las de su émula, la no menos encantadora inglesa de trece años Miss Daisy Franklin, y el arte de patinar vuelve a entusiasmar a las gentes y ponerse otra vez de moda. Todo vuelve como dijimos. No han de tardar, pues, en abrirse de nuevo aquellas salas destinadas a la exhibición y explotación del elegante deporte que fué el encanto de los descoloridos a que hemos hecho referencia. Ya va usted descui-

dado por la acera, y siente, a lo mejor, una mano ansiosa que se le agarra a un brazo, poniéndolo en peligro de caer y rodar sobre el pavimento, arrastrado por una inexperta patinadora de doce años, discípula incipiente de la simpática sueca que acaba de ver en el cine de barrio. Sonja Heine y Daisy Franklin contarán dentro de poco con legiones de imitadores; y el clásico deporte sueco «reinará» otra vez victorioso sobre las heladas pistas. El Rey Carol no se quedó detrás, y ya hizo su nueva aparición en la «pista política» de su país, Rumanía. A ver si otros monarcas se sienten con ánimo de imitarlo, a no ser que se abstengan, presintiendo un «patinazo»...

o o o

Otro deporte también de aquellos tiempos: el ciclismo. Acaso ningún otro cundió con más fervor y entusiasmo. Sólo pudo cortar los vuelos el desarrollo del automovilismo. Arraigó de tal manera en sus comienzos, que hasta logró sorberles los sesos a hombres respetables por su profesión y sus años, a quienes no era raro encontrárselos dándole a los pedales por esos caminos: que en verdad no mejoraban entonces a los «del diablo». No siendo la carretera de Guanajay, hasta un poco más allá del Rincón, y la de Guanabacoa, sobre la que arrojó unos cuantos pedruscos el gobierno del General Menocal, las otras habían llegado a convertirse en una serie de detricaderos y de furnias, que sólo se interrumpía para darle plaza a profundos y envenenados lagunatos. En España, donde las carreteras estuvieron siempre atendidas—por lo menos en el período «ante obuses» o «pre tanques»—el ciclismo contó entre sus adeptos personas conocidas en el teatro, la prensa, las artes, etc., etc. En un recorrido que hicimos por Asturias, el verano del año 92, solíamos encontrarnos por los alrededores de la Pola de Lena, caballero en uno de aquellos zancudos bicis de una rueda grande delante y otra pequeña detrás, al larguirucho y ya famoso autor y poeta cómico Vital Aza, recorriendo aquellos pintorescos valles, en los que el crecido número de los manzanos que en ellos crece, satura el ambiente de tal perfume a cloroformo, que casi se siente anestesiado el viajero. En las afueras de Madrid, y en las carreteras del Guadarrama, era cosa segura encontrarse con Celso Lucio, el chistoso autor de tantas piezas del género chico, en compañía de algunos artistas de ambos sexos de los teatros «Apolo», «Eslava», «Lara», «Romea», etc. Aquí en la Habana, el popular actor de nuestro teatro vernáculo, Regino López, con su entonces esposa—otra aplaudida artista—gustaba recorrer por las tardes los alrededores de la ciudad, en un elegante «tanden», marca americana, que poseía. Uno de nuestros amigos de juventud, alto y talentoso empleado en el gobierno de la primera intervención americana, Alfredo Villegas, también era un fanático entusiasta del ciclismo, al extremo de

rendirle la vida, víctima de un ataque al corazón, en uno de aquellos paseos nocturnos que acostumbraba dar hasta horas avanzadas, por las calles de Virtudes, Belascoáin, Reina, San Lázaro y otras, de las primeras que se asfaltaban en la Habana, por aquella época.

Nuestros lectores no habrán olvidado aquel popularísimo fotógrafo Santacoloma —el «eterno di blanco vestido»—reporter del «Heraldo de Cuba», «El Mundo» y otros periódicos de importancia, al que se encontraba a menudo por calles y caminos, con su bicicleta y su camarilla portátil, sacando gráficos y fotografías para su copioso archivo reporteril, que llegó a hacerse célebre, haciendo rabiar con todo ello a su rival, el no menos popular Carrera, también perteneciente a otros periódicos de igual renombre. Pero Carrera, a causa de sus reumas y otros alifafes, era de a pie, y Santacoloma, de caballería, y esa ventaja le llevaba. Después, cuando se entronizó el período de la motocicleta, Santacoloma fué de los primeros en proveerse de la suya, adjunta a la cual arrastraba una gondola, en la que solía pasear a su esposa, la hija mayor del ilustre jurisconsulto doctor González Llorente.

¿Qué muchacho de entonces no conoció al popular Plácido Hernández, alquilador de bicicletas, establecido en la calle de Trocadero? ¿Qué padre de ellos no sostuvo alguna vez trato con Graña, aquel famoso agente que tenía su establecimiento en la calle de O-Reilly? Uno y otro ganaron buenos dineros con los entusiastas del ciclismo. Plácido era con sus bicicletas, lo que «Canelo» con sus libros de texto: si el solicitante no tenía de primera intención dinero para pagar el alquiler de la bicicleta, y era un muchacho conocido del barrio, no se quedaba sin ella y su correspondiente paseo. Pagaría más adelante. De aquella alegre «muchachería bicicletera» —ya algunos graves varones—recordamos los hermanos Valdespino, Gustavo y Enrique; los hermanos Rivas, Rafael y Armando; Miguel Sarrapiñana; Raúl López Villalonga, hijo del doctor López Villalonga, que murieron ambos asesinados por un demente; Galletti; Romeo; y Villoch, hijo; y no olvidamos los clubs de entonces, «Velo» y «Azul», ni a sus asociados Cesáreo Penagos, y Villalobos, ferretero éste de Bernaza, que ganaron en dos años sucesivos la carrera de cien kilómetros a Batabanó, ida y vuelta.

No es que desapareciese la bicicleta por completo; pero sí que fué atenuándose el entusiasmo por ella, con el foot ball, el balón-pi, la natación, el polo, el boxeo y otros deportes que con el tiempo vinieron a imponerse. Francia, como todo país viejo, amante de las tradiciones, aun conserva su «Círculo de Francia», instituido allá por los años en que la ligera y cómoda bicicleta sustituyó al pesado y molesto velocípedo de tres ruedas, y aun respeta y distingue a los campeones y triunfadores de sus rutas, de los que recordamos a Georgetti, Houlier, Petit Breton, y otros. Pero por lo que se ve al presente, patines y bicicletas vuelven a estar en el favor de las multitudes. Vendrán otra vez las pistas enceradas. ¡Oh! si aquí se pudiese instalar, una aunque fuera, con el piso helado, como el «Palace d'Iver», de París, y otras de New York y demás grandes capitales! Sonja Heine nos invita al vals. Viéndola en el cine, muchas «niñas bien», que van cansándose de la natación, el basket ball, etc., experimentan vivos deseos de imitarla, cosa que nos parece difícil, porque, nada más que hacerlo a medias supone una habilidad congénita, y una dedicación de muchos años para dominar esos ejercicios y desplantes con que en la pantalla nos deslumbra la bella y simpática hada del hielo... Volvamos a los patines y volvamos a la bicicleta. En alguna parte hemos leído que la vida es un reloj de repetición.

Un paseo en bicicleta por una carretera soleada y en buen estado, es como un ensueño que vuela. Díjase que el aire que refres-

(Continúa en la página 26).

Una MUJER QUE LUCHA POR LA LEY

En el gabinete de Narcóticos de Nueva York trabaja una mujer que lleva cumplida una maravillosa y arriesgada actividad en la lucha contra los traficantes de alcaloides.

POR JACK PURCEY MILLER

DESPUES de la estatua de la Libertad, cuando la nave remonta lentamente las batidas aguas del Hudson en procura del muelle, lo primero que se ofrece a la vista del viajero es el pequeño parque donde se levanta la histórica Batería y el Acuarium. Un poco más atrás, bordeado por la calle State y la Avenida del Oeste, se yergue un edificio de líneas antiguas y severas que viene a ser como un vigía de la enorme ciudad que atisba hacia el océano.

En realidad, esa es la función que desempeña, porque es ese el edificio de la Aduana de Nueva York. Desde allí se ejerce el riguroso contralor de todo lo que entra al país por los muelles del Hudson y en esa tarea trabajan noche y día varios millares de hombres y mujeres.

Los corredores del edificio son bastante sombríos y es trabajoso llegar a la oficina que se busca. Se explica así que tardara un poco yo en encontrarme con el mayor Garland Williams, uno de los ases del Departamento Federal de Investigaciones. Ese hombre delgado, serio y de mirada penetrante ocupa un despacho que en su puerta tiene una leyenda donde se advierte que allí está la Oficina de Supervisión, Distrito No. 2. La gente que conoce las cosas del Departamento de Justicia sabe perfectamente bien que esa Oficina de Supervisión es el nombre disimulado del Gabinete de Narcóticos de Nueva York, una de las especialidades técnicas más difíciles y peligrosas de la policía moderna. El mayor Garland Williams es la máxima autoridad en la materia.

Ese día me había invitado para efectuar una interesante visita.

LUCHA SUTIL

Había llegado al puerto de Nueva York el trasatlántico «Ile de France» y Williams efectuaría una visita especial, porque consideraba que era muy posible encontrar dentro de la enorme nave algunas cosas de mucho interés para su departamento.

—Debemos vigilar los barcos severamente... Después de lo que ha pasado...

Lo que sucedió lo sabe todo el mundo. A bordo de un barco de bandera holandesa se secuestró un contrabando de opio de importancia tal que el valor del secuestro se justipreció nada menos que en ochocientos mil dólares. Lo más grave fué que hubo también la semi plena evidencia de que ese embarque correspondía a una serie de envíos que habíanse introducido ya en Estados Unidos sin que la policía sospechara nada en absoluta.

—En realidad —dice Mr. Williams—, yo

me imaginaba una cosa así. En los últimos tiempos era evidente que había una enorme cantidad de droga en circulación y sabíamos inclusive que el precio de la porción de opio había bajado a cincuenta centavos.

Llegábamos entre tanto al trasatlántico. Varios agentes nos aguardaban junto a la planchada, y seguidos por ellos subimos al barco para hacer luego en él un paseo caprichoso en apariencia y extravagante en realidad. Visitamos la maquinaria, los talleres de planchado, la bodega y las cocinas, revistan-do uno por uno a todo el personal.

Aquello terminó por aburrirme. Durante media hora confié en que se haría algún hallazgo, pero la diligencia no era más que un trámite agobiador. A fuerza de fijarme en todas las cosas, reparé en una dama, elegan-



Ethel Bairry, la destacada mujer que une a sus muchos conocimientos en materia policial la facultad de ser una experta en balística.

temente vestida, con la que nos cruzamos dos o tres veces. Comprobé el atractivo de sus ojos, mientras pasaba elástica y segura en su andar. Williams notó mi interés y picaramente me guiñó un ojo.

—¿La conoce?

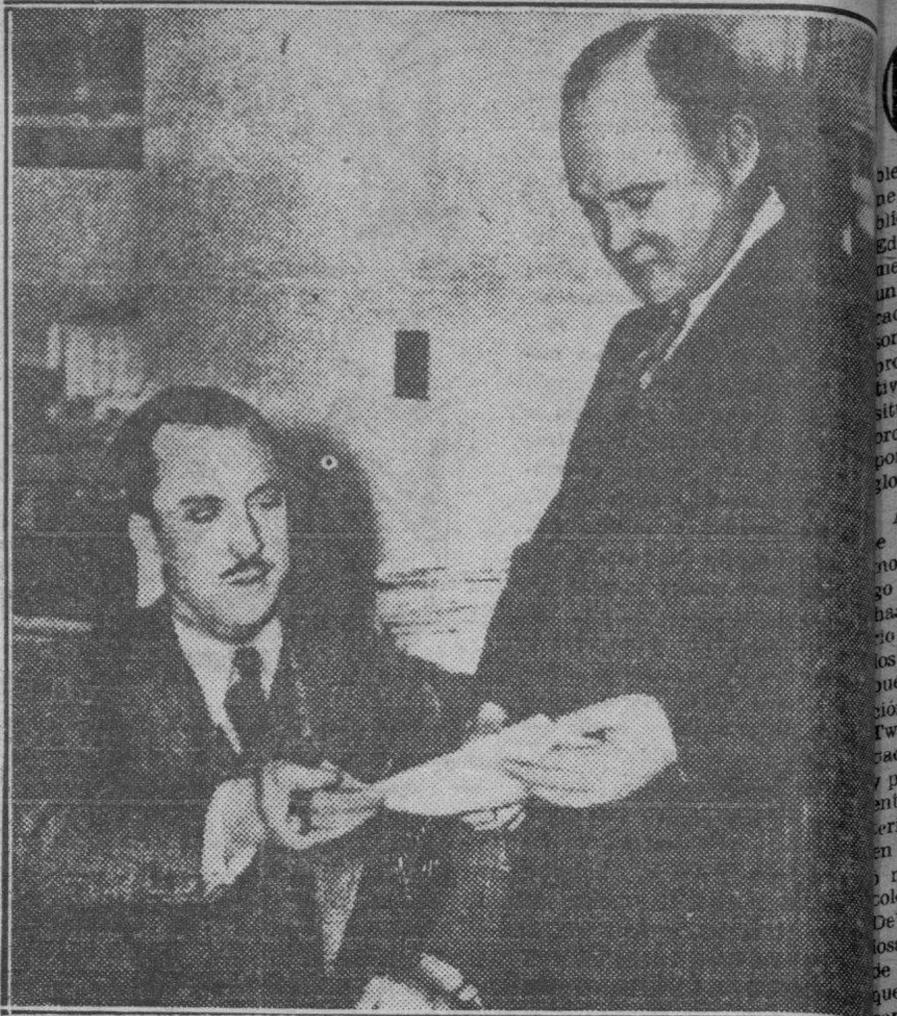
—¿Yo?... ¡Qué esperanza!... La he visto pasar dos o tres veces.

Cuando regresamos me dió un pequeño informe:

—Veo que usted conoce poco del Gabinete. No se imagina cómo hay que trabajar; con qué sistemas sutiles y extraordinarios... Le contaré algo.

UN MILLONARIO AMERICANO

«Una vez, no hace mucho de esto, a bordo de un trasatlántico, viajaba un millonario



En la presente foto aparece Garland Williams, trabajando en su oficina, junto a Martin, asistente del fiscal.

americano que volvía a Nueva York. Poco antes de llegar tuvo una violenta discusión con un escocés que le reprochaba el espíritu egoísta de los hijos de la antigua colonia inglesa. Resumiendo, sucedió que el escocés dijo más o menos:

«—Usted es incapaz de dar nada a nadie.

«—No... Pues verá... Al primer americano que encuentre al llegar a Nueva York le regalaré una docena de botellas de champagne...»

«—A que no es capaz...»

«Así quedó planteado el desafío ante varios oficiales del buque y numerosos pasajeros que festejaban risueñamente la incidencia.

«Llegando el barco ya al puerto sucedió que el escocés, al ver una lancha que navegaba cercac, desafió al americano:

«—¡Ahí en esa lancha debe tener compatriotas... A ver, regádeles el champagne...»

«El americano no se hizo repetir la invitación. Su secretario le traía instantes después un cajón de botellas de champagne y luego de gritar a los de la lancha que se acercaran les arrojó la primera. Tuvo mala suerte y cayó al agua. Pero las otras once fueron felizmente recibidas por los ocupantes que daban muestras de singular alborozo por el regalo. El millonario les dijo que eran para que bebieran a la salud de los Estados Unidos, y los pasajeros que contemplaban el curioso espectáculo alcanzaron a ver cómo los de la lancha destapaban ya una de las botellas, mientras se alejaban del trasatlántico.

«Cuando la nave amarró, yo estaba esperando en el muelle con varios empleados, porque había recibido un telegrama singular:

«Contrabando a bordo. Haga n detener lancha con diez botellas champagne. Ethel».

El millonario se quedó sumamente sorprendido cuando se le dió orden de arresto y el pasaje creía que era una equivocación. El escocés, por su parte, se mostró un poco confuso. Los dos estaban vigilados en un pequeño saloncito, cuando llegó Ethel Bairry. Esta era una muchacha hermosa, de grandes ojos, esbelta, elegante. Hacía dos meses que no la veía, pues había partido para Europa siguiendo una pista.

«Después de saludarme, explicó:

«Estos señores combinaron un hábil. A mí me los habían sindicado sospechosos y cuando esta tarde bajé un cajón con las doce botellas de champagne di cuenta de todo. Ese cajón estaba marote del señor—señaló al presuntivo—y me resultó extraño eso de que con doce botellas de champagne y con se despachaba en el comedor... ¿Entendido?»

«Estaba perfectamente entendido. La primera, otra botella al agua, la primera, otra botella beber, la última, y las otras diez, heroína hasta formar un total de 24.000 gramos, que, según el precio de la droga, significaba para los contrabandistas un total de 24.000 dólares.

«—¿Comprende usted? —me dijo Williams.—La mujer que descubrió que tener una «mente criminal», con un profundo conocimiento de los negocios de los traficantes de drogas, es un singular para no despertar sospechas impidieran la siempre necesaria «acción» del delito.

«—Esa mujer—agregó después de un silencio—es del Gabinete. Y la que es uno de los elementos más útiles en un sinnúmero de hazañas...»

o o o

En la calle Lafayette, nos detuvimos ante el Cuartel Central de Policía. Williams me invitó:

—Si quiere acompañarme se la pido. Debe estar de regreso.

Así fué cómo conocí a Ethel Bairry, una gran sorpresa a la vez. Williams me mandó llamar a su despacho y cuando abrí la puerta apareció la joven que antes había visto yo varias veces a bordo del «Ile de France», me dió un pequeño informe que Williams, entonces, me había dado un ojo. Saludó brevemente sin importancia a la presentación y dirigiéndose a su jefe, informó:

«—Hay a bordo dos camareros que son sospechosos. Mañana bajan a tierra y yo me encargaré de ellos. No creo que tengan nada, pero se tece que andan en negocios... Verá, Tamborileó ágilmente sus dedos...»

(Continúa en la página 26)

QUE diría el público que lee si se le diera a entender que Mark Twain, el más célebre de los humoristas yanquis, era en el fondo un hombre de incuestionable seriedad? La «Vida» de Bigelow Paine; los dos volúmenes de cartas ya publicados; el más reciente libro en que Edgar Lee Masters, formidable poeta del mediano oeste, emplaza a Twain como un espíritu que está por encima de la caducidad, no acababan de darnos la personalidad completa del meditador o del profeta social; faltaba una tesis definitiva, con acopio de información, para situar la figura de este hombre extraordinario en el escalafón que le corresponde en las letras americanas del siglo XIV.

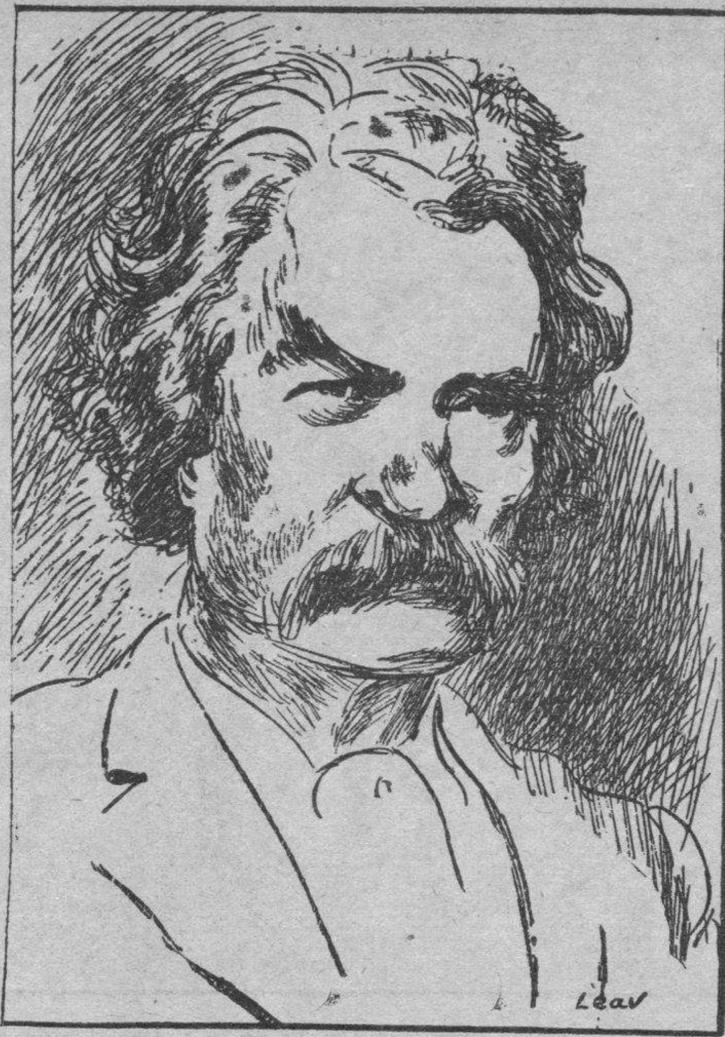
A Bernard DeVoto, eminente crítico, se ha sido encomendada esta labor con motivo de su nombramiento para el cargo que ocupaba Albert Bigelow Paine hasta la muerte, como consejero literario de los herederos del patrimonio y de los bienes de aquel insigne maestro. Después de tres meses de cuidadosa selección de los manuscritos inéditos de Twain, DeVoto ha hecho varias recomendaciones ya aceptadas por los herederos y por la Editorial Harpers de Nueva York, entre ellas la de que se clasifique el material y se dé a la estampa lo publicable en tres volúmenes para el público y uno o más volúmenes para los estudiantes y coleccionistas de documentos originales. DeVoto está trabajando en esta obra colosal en la biblioteca de la Universidad de Harvard, depósito de los manuscritos, que pasan de veinte mil páginas y abarcan todos los períodos de la vida del humorista.

La supuesta obscenidad del creador de Tom Sawyer

El rumor de que muchos de estos manuscritos están plagados de obscenidades no tiene fundamento alguno, según DeVoto, aunque hay un discurso pronunciado ante los miembros del Club del Estómago, y un fragmento escrito en dialecto yanqui, que suben de tono. Ninguno de estos trabajos será publicado por ahora, pero sí el ataque violento de Twain al Dios del Antiguo Testamento, que el autor creyó chocante para principios de siglo, pero que en realidad es bastante inocuo. Hay un pasaje que Twain indicó no debía publicarse sino hasta dentro de quinientos años; una tesis sobre la Inmaculada Concepción que no turbaría al más cristiano clérigo, y muchos cientos de cartas que el crítico Paine no llegó a conocer nunca. Entre los papeles están el primer borrador de treinta páginas de la historia de Tom Sawyer, de modo que resulta inexacta la afirmación de Paine de que el original de dicha novela fué una comedia. En veintidós cuartillas admirables aparecen los bosquejos iniciales de Huckleberry Finn, con escenas que el autor no llegó a incorporar en la obra y que sin embargo son preciosidades.

Twain dejó infinidad de manuscritos, cuadernos, bosquejos, ensayos y cuentos, algunas de estas piezas hasta de docientos páginas de largo, que podrían publicarse sin ningún reparo. Del total que pasa de cien manuscritos completos o muy adelantados, DeVoto se propone dar a la estampa unos veinte o treinta superiores a varias de las cosas que ya están publicadas, por ejemplo, el segundo capítulo de su famosa pieza «Las Ofensas Literarias de Fenimore Cooper», diversos diálogos socráticos de sobrada brillantez intelectual, y un material extenso titulado «Cartas de la Tierra», escrito en el 1907 y que puede considerarse la expresión más acabada de su pesimismo.

Poseedor de una imaginación vivísima, Twain adolecía de la falta de método para canalizarla. Su fecundidad fué, pues, un prodigio de realizaciones episódicas. Hubiérase creído mejor un producto del trópico, incapaz en numerosas ocasiones de estructurar las fantasías de su pensamiento. DeVoto ha descubierto un manuscrito inconcluso que intenta sacar a la luz, entusiasmado con su extraña y poderosa vitalidad, a veces terrible como las acideces del sarcasmo mordaz que hizo temible en su tiempo. En ninguna de estas manifestaciones altas del genio



El gran humorista yanqui Mark Twain, cuyos manuscritos inéditos serán publicados bajo la dirección del crítico Bernard DeVoto. (Dibujo de Leav).

Los manuscritos inéditos de Mark TWAIN

El gran humorista yanqui dejó más de 20,000 páginas de material espléndido que será dado a la estampa. Profetizó el advenimiento de la dictadura en los Estados Unidos.—La leyenda de su obscenidad y de su profundo instinto social.—Bernard De Voto, uno de sus comentaristas, encargado de publicar estos interesantes originales.

literario de Twain hay indicios de obscenidad que vicien el material en manera alguna.

Vaticinó una decadencia yanqui y el auge de las dictaduras

Donde comienza a exteriorizarse el aspecto serio de su temperamento y su intelecto, en la misma veta que indudablemente le llevó a hacer la obra «¿Qué es el Hombre?», es en los presentimientos que pasan por su mente al pensar sobre los hombres y los sucesos de principios de siglo. Estos fragmentos dedicados a su patria adquieren hoy una actualidad impresionante. Uno de ellos, que data por ahí del 1906, indica que Twain estaba reflexionando entonces sobre la ocupación norteamericana de las Filipinas y sobre una orden ejecutiva dictada por

grafía de Twain está en sus comentarios y bosquejos, en sus graciosos paliques salpicados de humorismo y de sátira sobre la vida contemporánea, en su arte del soliloquio, no solamente como forma literaria interesante sino como índice histórico de profunda significación. Véase, por vía de ilustración, un pasaje de sus «Bosquejos de la Historia» fechado en el siglo IX y «suprimido», según Twain. Trata de los Estados Unidos indudablemente, a pesar del disfraz de la alegoría:

«Pero fué imposible salvar a la Gran República, que estaba corrompida hasta el corazón. El apetito de la conquista había hecho estragos desde hacía tiempo; los atropellos contra los indefensos en otros países le habían enseñado, por un proceso natural, a tolerar con apatía los mismos hechos en su tierra; las multitudes que habían aplaudido el aplastamiento de las libertades de otros pueblos, vivieron para ser testigos de su error en la propia experiencia. El gobierno había caído irremisiblemente en manos de los fabulosamente ricos y sus secuaces; el sufragio se había convertido en una mera máquina que ellos usaban a su capricho. No existía otro principio que el del comercialismo ni otro patriotismo que el del bolsillo. De tanto festejar con pompa y suntuosidad a las aristocracias vecinas, y de tanto traficar a sus hijas con estas clases, los plutócratas acabaron por sentir el apetito de los títulos y las herencias nobles. Empezó la desbandada hacia la monarquía, en una u otra forma; primero se hablaba de ello en voz queda, luego en tonos altos.

Advenimiento del dictador Popoatahualpacatepetl

«Fué entonces que en el extremo sur surgió aquel portentoso llamado «El Prodigio». Ejército tras ejército, soberanía tras soberanía, sucumbieron bajo la planta poderosa del zapatero, que se mantenía en su rumbo: hacia el Norte, siempre hacia el Norte. La república dormida despertó por fin, pero ya era demasiado tarde. Expulsó a los traficantes del dinero del templo y puso el gobierno en manos limpias, pero sin ningún resultado. Para controlar el poder, los financieros habían comprado mucho antes la mitad del país con pensiones para los soldados, transformando así una medida que en sus orígenes era justa en una máquina que era al mismo tiempo un instrumento inamovible de la tiranía. Porque cada pensionado tenía derecho a un voto, y todo hombre o mujer que en alguna ocasión había conocido a un soldado, estaba pensionado; las pensiones se fecharon con anterioridad, desde la época de la Caída, y hordas de hombres que jamás en su vida habían manejado un arma, reclamaron y cobraron trescientos años atrasados de pagos. De modo que las conquistas del país, en vez de ser algo lucrativo para el tesoro nacional, resultaron una carga intolerable desde el principio. Las pensiones, las conquistas y la corrupción juntas, precipitaron la bancarrota a pesar de las locas contribuciones; el crédito del gobierno desapareció; los arsenales quedaron exhaustos; el país no estaba preparado para la guerra. Las escuelas militares y navales, y toda la oficialidad del ejército y la armada eran ropiedad de los financieros, así como el ejército creado por la conquista.

«El ejército y la armada se negaron a servir bajo el nuevo Congreso y la nueva Administración, y preguntaron irónicamente: «¿Qué piensan hacer?» Preguntó difícil de contestar. Los ciudadanos se apoderaron de todos los buques que no estaban vigilando las conquistas de ultramar, y los echaron a pique, deseosos de cumplir con su deber. Se levantó un ejército de civiles, comandado por ciudadanos, encendido en el patriotismo de los años pretéritos y marchó hacia el frente, armado de escopetas deportivas y horquillas de labrar; y el ejército regular lo aniquiló. Porque los financieros se vendieron con el zapatero. El les otorgó títulos nobiliarios y subió al trono de la república sin disparar un solo tiro.

«Así fué como Popoatahualpacatepetl se convirtió en nuestro amo; y esta soberanía fué transmitida poco después al Segundo de su nombre, que aún la conserva hoy por su Virreinato».

el entonces Presidente Teodoro Roosevelt en 1904, cuyo efecto fundamental fué aumentar las listas de los pensionados federales.

Todavía en 1938 está latente la ansiedad que en dichos escritos manifestara Twain. Dice DeVoto: «Constantemente aparecen en los escritos de sus últimos años estos temas—la corrupción del gobierno, el crecimiento del poder plutocrático, la decadencia de la moral pública y privada, el deterioro de los Estados Unidos tal y como él los concebía, el desenvolvimiento probable de lo que él llamaba la monarquía y que nosotros llamamos la dictadura».

Del material íntimo que dejó, y que formará parte de lo que falta por publicar de su «Autobiografía», ha de salir un importante libro, en el que no se encontrará nada de escándalos o inmoral. Después de todo la verdadera autobio-

Temperaturas excepcionales.—
Un Otoño neurasténico y un
invierno desenfrenado.—París
cubierto de armiño.—Un inolvi-
dable Noel en la colina de
Montmartre.—Los poderosos
motivos de tanta alegría.

(Por RENATO VILLAVERDE)*

LOS días que estamos viviendo en la capital de Francia constituyen un espectáculo muy invernal pero muy poco parisien. La nieve ha caído en cantidad inacostumbrada. El termómetro ha descendido hasta 20 grados bajo cero. El tránsito de muchas calles prácticamente se ha visto imposibilitado. Los abrigo de pieles sirven para algo más que embellecer a las damas. Los hombres, bajo sus bufandas y sumergidos en sus orejeras, dan la sensación de esquimales trasplantados a los Campos Elíseos. El frío y la nieve han sido los dos temas cumbres de esta Nochebuena que acaba de pasar. Las palomas que viven en la Plaza Víctor Hugo, en el Arco de la Estrella y en el Palais Royal, ocultas en sus recodos de piedra, ya no se arrullan a la vista de todos. Salen a ratos, a las horas en que el público les reparte su comida, a picar las migas de pan envueltas en copos de nieve. Los muchachos, en desenfrenada alegría, ametrallan a los transeuntes con las inofensivas pelotas invernales. Hay conmoción, júbilo mezclado a los improperios de los reumáticos, vida nueva que se desliza en ambiente nuevo muy dentro del cuadro que señala en teoría la fecha del calendario.

En realidad, lo que sucede en París—léase en Europa entera—es excepcional. Un descenso tal de temperatura no es plato habitual para los habitantes de las márgenes del Sena. Aquí, normalmente, nieva muy poco. Casi puede decirse que no nieva. Y lo más original que se observa en este tiempo siberiano es que vino de un golpe seco, sin escalas intermitentes, sin previo aviso. Los primeros quince días de diciembre eran de un otoño neurasténico. Diez y seis grados de calor marcaban los termómetros. Los abrigo se utilizaban sin objeto definido. Y he aquí que de pronto, con la rapidez de un agua-cero tropical, el termómetro comienza a descender y en menos de doce horas los 16 grados sobre cero se convierten en otros 16... bajo cero. Corre-corre, bufandas, combinaciones interiores de lana, estadísticas en los periódicos y casos de muertos de frío, gripes, pulmonías, congestiones en la vía pública, calefacción elevada al máximo y comentarios a todo tren, jubilosos unos y pesimistas los más.

Un viejo cubano que es también viejo parisien, me decía tras los cristales de un café contemplando la montaña de nieve:

«Sesenta inviernos he pasado en París. Nunca he visto una cantidad de nieve semejante. Parece que estamos en plena Europa Central».

Apuró su «pernod» amarillo. Y como para abuyentar el frío reinante comenzó a hablarme del Malecón, de las brisas criollas y del encanto de nuestras noches de diciembre que parecen robadas al Paraíso.

En este ambiente plétórico de nieve se ha celebrado la Nochebuena. Y a fe que ha sido el 24 de diciembre más animado que he visto en París. A la alegría proverbial de la fecha, se unía el estímulo de la blanca alfombra que cubría las calles por doquier. El



La admirable Avenida de los Campos Elíseos convertida en un blanco tapiz.

Nochebuena en PARIS bajo la nieve

frío nadie lo sentía. Para evitar esos inconvenientes, el champagne es el mejor antídoto. Una comida copiosa intercalada con libaciones reiteradas produce la combustión orgá-

nica necesaria para reirse del viento helado que corta como una navaja. Además, era Nochebuena. Es decir, era un día en que divertirse a plenitud constituye casi una orden oí-



En los grandes bulevares de París, los obreros recogen la nieve de las anchas aceras.

cial. ¿Quién en tal fecha iba a quejarse, que hubiese ocho o diez grados bajo cero? Al contrario, bienvenida sea la nieve, la sensación de los pinos desnudos, los arbolitos de Navidad cubiertos de nieve, del Pere-Noel viejo, albo y bigotudo, dejándole su saco a cuestras, rebosante de juguetes, con avivar la más simpática de las ilusiones infantiles...

Montmartre, la fascinadora colina, que en el pasado, era un ascua. Yo lo recorrí todo, desde las combas bizantinas y blancas—más y más altas que nunca—de la Basílica del Sacro Corazón hasta las faldas de la ladera, al borde de los Grandes Bulevares, donde la alineación del pavimento marca un nuevo barrio que es más esplendoroso y popular, no tiene los tugios del Montmartre abigarrado, pero es más limpio, artístico y sensual.

Era un tapiz blanco la colina de Montmartre. Armiño en las calles, en las techumbres, en los tejados, en los aleros, sobre los balcones de seda de las mujeres capitosas, en los techos en los espíritus despreocupados de los ebrios de nieve, de noche, de champagne, de alegría...

Y Montmartre era un avispero en diciembre. La colmena habitual, más ruidosa, más confusión, las risas, los piropos, las canciones, los diez grados bajo cero, una broma más entre las bromas, una broma que nunca, se desbordaba en un estrepitoso. Las tres clásicas encrucijadas, la Place Blanche, la Place Clichy y la Place Pigalle—como tres senos ubérrimos—por el esplendoroso manto de nieve, daban una vida en derroche. Los autobuses de todas categorías sociales, los taxis bajo la dura pechera del frac, quemaban el pavimento helado los fuegos de la ilusión de sus optimismos pascuales. Centenares de puertas de los cabarets, de los dancings, de los teatros y cinematográficos, constante entrar y salir de personas daban la sensación de un agitado mar de espuma. Los automóviles congestionaban las estrechas callejuelas, untando de aceite el resaca de la blancura de la nieve. Y entre el ruido de los motores, se oía el ruido de las risas.

El champagne, en los cabarets, en las salas de baile, en los salones, en las salas de las suyas. El continuo estallar de los platos, el continuo estallar de los platos, recordaba un entretenimiento de am-

(Continúa en la página 27)

EAMON de Valera el alto, delgado, lacónico y con un rostro en el que se lee la fría decisión que lo caracteriza. Sus delgados dejan escapar pocas palabras, siempre son definitivas. Sin embargo, de su frente empujada de hombre que hacia qué meta se dirige, se oculta un ro, inconfeso, sin duda, pero evidente, Inglaterra, a la que siempre ha combatido. Las rencillas entre Gran Bretaña y la Irlanda han mostrado, pese a la santerramada y a la crudeza de la brega, la presencia de las reyertas domésticas. El comentario entre ellas es arduo y enconado, pero que los demás no intervengan, pues, en este caso, los enemigos de la víspera restan sus espaldas recelosas y se aprestan a montar al que intenta sacar provecho de la doméstica.

Mientras en Europa se debate el problema de las minorías, y los antecedentes raciales remotos bastan para que pueblos aparentemente inexistentes hallen en la tradición motivos para considerar legítima su independencia, Irlanda, que desde hace tantos años por lograr su absoluta autonomía, se libran del enemigo secular por medio de traición y se dispone a ofrecerle, en el peor de los casos, el concurso de los mismos soldados que le sirvieron para conseguir su independencia parcial.

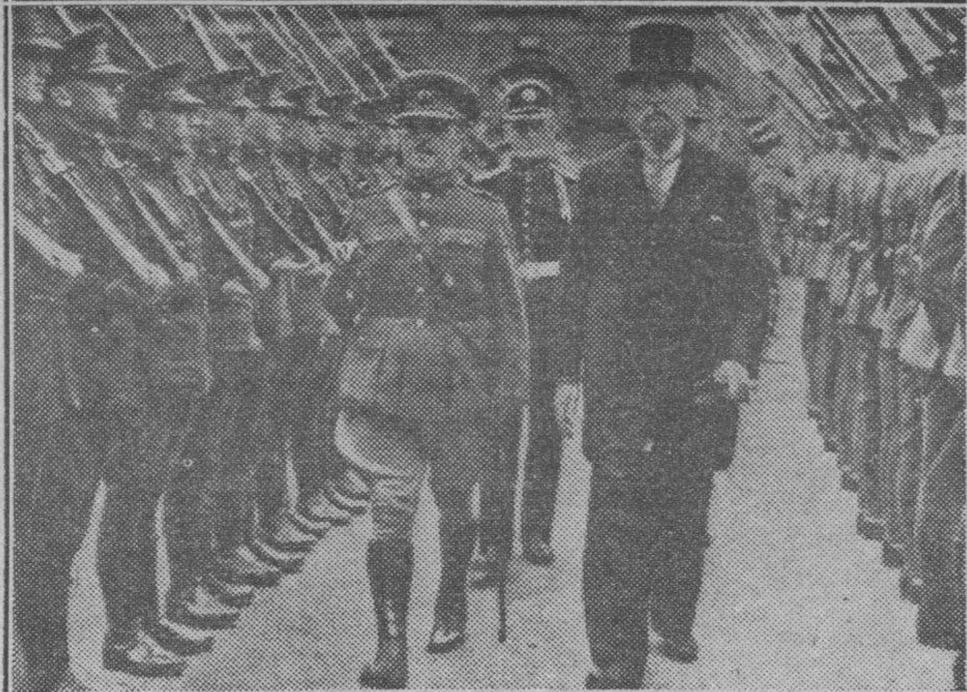
Valera tiene la vista casi táctil de los miosopes. Se decía que, a medida que sus ojos se iban abriendo cada vez más el horizonte, aprendía a aspirar tan sólo aquello que se halla a alcance de su mano. Nada de difusos ideales, esos que necesitan para realizarse el concurso de circunstancias excepcionales. Valera mide el porvenir de Irlanda libre con la fría vara de quien todo lo abandona al venir; prefiere que cada minuto que transcorre deje entre sus manos una experiencia que le convenga a mantener eternamente izada la bandera de la sedición.

DE ENTRE BELFAST Y DUBLIN

Belast contra Dublin. La primera, protesta y adicta a Inglaterra, no hace mucho se declaró a testimoniar en el norte de Irlanda adhesión al resto del continente. El norte, unido a Inglaterra por los lazos del protestantismo, constituía el obstáculo fundamental que hallaba Eamon de Valera para lograr la completa libertad de Irlanda. Durante mucho tiempo se entabló una guerra de guerrillas sorda y sin cuartel. Pero, en el instante en que comenzaron a agitarse en Europa las banderas de las minorías raciales y volvió el peligro de guerra, volvió a cumplirse la ley de la unidad doméstica, ante el pago de una casa de parientes desavenidos. Douglas Hyde, el primer presidente de Irlanda, protestante, apolítico y erudito gaelés, es el producto de una latente situación de amenaza exterior, el hombre amable, simpático, ideal para reconciliar, con su amplia sonrisa de hombre poco acostumbrado a los rigores de la política, el norte de Irlanda, hecho con su independencia de Inglaterra, con la verde Erin del Sud, presta a ser a toda costa.

AUN TIENE GARRAS EL LEON

Douglas Hyde es un viejecito casi octogenario, de amplios bigotes desordenados, en cuyo rostro se halla siempre una expresión negociada sorpresa. Los acontecimientos recientes, el sordo rumor de una posible integración internacional, lo arrancaron de su retiro de filólogo para transformarlo en el lazo de unión entre las dos Irlandas. Hecho por unanimidad, pese a que en ciertos sectores de la Irlanda del Norte se temía su designación les obligase más adelante a transigir con las exigencias del sur—dóctro Eamon de Valera—, constituye en el instante el obstáculo fundamental para la política de los países que creían factible dar aún más la escisión existente entre Irlanda e Inglaterra.



El primer Presidente de Eire (nombre que ha tomado la república de Irlanda). Dr. Hyde, poeta y profesor, pasando por primera vez revista a la guardia de honor del Castillo de Dublin.

INGLATERRA Y Eamon de Valera

LA GRAVE CRISIS EUROPEA INCITO AL LIDER DE LA INDEPENDENCIA DE IRLANDA A RECONCILIARSE CON SUS ENEMIGOS DE LA VISPERA.

(Por RONALD H. HUXLEY).



EAMON DE VALERA

Quizá en la situación actual de Irlanda, cuyo estado libre goza en este momento de la renovada confianza de sus antiguos enemigos, se halla un claro ejemplo de la manera con que es posible resolver el problema de las minorías raciales sin que el problema trascienda de los límites estrictos en los que se genera.

Eamon de Valera ha sufrido mucho y no ignora las difíciles horas que aguardarían al

pueblo que en él deposita su confianza si lo arrastrara a aprovechar el difícil momento que vive actualmente Europa entera para conseguir su independencia absoluta.

El caudillo irlandés—sólo por adopción, sin duda, pues, como casi todos los campeones del nacionalismo a ultranza, no ha nacido en el territorio cuyos derechos reivindica—habrá, sin duda, escuchado el canto de los ingleses opresores, o por lo menos amenazar con hacerlo, hubiese sido, sin duda, la resolución de un hombre menos experimentado. Pero de Valera sabe que son siempre menos peligrosas las rencillas domésticas que los litigios con el vecino, pese a la buena amistad que pueda unirlos momentáneamente con éste. El hombre que supo esperar oculta tras de un rostro inexpresivo, en el que sólo se lee una fría determinación, una sagacidad y una astucia bien probadas en su larga carrera de sedicioso.

Carente de la salvaje, enérgica y anárquica resolución de Pilsudski, patriota constante y bandolero a ratos; de la sutileza demagógica de Benes; de la enfermiza energía de Kemal Ataturk, Eamon de Valera es, entre los campeones del nacionalismo moderno, el exponente del valor reflexivo y tranquilo. Su condición de americano—es hijo de un español y una irlandesa—lo salvó de ser ajusticiado por rebelde el año 1916, y esa experiencia parece haberle enseñado el camino de las exigencias y de las concesiones, el sendero de la reciprocidad. Astuto, sabe muy bien que Inglaterra ha llegado a ese punto peligroso a que arriban las grandes potencias que tienen grandes territorios bajo su tutela cuando los hijos adoptivos llegan a su

mayoría de edad. En vez de aprovechar el instante en que Canadá puede regir sus destinos por su propia cuenta; en que la India recobra su conciencia nacional; en que Australia no necesita de que nadie la ayude en medio de su aislamiento geográfico, y en que Egipto prefiere los dictados de su joven rey a la dominación británica, Eamon de Valera opta por pactar con el león acosado, consciente de que sus viejas garras son aun peligrosas en la agresión e inapreciables para la defensa.

No ignora que Inglaterra se encuentra en el caso del hombre que después de haber amasado una inmensa fortuna se halla en el desdichado trance de repartir entre sus hijos adoptivos, ya mayores de edad, el cuantioso patrimonio. Pero prefiere, sabiduría carente quizá de impulso lírico, pero plena de clara visión de comerciante, hacer valer sus inalienables derechos a la herencia, pero sin separar su parte del patrimonio común, al de cualquier partija debilitaría.

LA PIPA DE EAMON DE VALERA

El líder irlandés es rencoroso, pero práctico. Cierta vez, camino de la prisión, que varias veces visitó durante su existencia de revolucionario, resolvió dejar de fumar, y sólo para que la prohibición no partiera de sus carceleros. Privarse de un placer está bien, se dice, pero siempre que los ingleses no me lo impongan. Como a su pipa desechada en una mañana radiante en la que contemplaba por vez postrera quizás el cielo abierto, Eamon de Valera abandonaba ahora, y por su propia voluntad, el sueño de completa unificación y absoluta libertad de Irlanda.

Suprime la guerra de tarifas, se reconcilia con los irlandeses del norte, doblemente traidores a su credo nacionalista, puesto que se mantienen aliados a los ingleses, y contempla con satisfacción el rostro de Douglas Hyde, presidente apacible y a quien un diario de extrema derecha del continente llamó, quizás con acierto, «el coleccionista de mariposas que caza en un campo de tiro».

Y para muchos Douglas Hyde es eso: un apacible paseante que recorre con manifiesto alborozo el sendero que separa los dominios de dos familias que interrumpen su continuo tiroteo para contemplar con asombro al risueño y desaprensivo paseante.

PAZ DOMESTICA

Como Hlinka, el apóstol de la libertad eslovaca recientemente fallecido, y que ante el peligro de la intervención extranjera parecía en sus últimos días olvidado de sus resentimientos con los checos para preconizar la unión frente al riesgo, Eamon de Valera, apóstol de la independencia irlandesa, vuelve sus ojos súbitamente cordiales hacia el enemigo secular y se apresta a colaborar con él si la situación de Europa lo requiere.

Por diversos caminos, Hlinka, fuerza espiritual, que hizo de la bondad y del martirio un arma; y de Valera, frío, matemático, que dedicó las interminables horas de cárcel al estudio de la teoría de Einstein, arribaron a parecida resolución cuando en el horizonte europeo surgió de improviso un impresionante enrejado de cañones.

La crisis europea resuelta en el instante en que toda negociación parecía ociosa y cuanto ya se delegaba a las armas la suprema elocuencia expositiva, no debe haber cambiado la actitud de Eamon de Valera. Por el contrario, la posibilidad de que Europa se resigne a considerar los derechos de las minorías y que el acuerdo de Munich inicie una era de comprensión internacional debe satisfacerlo. Pero sin que el frío matemático cambie de política hasta que toda perspectiva bélica haya desaparecido.

Inglaterra puede contar con Eamon de Valera, por lo menos mientras una posibilidad de peligro aceche tras de todos los puestos fronterizos y Douglas Hyde pasee por los senderos súbitamente tranquilos de la verde Erin su cara redonda y regocijada de erudito.

DRESUMO que no dejarán de interesar al lector algunas particularidades, poco o nada conocidas, de la mocedad de Chamberlain III, que yo hube de obtener mediante la comunicación directa, por vía amistosa. Chamberlain I fué Josef, una de las figuras más relevantes e inquietantes de la política universal, hacia los últimos años de la reina Victoria y bajo Eduardo VII. Los lectores de cortos años quizás no conocen suficientemente al primer Chamberlain, que en su día dió casi tanto que hablar y que hacer como ahora su hijo, Mussolini o Hitler. En la ocasión oportuna le dedicaremos un sucinto camafeo, imprescindible. Chamberlain II fué Austen, primogénito del anterior, ministro de Asuntos Exteriores británico; quizás el más clarividente y atinado, desde Versalles; procreante, con Stresemann y Briand, del pacto de Locarno. Chamberlain III es Neville, hermanastro del anterior.

Según la tradición inglesa de los mayorazgos, Austen fué educado y apercebido con todos los medios instrumentales (viajes, idiomas, estudios académicos en Inglaterra, Alemania y Francia, etc., etc.) para la sucesión política. A Neville se le preparó en la disciplina económica y se le enderezó hacia la actividad de los negocios.

Neville fué alumno en el famoso Colegio de Rugby, después en el de Mason, Birmingham, y de allí pasó, como aprendiz y meritorio, a las oficinas de un tenedor de libros. Es de advertir que, en Inglaterra, el tenedor de libros patentado posee un carácter cuasi notarial; una de sus funciones consiste en autorizar le-



NEVILLE CHAMBERLAIN



LA BELLA AVENIDA VICTORIA, EN NASSAU

CHAMBERLAIN, colonizador de las Islas BAHAMAS

galmente con el «visto bueno» las cuentas de las diversas casas comerciales que componen su clientela. La capacidad y diligencia de Neville en aquella oficina se manifestaron tan satisfactorias que a los seis meses le ofrecieron un puesto retribuido, sin aguardar que concluyese el término acostumbrado del aprendizaje. Providencialmente, se estaba equipando en ciería el futuro Canciller del Echiquier, restaurador de la economía británica. Antes de llegar a obtener la patente de tenedor de libros, el padre, Josef, decidió enviar a Neville a las islas Bahamas, a la cabeza de una empresa de explotación de henequén, de la cual esperaba sustántico rendimiento. Tenía Neville, entonces, 22 años. Debía regresar por entero del mundo civilizado y crear por su cuenta el negocio, desde la base. En esta primera aventura, le acompañó su hermano Austin. Allí, a fin de investigar el terreno, hicieron ante todo un recorrido de las diversas islas, en un

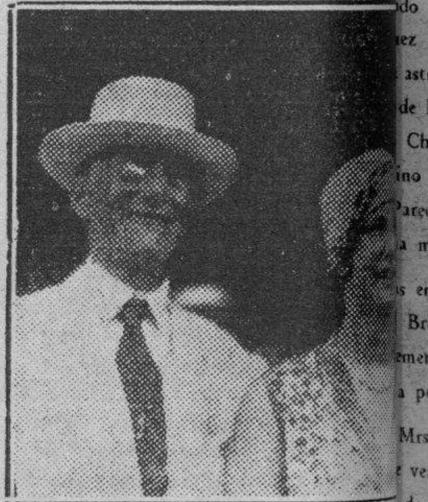
barquito escampavía de diez toneladas. El temporal era grueso. No tenían sino un camarote de poco más de un metro de altura, con el lugar preciso para uno dormirse en el duro suelo y otro en un duro banco. El barco, además, hacía agua, que fluía, a modo de río, a través del camarote y había que estar achicándola sin cesar. Aunque buenos mareantes, los dos hermanos se marearon a más no poder. Hubo también un hombre de la tripulación al agua, que pudieron salvar. Como consecuencia de la expedición, acordaron fijar en la isla de Andros, una de las mayores, en la periferia del archipiélago, la sementera del henequén. Austin volvió a Inglaterra. La isla estaba habitada por unos pocos y míseros negros, que vivían malamente de la pesca de esponjas. No había sino tres blancos, en apartados rincones de la costa. La isla es de formación coralina, con algún sórdido bosque de pinos y por lo regular revestida de broza y maleza. Josef Chamberlain había ad-

quirido 20.000 acres de extensión en torno a una pequeña bahía. El primer Chamberlain era otro inglés, el señor Knowles, nacido en la isla; con un humor británico. Neville y su hermano carecían de casa, en un principio no bieron de habitar, desde luego, la casa de un negro; tres zaquizamies, seiscientos tanas, el piso de cemento, de pajón y chumbre, donde pululaban sin número de escorpiones, cienpiés y otros minúsculos insectos sanguinarios. Además, así como la empresa fué puesta en marcha, se hizo la necesidad de montar una tienda de provisiones de todo género, donde los negros pudieran abastecerse. Neville, después del trabajo del día, abría la tienda en mangas de camisa, remangado de los brazos, y despachaba, como un dependiente de abacería.

Luego hubo que abrir un campo de barrenos de dinamita, entre el arrecife de coral. Ni los indígenas de la isla eran duchos o experimentados en el manejo de los explosivos; pero, para proveer en todo, a fuerza de sagacidad inventiva y sentido práctico. En una carta que por entonces escribió a su padre dice: «Me levanto a las cinco de la mañana y después de beber una taza de café voy al campo de trabajo, que está a lo menos a un kilómetro. Allí inspecciono cómo los operarios derriban los árboles y clarean el monte. A veces yo mismo manejo el hacha un rato, lo cual me da gran entusiasmo entre los jornaleros. Vuelvo un instante, a las nueve a cenar. En seguida, nuevamente al campo, donde me traen el almuerzo a las cuatro. Hasta las cuatro, hora del té. Después de esto, adelante la vida es insoportable, a causa de los millones de mosquitos, que me van ganando a encender una hoguera en la noche para ahuyentarlos con el humo. Voy a la cama a eso de las ocho».

Por fin, Neville consiguió ver la luz de su nueva vivienda, con ciertas comodidades y gratificaciones; mosquiteros en las ventanas, un porche donde descansar a la puesta del sol, una biblioteca, algunos libros perdidos—o mejor, ganados—ninguna otra solicitud frívola que se le permitiera, el joven Chamberlain se aplicó a ir consolidando su cultura intelectual. Las materias predilectas de la biografía, la historia, las ciencias naturales y la historia natural. En particular a fondo las obras de Darwin y de Wallace, e iba siguiendo atentamente las discusiones que por aquel entonces se suscitaban en torno a la teoría de la evolución. El sentimiento intuitivo de la evolución, despaciosa y pacífica, aunque inexorablemente aparejada con la lucha por la existencia—el sentido del crecimiento natural frente a la arbitrariedad artificial, falaz y caldiza—, lo llevan inculcando a los británicos en el meollo de sus

(Continúa en la pág. 26)



Austen Chamberlain (ya fallecido) acompañado de su hija, cuando salió de su viaje a la Habana.

UNQUE no haya sido de las proporciones del escandaloso «affaire» Mussica—el inmigrante italiano que después de realizado con su verdadero nombre varias veces, se lo cambió para seguir de-chochando y durante varios años fué presidente de una firma de drogas con un capital de más de ochenta millones de dólares—el caso Chaperau ha sido de esos que dejan a los ciudadanos con la boca abierta. Por haber aceptado mercaderías que el desfachato avenidales ofrecía, la esposa de un magistrado del Tribunal Supremo de Nueva York, Jack Benny, George Burns y Jack el artista de cine Wallace Ford, el gerente hotelero Ralph Hitz, el ejecutivo Fox Joseph Moskowitz, y algún otro, encuentran en estos momentos acusados de actividad en el contrabando de joyas y de vestir realizado por Chaperau ha pasado por «agregado comercial al lado de Nicaragua en Nueva York», parece que durante mucho tiempo el mencionado individuo estuvo realizando impunito contrabando, sin que a las autoridades newyorquinas se les ocurriera investigar si en la franquicia diplomática el cargo de agregado comercial a un funcionario contra Mrs. Elma N. Lauer, de contrabandista por una doméstica que estaba cansada de oír cómo los señores del magistado y su esposa se burlaban de Hitler, se descubrió el complot y produjo el consiguiente escándalo.

El mismo Chaperau, en los momentos en que se le categoría de sus cómplices le hacía creer que la actitud de las autoridades no sería como ha sido, explicó el suceso de la siguiente manera:

«Culpó a Hitler de todo lo que ha pasado».

«Según me contó como una noche que estaba comiendo en casa de los señores de la unión de Mr. William Weintraub, secretario de la revista «Ken», de un financiero de Londres y París llamado Serge Ruffin y de otros huéspedes, la criada Rosa se paró de repente ante ellos y les es-queció el siguiente discurso:

«Señoras y caballeros: soy una verdadera dama y admiro a Adolfo Hitler. Si no me permitiera inmediatamente de hablar contra él, no podría servirle la comida».

«El señor Lauer creyó indispensable despedirse inmediatamente a la sirvienta, y ésta se fue a las autoridades e hizo la denuncia contra la esposa del magistrado del Tribunal Supremo newyorquino. Y de este modo se inició la investigación que produjo a Chaperau acusado principal y a los demás como cómplices en el «negocio» de defraudar al

«Pero ¿quién es este Chaperau que es obediencia con «dinners» en la residencia del Tribunal Supremo y es amigo de los famosos del teatro y el cine y de los magistros de Hollywood? En primer lugar no se trata de Chaperau, el nombre afrancesado que tiene el apellido judío Shapira, bien conocido apellido judío que parece que nació en Polonia, hijo de una familia muy humilde y que durante sus estudios en Filadelfia, Nueva York, Londres, Bruselas, Australia y Hollywood, frecuentemente se vio envuelto en dificultades con la policía».

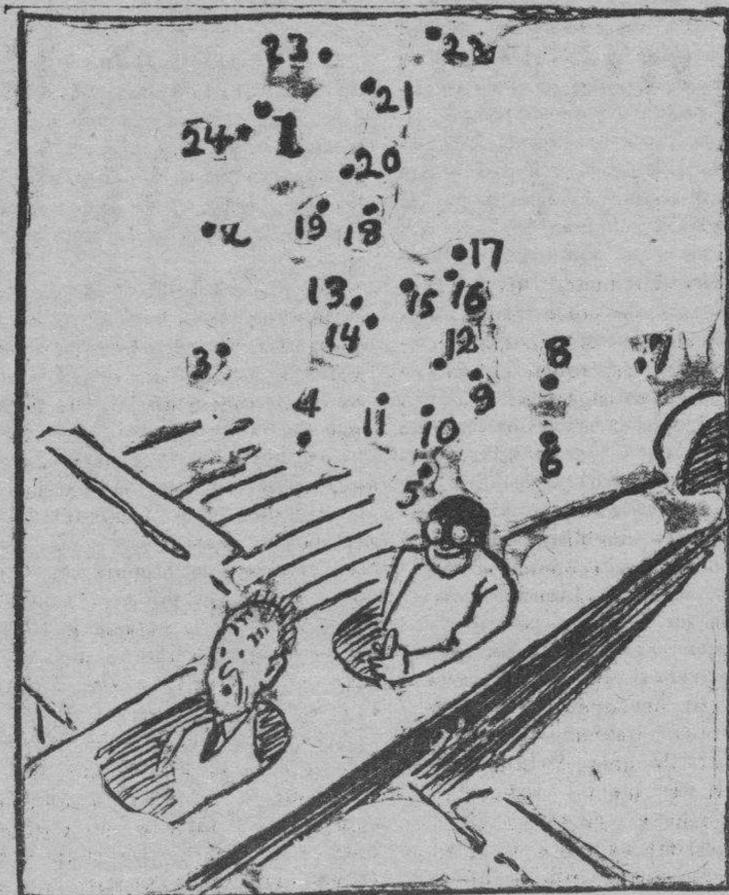
«Mrs. Lauer, según la acusación del fiscal, vendió mercadería de contrabando por el valor de 1.833 dólares. Esa mercadería consistió en lujosos artículos femeninos procedentes de París. A los artistas envueltos con



Jack Benny uno de los más populares artistas de la radio en los Estados Unidos, fotografiado en la sala del juzgado newyorquino donde se declaró «no culpable» de los cargos de contrabando que se le acusa, como cómplice del notorio Chaperau.

El sensacional affaire Chaperau contrabandista de alta alcurnia

La esposa de un Magistrado del Tribunal Supremo de Nueva York, varios artistas del teatro y el cine y otros ciudadanos prominentes, envueltos en un proceso de contrabando en la ciudad de los rascacielos.—La investigación comenzó cuando una sirvienta alemana del juez semita se negó a seguir sirviendo una comida en que se insultaba a Hitler.



—Volamos muy alto. Desciende un par de cientos de millas... ¿No comprendes que a tan gran altura me va a quemar el pelo el... (Vaya trazando líneas rectas entre los números)

«él en el «affaire» les vendía mayormente joyas, de las cuales se le encontró una cantidad considerable en una caja de seguridad que tenía alquilada en un Banco».

Hasta los mismos momentos en que se le tendían no haber cometido ningún delito, asegurando que su credencial de «attaché» del Consulado de Nicaragua era legítima. Parece que, efectivamente, el hombre tenía en su poder el nombramiento en cuestión, legalizado con el sello de la oficina consular nicaragüense; lo que no ha sido puesto en claro es cómo y por qué procedimiento llegó hasta él la mencionada credencial... insertible.

Dos de los cómplices del contrabandista —Mrs. Lauer y el artista de la radio George Burns—se declararon culpables del delito de que se les acusa y se abandonaron a la merced del juez que haya de fallar en el caso. Jack Benny, tras de haber permanecido algún tiempo en California sin responder a la llamada de las autoridades newyorquinas, al cabo se presentó, se declaró «no culpable», fué procesado y será sometido a juicio.

Parece que Chaperau, al ver cómo sus poderosos amigos le abandonaban en su momento de desgracia determinó «contárselo todo» al fiscal y que como consecuencia de ello ha envuelto en el asunto a no menos de otros treinta ciudadanos prominentes. Con ello espera que cuando llegue el momento de dictar sentencia será clemente con él, por aquello de que con su confesión habrá contribuido a esclarecer la verdad y a que triunfe la justicia...

LA INICIACION DE LOS BARRYMORE EN EL TEATRO

Ethel decidió a los diez años de edad, poner en escena "La Dama de las Cameñas", con Lionel en el papel de Armando y John en el del Conde de Varville.—Recuerdos de la familia Lane y la abuelita Luisa, casada con John Drew.—Ethel tosía y era "como el ladrido de un perro".—Una cepa de artistas de teatro por los cuatro costados.—La obra en que George Kauffman y Edna Ferber ridiculizaron en parte a la célebre familia Barrymore, produjo hilaridad en el ánimo de John.—La caracterización del gran actor norteamericano por Frederic March.

por JOHN BARRYMORE

LAS habilidades de mi hermana Ethel como artista de farándula, y su instinto deportivo ante las situaciones más difíciles, quedaron plenamente demostradas con motivo de su iniciación en la técnica del cine hablado. No exigió, como lo han sugerido algunos escritores, que se modificara la técnica y que los peritos cambiaran sus métodos para adaptarse a su manera de trabajar. Al contrario, tomó la determinación de que no se iba a dejar vencer por los obstáculos. Dos días tardó en modular la voz de manera que sirviera de acuerdo con el funcionamiento de ese aparato que se llama micrófono, y que es como un amo a quien hay que obedecer en todo momento. El secreto consiste en hablar de tal manera que a los seis meses la voz sa'ga admirablemente reproducida en los teatros de todas partes del mundo. Si la voz no sale bien, se sabe en seguida que se hacen las pruebas, porque escondido en una pieza contigua hay un técnico que lo notifica para que se repita el experimento hasta que quede bien.

Mientras filmábamos la cinta «Rasputín», Ethel no comprendía la razón de las largas esperas a que se nos condenaba, en tanto que Charley Mac Arthur y Bolelavsky se ponían de acuerdo para arreglar el libreto. Ella no se impacientaba mucho, aunque había veces que tenía que aguardar desde las nueve de la mañana hasta las cuatro de la tarde antes de que la llamaran para hacer una escena.

A Lionel y a mí, en cambio, nos encantaban estas demoras. Lionel se sentaba en un rincón a leer un libro, o se iba a su camerino a tocar el piano y tratar de componer un nuevo Concierto. Yo me marchaba a visitar a Buster Keaton, uno de los mejores actores que he conocido en mi vida, y allí me entretenía conversando con él, con su papá y con un grupo de faranduleros que siempre merodeaban por los alrededores.

CAPITULO III

A mí me gustan más los actores de vodevil que los de cualquier otro género teatral, especialmente los bailarines y zapateadores, y tal vez ello se deba a que son gentes que saben vivir del cuerpo y no de la mente. Los boxeadores, los jockeys, los jugadores de pelota, todas las personas que para cumplir las exigencias de su profesión necesitan mantener sus cuerpos físicamente perfectos, suelen no tener complicaciones mentales y por lo común son normales y buenas. Son seres elementales, sencillos y que se expresan con honradez en la vida. A mí me desagradan profundamente los gigantes intelectuales. Paden de un mal, y es que como viven del esfuerzo mental acaban por convertirse en falsificadores y fastidiosos para poder subsistir.

El mejor amigo del cantante Chaliapin era un actor ruso que se dedicaba a hacer piruetas en los escenarios. No quiero decir que los actores de variedades sean estúpidos, sino que son elementales. En cierta ocasión trabajaba yo en un bosquejo de vodevil haciendo una escena sobre los líos amorosos de Anatolio, en la que tenía que representar una escena de muerte en cada programa. Se trataba de un número fuerte, pero no me era posible enmendarlo, ya que debía representarlo tal y como lo escribió el dramaturgo Schnitzler. Un actor de la compañía vió el bosquejo y me dijo:

—¡Necesitas un buen final, camarada!

—Pero es que Schnitzler...

—¡Al diablo con Schnitzler! Si no haces esto a gusto del público te despachan. La escena termina cuando la muchacha te dice que

te largues, y tú te largas.

—¡Exacto! —le contesté. Se supone que somos gente culta, y debo marcharme con decoro.

—¡Muy bien! En la escena habrá también un cesto para la basura. Búscate una o dos docenas de naranjas. Cuando ella te diga que te marches, empieza a lanzarte las naranjas a la cabeza. Entonces tú agarras el cesto, te lo colocas en la cabeza como un casco y ella continúa lanzando naranjazos mientras cae el telón.

Decidí sacrificar las tradiciones de mi familia y compré las naranjas. Con esto el bosquejo de Arturo Schnitzler, el eminente dramaturgo, fué un éxito colosal. Desde entonces me encanta la fisiología de los actores de vodevil.

¡No sé lo que hubiera pensado mi hermana Ethel si llega a presenciar la escandalosa adulteración de la escena!

UNA BURLA DE LA FAMILIA.

Cuando los autores Edna Ferber y George Kauffman escribieron «La Familia Real», que se suponía era la historia de los Barrymore y los Drew, le enseñaron el libreto a Ethel. Mi hermana se sintió bastante morficada, porque para llenar los requisitos de la fórmula teatral habían hecho de ella un personaje totalmente distinto de lo que en realidad es, aparte de que las caracterizaciones de mi tío John Drew, y de mi abuela estaban muy injustas e impertinentes. Ethel exigió que se modificara el texto, y nunca le gustó la obra, porque creía que hasta era un libelo contra mí.

Yo fuí a ver de qué se trataba. Al principio me indignaron algunos de los que se hacían a los demás miembros familia, pero luego se me olvidó al ver a Frederic March haciendo personificación. Por lo que hacía March comprender que yo era una calamidad de pretensiones, y de veras que imitaba bien, aunque con cierta exageración amaneramientos. Lo que más me gustó la serie de escenas en que Ethel me siempre de mis líos.

Terminada la representación, fuí a felicitarlo de Frederic March para felicitarlo el rostro encendido de tanto reír. Su cabello bastante desarreglado. Al salir de la habitación, no pude contener mi emoción que se me saltaban las lágrimas, el ingenuo March se puso de pie en una actitud de defensa, creyendo que yo estaba y había ido a liquidar el asunto con él.

—¡Es la personificación más graciosa que he visto en mi vida!

—¡Gracias a Dios, John! —susurró. Me habían advertido que la obra era tan terrible que te pondrías furioso si serías capaz de matarme.

A Ethel no le agradó mucho que me indignara con la obra, a pesar de que era una burda exposición de los hechos es que la caracterización de March me recordó la verdadera encarnación de las dades mías, y esto había que celebrarloolidamente.



John y Lionel Barrymore en algunas escenas de la película «Arsenio Lupin», primera en que recieron juntos los dos célebres hermanos

Claro que la Ethel Barrymore que apareció allí no era la verdadera. Debo decir aquí que mi hermana es una mujer brillante, encantadora, bondadosa, lo mejor que se ha dado como hermana en la historia. Yo nunca valía nada, siempre estaba metido en líos y siempre andaba necesitado de plata. Cuando más apretado me hallaba, buscaba a Ethel donde quiera que estuviera, y ella me consolaba, me ayudaba y me ponía en condiciones de enderezar mis asuntos.

Ha sido tan buena conmigo que a no haber sido por su apoyo tal vez tendría yo que andar lustrando zapatos para poder vivir, o quizás en la cárcel o en el cementerio.

LA PRIMERA REPRESENTACION DE LOS BARRYMORE

La primera vez que Ethel, Lionel y yo trabajamos juntos en un teatro, fué en «La Dama de las Camelias». Ethel era la heroína, Lionel hacía el papel de Armando, y yo el del Conde de Varville. La función se efectuó en un ranchón detrás de la casa de huéspedes de la señora Bourquin, cerca del Fuerte Wadsworth en Staten Island, un islote situado en la bahía de Nueva York. Lionel contaba 12 años de edad; Ethel 10 y yo ocho.

Nos cuidaba nuestra abuela, la señora de John Drew, que de joven, con su propio nombre de Luisa Lane se había hecho famosa en la escena de los Estados Unidos, cuando hicimos nuestro debut como actores en una misma obra. Este Sidney Drew hizo después muchísimas alegres comedias de cine que eran un plato delicioso para el público.

Nuestros padres, Mauricio Barrymore y su esposa Georgina Drew, andaban en una tournée artística. En aquellos días de farándula, los hijos de los actores veían a sus padres con poca frecuencia. Mi madre murió cuando yo tenía 11 años de edad y sólo la recuerdo muy vagamente. Hasta que tuve los 18 años no conocí de cerca a mi encantador papá, en una época en que vivimos juntos todo un año.

Quien decidió que deberíamos tomar parte en una función fué Ethel. Desde los diez años ya tenía en su alma el fuego de la aspiración artística. Siempre soñaba con los días gloriosos de nuestra abuela en Inglaterra.

—¡Abuelita fué una de las grandes actrices inglesas—exclamaba a tan tierna edad,

desconsolada— y yo me estoy poniendo cada día más vieja sin hacer nada!

Acostumbraba hablar con insistencia de uno de los tesoros de la familia, una litografía publicada en el 1828, con la leyenda: «Miss Lane a los ocho años de edad, en las cinco caracterizaciones de la obra «Precisamente doce».

Lionel y yo nos enfermábamos cada vez que mirábamos aquella litografía de la abuela, la que a los ocho años no se conformaba con hacer un papel, sino que hacía cinco a la vez en la misma obra.

Aquella mujer sí había nacido para el teatro. Su padre, Thomas Frederic Lane, era un actor de renombre, y su madre, Eliza Trenter Lane, era cantante además de actriz. Abuelita hizo el «Rey Juan» de Shakespeare, a los once años de edad, y según nos ha contado, el público la aplaudía estruendosamente.

La llamaban «la Duquesa», y eso era en efecto. Un tipo imperial, austero, imponente, que exigía en todo momento los honores de la más ilustre matrona de la casa de los Drew. Todos sus hijos fueron gente de teatro: John Drew, Sidney Drew, Luisa Drew Mendum, y mi mamá, Georgina Drew Barrymore. Mi abuelo, John Drew, notable actor de América e Inglaterra, murió a la edad de 33 años.

LAS IDEAS DE LA ABUELA LUISA

Ethel, Lionel y yo éramos tres traviesos chiquillos siempre que no estábamos en presencia de la abuela Luisa. Cuando ella nos miraba, solíamos conducirnos con gran cuidado, pronunciando a perfección las ces y las eses, y revelando modales impecables.

En la casa no se hablaba nada más que de teatro. Apenas conocíamos gente mayor de edad que no fueran artistas. Mejor hubiera sido que nos criaran en Times Square, a la entrada del teatro Palace, excepto que entonces habría sufrido mucho el ideal refinado de la Duquesa. A menudo se oían frases como éstas: «Recuerdo cuando le dije a Edwin Booth...» «Una vez me ofrecieron el doble del sueldo...» «En nada se diferenciaba de cómo hablan y escriben los actores de hoy...»

Con frecuencia hablaban de «La Dama de las Camelias». Ethel no tenía la menor idea del asunto, pero comprendía que era un personaje que las grandes artistas tenían que ha-

Ethel Barrymore a la edad de diez años cuando puso en escena «La Dama de las Camelias».



cer. Era el supremo papel dramático de aquella época. De modo que como según Ethel ella debía hacer cosas supremas, escogió para nuestro debut la obra de Alejandro Dumas: «Los Tres Barrymores en La Dama de las Camelias».

Se buscó a un amigo de más edad, que había visto el drama pero que no lo recordaba muy bien, y le encargó que escribiera el diálogo. Por supuesto, en nada se parecía aquello a la pieza original. No me acuerdo del nombre del individuo que hizo la adaptación, ni sé lo que se hizo de él; pero viendo ciertas películas adaptadas de grandes novelas y dramas, se me ocurre que debe estar escribiendo argumentos para el cine.

Ethel nos llamó y nos entregó las cuartillas con nuestros papeles, con la siguiente admonición:

—Ya es tiempo de que hagamos algo en el teatro.

A nosotros nos pareció aquello una broma graciosísima, pero Ethel lo tomó muy en serio, como si se tratara del comienzo de una gran carrera. Lionel quería que le dieran mi papel, porque yo debía lucir un enorme bigote, pero me negué a cederlo. No le gustaba la idea de hacer de amante, pero al fin se resignó. A Lionel le desagradan las escenas amorosas, y esto no lo dice de mentira, como suelen hacer casi todos los actores, sino del fondo del corazón.

La función debía tener lugar el 4 de julio, día de la independencia, y entre los invitados figuraba nuestro tío John Drew. Nadie, sino el autor de la obra y los actores sabíamos este gran secreto.

Lo único que Ethel sabía de la Dama de las Camelias es que la muchacha tosía muchísimo. Las veteranas del teatro se ufanan de la nerviosidad que se apoderaba de sus públicos cuando empezaban a toser.

LA TOS DE ETHEL ERA SOSPECHOSA

Así que Ethel comenzó a practicar la manera de toser. Se encerraba en el cuarto de baño y hacía unos ensayos perturbadores. Cuando la abuelita la oyó, se preocupó muchísimo, y no era para menos.

—¡Hay que hacer algo con esta niña!—decía. ¡Está ladrando como un perrito!

Una noche, Ethel se miró al espejo y probó las dos maneras distintas de toser que había aprendido. Una era de soprano, en tono muy alto. La otra era en tono sepulcral, profundo. Tose que se tose, encerrada en el baño, mientras los inquilinos de la casa de

huéspedes aguardaban en el corredor, toalla en mano, a que saliera la chiquilla para poder darse el baño semanal de rigor.

Esa vez mi abuela se alarmó tanto que creyó que Ethel se había tragado un hueso. Tocó a la puerta del baño y la hizo abrir. Al interrogarla, la inocente contestó que estaba ensayando para «La Dama de las Camelias».

Al propagarse el rumor de la tos de Ethel, la gente empezó a sentir curiosidad por verla trabajar en las tablas. Treinta y siete centavos se hicieron en la taquilla la noche del debut, a centavo la entrada de luneta. Mi abuela decía que era mucho cobrar. Ethel era la empresaria y directora, y nos pagó bien: diez centavos a cada uno por su labor. Tenían que pasar varios años antes de que yo pudiera recuperar lo que realmente me pertenecía por aquella interpretación.

Aquel verano, Ethel montó varias obras de teatro. A Lionel y a mí nos encantaba el trabajo, porque los días de función nos permitían acostarnos tarde y comer helados en abundancia. Para nosotros, el teatro era un negocio, despojado de romanticismos. Casi hasta avanzada edad siempre nos gustó el oficio por los helados que podíamos sacar de él.

Nuestra infancia estaba llena de aventuras. De escuela en escuela, de casa en casa, los Barrymore éramos como gitanos. Nuestra abuela nos cuidaba siempre. Vivimos en Filadelfia varios años, pues ella era la empresaria y dictadora del Teatro de la calle Arch donde tenía una compañía en la que trabajaban de vez en cuando notabilidades como John Drew.

A mí me han contado que hasta Edwin Booth le temía a mi abuela, así de impaciente era con los actores de temperamento volátil. Cuando abuelita mandaba algo había que hacerlo o se perdía el empleo. Concebí el teatro como arte y como negocio que necesitaba una diligente administración para ganar dinero. Odiaba la indolencia, la extravagancia, la vanidad personal. Se conducía con la misma eficiencia que un domador de fieras metido en una jaula con treinta leones.

Cualquier productor de Hollywood ahoraría hoy pagándole a una mujer como aquella un millón de dólares al año. ¡Quién sabe lo que diría si una actriz petulante de provincia se le presentara tres horas más tarde de la cuenta a los ensayos!



Aquí venos a Ethel Barrymore con su hermano John y la actriz Diana Wynyard, descansando en el taller mientras aguardaban el momento de sus escenas, para la cinta «Rasputín». Ethel reveló una paciencia infinita para adaptarse a la técnica lenta de Hollywood

VIRGINIO GAYDA

Brújula de la Política que va a Seguir

MUSSOLINI



GAYDA

(Caricatura de Robles)

EL DIA QUE GAYDA NO ESCRIBE UN EDITORIAL DE DOS COLUMNAS, LE PARECE QUE NO HA CUMPLIDO CON SU OBLIGACION.—SUS ENTREVISTADORES EXTRANJEROS SE EXTRAÑAN DE SU ASPECTO FISICO, CUANDO PENSABAN ENCONTRAR UN FIERO FASCISTA QUE DIERA PUÑETAZOS SOBRE LA MESA.—EL CONDE CIANO LO PUSO EN CONTACTO CON MUSSOLINI, Y SU LABOR DESDE HACE TRES AÑOS LO HA CONVERTIDO EN EL PERIODISTA MAS CONOCIDO DEL MUNDO.

NINGUN otro periodista del mundo es actualmente tan popular ni tan solicitado como el «signor» Virginio Gayda, director del «Giornale d'Italia» y autor de los editoriales de que viven pendientes, no solamente los italianos, sino también muchos ciudadanos de otras naciones.

El fenómeno tiene su explicación: por mediación del conde Ciano, ministro de Relaciones Exteriores de Italia y yerno de Mussolini, el señor Gayda recibe diariamente del Duce instrucciones acerca del tema que debe tratar en sus editoriales acerca de la política internacional, así como la forma en que debe tocarlo. De manera que teniendo un poco de penetración, entre las líneas de lo que escribe el señor Gayda se descubre lo que piensa Mussolini. Y sabiendo lo que piensa el dictador de Italia se puede descubrir también cuáles son las ideas de Adolfo Hitler, el otro «socio» del eje Roma-Berlín y el hombre que más temen actualmente todas las cancillerías del mundo.

La ausencia de los editoriales del señor Gayda es cableografiada inmediatamente por las agencias de noticias y corresponsales especiales desplazados en Roma, a la Prensa de todo el mundo. Y no habrá que añadir que de sus conceptos toman buena nota los embajadores, que tienen también el encargo de transmitir estas impresiones a sus gobiernos.

Hace ya varios años, desde que el conde Ciano apareció en el horizonte de la política internacional, Virginio Gayda inició sus labores de hombre-brújula de la política italiana. Parece que fué el conde Ciano, a la sazón ministro de Propaganda de Italia, quien le recomendó al Duce que utilizara al hábil y capacitado Gayda unas veces para que el mundo supiera sus designios y otras para que creyeran aquellas versiones que, sin ajustarse del todo a la realidad, le convenía al Duce que fueran creídas. De ese modo el señor Gayda ha tenido muchas veces que desdecirse y llamar un día blanco a lo que en una fecha anterior había calificado de negro.

Peró la labor de Virginio Gayda ha sido realizada a entera satisfacción de Mussolini y de su yerno, siendo la prueba más idónea de tal afirmación, el hecho de que el director del «Giornale d'Italia», cada vez goce más de la estimación del que, dada la estructuración del estado

fascista podemos denominar como su jefe.

Actualmente Virginio Gayda es, no solamente uno de los hombres más populares de Italia, sino también el personaje a quien desean ver todos los periodistas extranjeros que llegan a Roma con la intención de entrevistar a las personas de más relevante significación en el imperio.

De Virginio Gayda ha escrito recientemente un periodista norteamericano que lo entrevistó: «Los que ganan acceso a la grande y oscura habitación

en que trabaja Gayda, situada en el piso principal del Palazzo Sciarra, con ventanas que miran al Corso, generalmente se decepcionan ante la apariencia física del gran periodista. Creían encontrarse a un italiano de cabello oscuro y bigote fiero, con ojos negros y quemantes y dispuesto a dar puñetazos en la mesa al primer pretexto. Y lo que ven es un suave individuo que habla sin levantar la voz, tiene el pelo claro y usa unos espejuelos gruesos que lo proclaman un intelectual, es decir, el tipo contrario al del fiero fascistas que habían supuesto».

El señor Gayda nació en Roma en el año 1885, y cursó la carrera de derecho en la Universidad de Turín. Cuando estalló la guerra, en 1914, era agregado a la embajada italiana en la capital de Rusia, donde tenía a su cargo actividades de carácter militar y político que hicieron que permaneciera en dicho empleo a través de toda la contienda.

Ya por entonces había ejercido el periodismo, profesión que abrazó en cuanto abandonó la Universidad de Turín des-

pués de haberse graduado de doctor en leyes y haber también estudiado un curso de economía política. En esa primera fase de su carrera de periodista, el «signor» Gayda viajó por los países de la Europa Central como corresponsal de «Stampa».

Después de terminada la guerra con el triunfo de los aliados de Italia, el señor Gayda fué hecho miembro de una misión diplomática que visitó primero Suecia y después Inglaterra. Pero en 1921 sintiendo de nuevo la vocación que había guiado sus primeros pasos al salir de la universidad, aceptó el puesto de director de «Il Messaggero» en su Roma nativa. En marzo de 1926 abandonó dicha publicación para hacerse cargo de las riendas del más importante «Giornale d'Italia» que desde entonces ha dirigido.

Virginio Gayda lee mucho en francés, inglés, alemán, ruso y sueco, además de italiano. Y escribe también con facilidad en asombrosa. De él se ha dicho que el que no escribe por lo menos un editorial de dos columnas, le parece que no lo cumple con su obligación...

LA FIEBRE

acabará con Ud. si
no empieza a tomar

QUINIUM

LABARRAQUE



El más poderoso regenerador, aprobado por la Academia de Medicina de Paris como el más poderoso de los tónicos y el más energético de los febrífugos. Preparado con vino añejo de Málaga, se recomienda a los febriles, a los debilitados, a los fatigados, a los convalecientes, a los ancianos, a los niños anemiados.

DE VENTA EN TODAS LAS BUENAS FARMACIAS

Depósito: MAISON FRERE 19 Rue Jacob, Paris (60)



Douglas Fairbanks Jr. sufre un serio revés en sus amores

Enamorado de la bella bailarina Vera Zorina se dedica a hacerle la corte durante tres semanas, sin saber que un maestro de "ballet" ruso se le había anticipado.—Cuando la estrella de la revista de Broadway "Me casé con un Ángel" hace público su matrimonio, el ex marido de Joan Crawford es el primero en sorprenderse y... en lamentarse.



George Balanchine y su esposa, Vera Zorina, estrella de «Me casé con un ángel», parece que encuentran el título de la mencionada obra muy apropiado después de su matrimonio secreto con la bailarina, efectuado en Staten Island, en 24 de diciembre pasado.

DOUGLAS Fairbanks, hijo, el popular actor de la pantalla norteamericana, figura relevante en los círculos artísticos de Hollywood y hasta en los aristocráticos

de Nueva York, está triste estos días. El motivo de su tristeza parece consistir en que por primera vez en su historia de artista de cine con vocación de Don Juan, le han dado unas calabazas formidables.

Ella se llama Vera Zorina y es danzarina

profesional. El público la conocía cuando figuró en la película filmada en 1937 «Goldwyn Follies». Los newyorquinos la están aplaudiendo estrepitosamente en estos días, en la revista musical «Me casé con un ángel», que representa en un teatro de Broadway.

En las tres últimas semanas, Douglas Fairbanks y Vera Zorina habían estado acudiendo juntos a los cabarets y otros lugares conspicuos de reunión. Y el actor se mostraba tan apasionado que se comenzó a hablar de la proximidad del matrimonio. Cuando un día los amigos de la bailarina la vieron usando una sortija que le había regalado el ex marido de Joan Crawford, dieron por formalizado el compromiso y la felicitaron con entusiasmo.

La muchacha, parece que les explicó:

—Es un simple regalo. Somos solamente amigos...

—Los amigos no regalan sortijas de compromiso...

Zorina, desolada, corrió en busca de Fairbanks, al que devolvió el valioso anillo que le había colocado en el dedo la noche anterior. Y se dice que tuvieron la siguiente explicación:

Fairbanks.—¿Por qué no aceptas la sortija? ¿Por qué no nos casamos? Congenia-

BREVES, MUY BREVES

SAN JOSE (CALIFORNIA)

James Berrie, acusado de exceso de velocidad cuando manejaba su automóvil en estado de embriaguez, dijo: «Le aseguro, señor Juez, que alguien venía empujando mi automóvil».

JUDICIALES

La revista humorística «Judge» (Juez), de Nueva York, registra las siguientes recopilaciones, dice, de expedientes en los juzgados que se indican:

Los Angeles.—Vincent Connel, acusado de haber tocado diez veces la alarma de incendio para contemplar en seguida a los bomberos perplejos en el sitio amagado donde nada ocurría, se explicó así: «Ahora me doy cuenta de cuál fué la razón de todo; estaba mezclando vino con cerveza en mis bebidas».

PARIS

Seversky Pinkovitz, detenido en los momentos en que trataba de derribar la puerta de entrada de la Embajada de Rusia, dijo: «Este es un asunto estrictamente privado entre la República Soviética y yo».

mos, sales solamente conmigo y nos queremos. No puedes darme una sola razón para que me rechaces...

Zorina.—Imposible. Perjudicaría mi carrera...

Fairbanks.—Nada es imposible en este mundo...

El actor continuó apretando el cerco y poco después lo dejaba estupefacto la gran revelación: Zorina estaba casada, se había casado la víspera de la Navidad con el maestro de baile ruso Jorge Balanchine...

Se habían conocido en Hollywood en julio de 1937, cuando Balanchine dirigía el «ballet» para la película «Goldwyn Follies» en que ella tomaba parte. Y se había ido a casar a Staten Island, la ínsula situada a un extremo de la bahía del Hudson que forma uno de los cinco grandes distritos de la ciudad de Nueva York. Con un atavío humilde nadie conoció a la famosa artista que para casarse dió su verdadero nombre: Brigita Hartwig.

El novio partió inmediatamente para Florida, donde debía cumplimentar un contrato y ella continuó viviendo con su madre en un hotel de Nueva York. Y el secreto se mantuvo hasta que Balanchine, que tiene 35 años—ella cuenta solamente 22—retornó a la gran metrópoli...

La muchacha, que es hija de padre noruego y madre alemana y nacida en Europa, ha obtenido a costa de Douglas Fairbanks una publicidad enorme, que sin duda beneficiará mucho la taquilla del teatro donde trabaja. El marido se limita a decir, como en la obra en que actúa su linda mujer: «Me casé con un ángel»...

—¿Es realmente un ángel?—Le preguntó a Balanchine una reportera curiosa. A lo que respondió:—Usted comprenderá que un ángel no es de lo más apropiado para una luna de miel... Sin embargo, yo me siento en el cielo...

No sabemos lo que contestaría Douglas Fairbanks si le hicieran la misma pregunta. Tampoco acertamos a comprender cómo justificaría el parlamento que hemos reproducido, en el que le aseguró a la chica que ambos se querían... ¿Qué pruebas pudo haber recibido el actor del cariño de la muchacha?

Hay quien dice que todo no ha pasado de ser un golpe de publicidad que ha hecho célebre de la noche a la mañana a la bailarina y ha sacado del anonimato a su feliz marido. Por supuesto, si Fairbanks estaba en la combinación, no hay más remedio que convenir en que realmente quiere a la muchacha...

CHAMBERLAIN, colonizador de las ISLAS BAHAMAS

(Viene de la pág. 20)

lo mismo el hombre de la calle que el estadista; el teólogo, como el poeta; el banquero que el ama de llaves. En 1894 tenía Neville a sus órdenes cuatro blancos y ochocientos negros. Poco a poco, la empresa iba tomando cuerpo y crecía en dimensiones. De las desiertas islas aflúan pequeñas goletas, cargadas con henequén. En esto, tres de los blancos cayeron con fiebre; uno de ellos, encargado de la tienda. La temperatura en la isla excedía los cincuenta grados. Y he aquí el roblizo, infatigable e invulnerable Neville supliendo con la redundancia de actividad en todos los misterios y exigencias de la situación. Según él mismo narra, en una epístola final, durante un espacio no mayor de dos días arribaron cuatro goletas con cargamento de henequén y otra con diversos productos isleños; más sin número de indígenas, que deseaban vender las plantas cuanto antes y adquirir en la tienda artículos norteamericanos. Los caminos, ríos y vehículos de transporte eran enguados. Neville, de la mañana a la noche, sin un minuto para probar bocado, andaba a todo; a la metódica descarga, la expedición y al tránsito de una a otra parte, y al final de la jornada al despacho en la tienda, donde se apelaba impaciente muchedumbre, que era cesario expeler a empujones, ya que había vendido lo más imprescindible. «No se me vuelve el pelo blanco ahora, encaneceré nunca», escribe en la última carta. Y así fué, porque todavía conserva el cabello íntegro y de azabache, aunque con una diadema de vívida plata en todo el cerco de la frente y las sienes. Esa carta concluye con las siguientes frases sintomáticas: «Tarde en la noche y a solas tuve la satisfacción de comprobar que el balance de cuentas del día quedaba perfectamente en orden, a pesar de las innumerables entradas y salidas, de las masas y restas, bochorno, mosquitos y tulea». He aquí en almendra, con su

escrúpulo impecable, su asiduidad y tenacidad, su gravitación hacia el equilibrio estable, el futuro gran Canciller del Echiquier. Hacia esa época, multiplicó en bastantes kilómetros la red de caminos locales, dirigió en persona el trazado y construcción de un tranvía, a través de la isla, y mejoró sensiblemente las condiciones sanitarias de los habitantes. He aquí también, en rudimento, la futuridad del mejor alcalde (Lord Mayor) que, por por consenso unánime, ha tenido Birmingham.

Y de pronto, la decepción y el fracaso. La morosa planta del henequén se toma nada menos de cinco años para madurar y llegar a sazón. Cuando las plantaciones comenzaban a prosperar y verdecer lucrativas provisiones, sin saber cómo ni cuándo comenzaron a languidecer y amarillear. Se llevó a cabo la más minuciosa investigación, durante algunos meses. El suelo vegetal de la isla es sobremanera tenue. Las plantas habían agotado los elementos nutritivos de la tierra. En ciertas bolsas y anfractuosidades donde la tierra era más profunda, y rica por ende, las plantas proseguían florecientes, pero en el resto de la isla no podían alcanzar la madurez.

Mister Chamberlain, vencido y amargado, hubo de tomar la derrota hacia su país nativo, la dulce e irreductible Inglaterra. ¿Había, quizás, malgastado cinco años, en lo mejor de su vida? Los que bien le conocen se dan cuenta que merced a aquella tensa experiencia, desarimiento del mundo y concentración en el esfuerzo coteidiano, pudo en aquella etapa sondear las inagotables reservas de energía y recursos de inteligencia depositados en los hondos senos de su carácter; fuerza motriz con que años después ascendió, sin prisa pero sin desmayo, como las estrellas, hasta donde hoy se halla. Mussolini y Hitler padecieron también una mocedad de asperezas. Pero, fué por necesidad. Chamberlain, por delectación y como por deporte.

AYALA

Orígenes humildes del dramaturgo.—Casado a los diez y ocho años.—En Londres.—Dueño de un teatro.—¿Dónde adquirió la instrucción necesaria a su genio.—Se le supone el "hombre de paja" de Bacon.—Crece su fortuna desde entonces.—Gentil hombre por dinero.—Prestamista.

(Por Charles Lessera Montaigne).



William Shakespeare.

EL gran dramaturgo inglés había nacido en un ambiente muy modesto: su padre fabricaba guantes y, de paso, comerciaba también con madera y cereales; su madre, hija de un campesino libre y poseedora de algunos medios, pudo contribuir a la compra de una pequeña casa.

El padre, de nombre John Shakspar, era un hombre adelantado, aunque sin instrucción, que desempeñaba un papel preponderante en la comuna de la aldea en que vivía.

Pero, a medida que crecía la familia, los negocios empeoraban, de modo que ya en el año 1586, el juzgado reconoció que este ciudadano no poseía nada embargable. Es claro que, en estas circunstancias, el joven William, hijo mayor de la familia, tuvo que procurarse medios de vida, desde la edad más temprana, y, con este objeto, se había empleado en una carnicería. Se casó a la edad de 18 años; la familia empezó a aumentar y, con ella, también el malestar económico, no obstante cierta dote aportada por la esposa.

Pocos años después, lo encontramos en Londres. Algunos afirman que su presencia en la capital se explica porque tuvo que escapar a las persecuciones de que se le hizo objeto, por haber cazado en la zona y en la

(Viene de la pág. QUINCE)

ca las sienes del ciclista y flota en torno suyo, va como desvaneciendo y transmutando el paisaje que se extiende ante sus ojos, en otro distinto, a cada vuelta de los pedales. Se desarrolla en el ánimo del paseante el ansia insaciable de ver más y más, y siempre más; y eso explica que cuando el cuerpo cae tendido en una parada, se hayan dejado atrás sin darse cuenta, cientos y cientos de kilómetros. Ansia y deseo de correr muy distintos de los del automovilista; porque éste se los comunica al motor de su máquina, me-

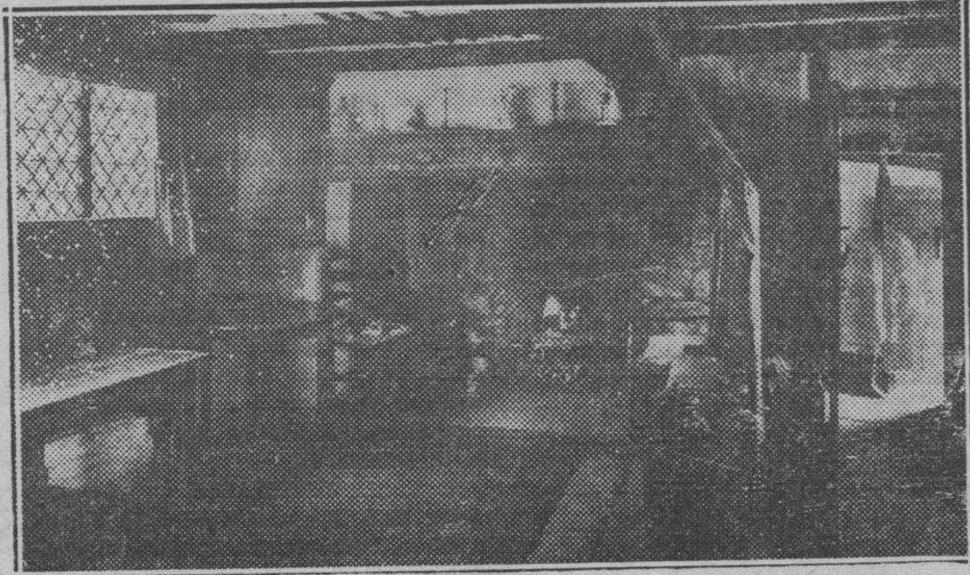


La casa de la madre de Shakespeare, en Wilmcote.

LA FORTUNA de Shakespeare

época prohibidas, mientras que otros lo atribuyen a que siguió a una compañía teatral, cuya suerte lo había cautivado. Lo cierto es que logró introducirse en los círculos teatra-

les. Aquí lo vemos, en 1589, a la edad de 25 años, no sólo en el papel de un actor prominente de la compañía «Company of Queen's Players», sino como uno de los pro-



Casa donde vivió Shakespeare con su esposa Ana Athaway, cerca de Stratford-upon-Avon.

VIEJAS POSTALES DESCOLORIDAS

dante un impulso a una palanca: el ciclista se los da él, personalmente, a su aparato; y es como si fuese él mismo en persona quien corriese. Cuando el abuelo le compra a su nieto una bicicleta, parece que le dice:

—Anda, corre, vuela tú, que ya no puedo...

Evocar vejez, darle importancia a sucesos y cosas del pasado, que no la tienen, volver, en fin, al tiempo ido, les parecerá a algunos—y nos lo han advertido no po-

cos—ganas de perder el tiempo. Pero no todos piensan así. Vamos a dar fin a esta postal descolorida reproduciendo un párrafo de un viejo estudio de Azorín sobre la evolución de la sensibilidad, que vió la luz en su obra «Clásicos y Modernos». «Las cosas—dice el exquisito literato—que hacían reír o sonreír hace tres, seis o diez siglos—y también las que gustaban, decimos nosotros—no son las mismas que ahora provocan la carcajada; suscitan la sonrisa—o des-

pietarios del teatro Blackfriars, entre quince copropietarios.

¿Cómo pudo obtener plata en efectivo este hombre de origen más que modesto y desahogado? Es indudable que ni su talento de actor, porque nunca lo fué en grado preponderante, ni su talento de dramaturgo que le proporcionó riqueza, ni siquiera bienes inmuebles, porque en aquel entonces no había esas piezas de calidad y en cantidad apreciables para que podamos hacer conjeturas en este sentido. Además, cabe preguntar cuándo, cómo y dónde nuestro joven Shakespeare, que apenas había cumplido los 25 años, pudo adquirir un tesoro de sabiduría y conocimientos generales, para escribir dramas y comedias tan perfectos como lo son hasta sus días más tempranas. Cabe por ello la pregunta de los partidarios de la teoría «baconiana» sobre el origen de la fortuna shakespeariana. Se supone que Shakespeare fué «comprado» para cargar con la paternidad de las obras teatrales que el brillante jurisconsulto de su tiempo, Francis Bacon, no podía reconocer como suyas, si no quería arriesgar su carrera de abogado y su porvenir de político. A partir de este supuesto suceso la fortuna de Shakespeare con la rapidez y la potencia de un alud. Nació en pocos años, Shakespeare se animó a adquirir una brillante casa de campo, denominada «New Place», por una suma enorme para la época—sesenta libras esterlinas—convirtiéndola en su residencia permanente.

La fecha de esta vuelta no está establecida con exactitud, pero se sabe que lo hizo en la mejor edad. Sus necesidades pecuniarias pertenecen al pasado. Por dinero había adquirido un escudo y armas de nobleza, convirtiéndose oficialmente en un gentilhomme. Se transformó en un estanciero negociante ocupándose de diversos asuntos comerciales propios de la campaña, que le aportaron grandes beneficios. Ensancho sus propiedades con la adquisición de fincas y tierras, y poco descuidó sus negocios en Londres, modo que, en un breve lapso de siete años, su nombre, en la lista de los propietarios del teatro Blackfield, se elevó desde el lugar que ocupaba, al 5.

Pero no hay que perder de vista que el enorme aumento de la fortuna de Shakespeare, no obstante todo lo inverosímil que debe a negocios tan poco edificantes como la usura. Una vez que se vió en posesión de una cuantiosa fortuna de dinero en efectivo, el autor de «Hamlet» se entregó de lleno al oficio de prestamista, y los anales judiciales registran no pocos casos en los que el dramaturgo entabló procesos contra sus acreedores morosos, ejecutando a varios, sin consideración.

¡Qué contradicción! ¡El glorioso autor de «Shylock» parece ser el original del tipo del teraterio, inmortalizado por la genial pluma de su tiempo! Según sir Sidney Lee, Shakespeare había mandado por sumas insignificantes, al mismo tiempo que sus erogaciones personales llegaban a miles y miles al año.

piertan el interés. La marcha de un pueblo está «marcada en los libros de sus historias». Paralelamente a la sonrisa, evoluciona la angustia y la congoja ante el dolor de muchas cosas que antes dejaban indiferentes a los hombres, nos apenan y angustian hoy. Fue, mañana, es decir, dentro de un siglo, dos siglos, cosas y espectáculos ahora olvidados que habrán desaparecido, y su recuerdo será de horror a quienes lo evocamos. Evoquemos, pues, del pasado, nosotros—aquellas cosas y espectáculos que puedan regocijarnos. Que buena falta nos hace.

El Gran Duque Vladimiro Cyrilovitch, Czar de todas las RUSIAS

CUANDO el 12 de octubre del año pasado murió en París el Gran Duque Cirilo, reconocido por los monárquicos rusos como el legítimo sucesor de Nicolás II—asesinado con todos sus hijos por los bolcheviques poco después de haber asaltado el poder—, su hijo Vladimiro se convirtió en el nuevo Czar, aclamado por los rusos blancos como el Gran Duque Vladimiro Cyrilovitch, Czar Vladimiro II.

Nació el nuevo czar de la Monarquía hiberno-estonia, en Finlandia, en 1917, en los momentos en que las turbas de marineros y campesinos, soliviantados por Lenin, estaban las bases del inmenso imperio que rigió el misterioso Stalin. Tiene, pues, 21 años cumplidos.

Su madre fué una hermana de la reina de Alemania, y esa es la razón de que el pródigo futuro czar se parezca tanto al rey alemán, de quien es, por lo tanto, primo hermano. Es también viznieto de la gran reina Victoria de Inglaterra, y de ahí el parecido que muchas personas encuentran entre Vladimiro y el ex rey de Inglaterra y ex príncipe de Gales, Eduardo VIII.

Habiendo nacido después de la caída del imperio de Nicolás II, Vladimiro, naturalmente, nunca ha estado en Rusia. Ello no obsta para que en la ceremonia de proclamación celebrada en París a raíz de la muerte de su padre, uno de los nobles más significados del núcleo de los que trabajan y suenan en la capital de Francia, se dirigiera a él en los siguientes términos: «Gracias a vos Rusia volverá a ser fuerte y recobrará su antigua grandeza». Unas palabras que no se ven tomar al pie de la letra, sobre todo lo que se refiere a la fortaleza pasada y a la debilidad actual. Porque si Nicolás II hubiera dispuesto de la fuerza de que dispuso Stalin, es muy posible que no hubiera perdido el trono y menos la cabeza.

Hasta ahora Vladimiro ha vivido casi siempre en Inglaterra, ya que su padre ama la campiña y la vida de los nobles ingleses pegados a la tradición y a la tierra. Puede verse que las únicas expansiones del Gran Duque Cirilo consistían en jugar al golf. Su escasa bolsa no le permitía hacer la vida social a que le daba derecho su rango. Vladimiro ha estado estudiando en Londres, pero no ha hecho sin método y sin planificación. Ahora parece que, si el desenvolvimiento de los acontecimientos políticos que se esperan se lo permiten, ingresará a Oxford o en Cambridge.

Una hermana del Gran Duque Vladimiro, la Duquesa Kira, está casada con un nieto del Kaiser, el segundo hijo del príncipe heredero de Alemania, príncipe Luis Fernando. Fue, por cierto, este príncipe, el que estuvo durante algún tiempo en los Estados Unidos ejerciendo el oficio de mecánico en una fábrica de automóviles.

Cuando en las pasadas Navidades el Gran Duque fué a visitar a su hermana en Berlín, se dio la versión de que vería también a Hit-

ELEVADO POR LOS RUSOS BLANCOS A LA CATEGORIA DE CZAR AL OCURRIR EL FALLECIMIENTO DE SU PADRE EL DOCE DE OCTUBRE PASADO, SE CONFIA EN EL PARA QUE RUSIA "VUELVA A SER FUERTE Y RECobre SU ANTIGUA GRANDEZA".—SE HA DICHO QUE HITLER PIENSA EN EL PARA QUE RIJA LOS DESTINOS DE UKRANIA.

ler, ya que el dictador alemán había vuelto sus ojos hacia Vladimiro para hacerlo rey—o czar—del nuevo estado ucraniano que piensa crear el «Fuehrer» a expensas de Rusia y otras naciones del Este de Europa. Posteriormente se ha asegurado que si Hitler tie-

ne en mientes semejantes planes—y hay síntomas que así parecen confirmarlos—la cuestión de quien pueda ser la figura decorativa que coloque al frente de él, no le preocupa todavía. Es más, se ha dicho que el «Fuehrer», que sigue en muchas ocasiones pautas



VLADIMIR

(Caricatura de Robles)

maquiavélicas, creyó oportuno asegurarle al representante de Rusia, durante la recepción de Año Nuevo, que él no favorece el movimiento independentista de Ucrania. Incluso un periódico newyorquino ha publicado una información sensacional en la que afirma que Hitler y Stalin están poco menos que entendidos, y que juntos se proponen, volviéndola la espalda al Japón, dominar a la vieja Europa.

La rama de los Romanoff, de la que el Gran Duque Vladimiro es el último tallo, rigió los destinos del pueblo ruso desde el año 1613 a 1917. El primer czar de la mencionada dinastía fué Miguel Romanoff, proclamado en Moscú el 21 de febrero de 1613.

Los Romanoff descienden de un noble alemán que había emigrado a Rusia en el siglo XIV y que no se llamaba Romanoff sino Roman. A principios del siglo XVI se cambió el nombre, nacionalizándolo, y de él surgió la dinastía que durante más de 300 años dominó, con el látigo en la mano, al pueblo moscovita.

PENSAMIENTOS

Por DIOGENES

Todos los hombres casados son prolíficos inventores... de excusas.

Si a algunos hombres se les quitara su vanidad, sería muy poco lo que quedara.

Las mujeres hablan sin cesar del marido modelo, pero todas quieren un modelo distinto.

De dos peligros, el menor; por eso es que tantos jóvenes prefieren enrolarse en el ejército a casarse.

La sabiduría de los hombres termina cuando tienen hijos que le hagan preguntas.

Hay hombres que piensan más de lo que dicen, pero muchos dicen más de lo que piensan.

Nochebuena en PARIS

(Viene de la Página 18)

doras. Los «jazz» epilépticos, las rumbas sensuales, los tangos llorones y la languidez de los vals, sancionaban los eternos abrazos de las parejas dislocadas. Alrededor de las mesas, los más borrachos o los más románticos decían estupideces o deslizaban juramentos calorizados por el alcohol. Los besos, entre la embriaguez del amor y del champagne, sonaban ardientes, sin pudoroso recato. Baco reía; Terpsícore lanzábase al Maratón de la noche; Momo desenroscaba la catarata de las serpentina, de los confettis, de los gorros polícromos, de los pitos, de las matracas; Venus abría el abanico de su belleza, triunfadora y jovial...

A las seis de la mañana los copos de nieve y las carcajadas de los rezagados seguían cayendo sobre la epidermis de Montmartre. Los hombres, arrugados, bamboleantes en su zigzag de etcéteras, manteniendo un monóculo que impedía cerrarse al único ojo hacia la caricatura de la distinción y la elegancia. Las mujeres, como rosales después de una borrasca, lucían sus melenas despeinadas, la fuga en desorden de sus maquillajes, los semblantes pálidos y las pupilas dormidas. La caravana matutina que ingresaba en los cafés en pos de la «choucroutte» y del café con leche prosaico y grasoso, parecían desmadejados muñecos del más original de los guñoles. La vida, en su matemática y creciente usura, les cobraba los intereses de las horas de disipación.

Para justificar la alegría que reinó en París el 24 de diciembre, se aducen muchas razones. En la ciudad nevada puede hallarse uno de los principales estímulos. Un Noel con nieve, es oportunidad que no siempre se presenta en la capital de Francia. Por otra parte—y he aquí la más poderosa de las razones—la situación económica y financiera que, desde hace ocho años iba descendiendo por vez primera en todo ese lapso de tiempo oficialmente se constata la curva ascendente. Francia comienza a salir de la crisis. Su crédito se reafirma. La moneda no ha vuelto a bajar después de entrar en vigor los Decretos-Leyes gravando un poco más las cargas públicas. Los capitales, lejos de salir dispersados ante el nuevo horizonte financiero, retornan a la madre patria inyectando al comercio y a la industria. El francés, pues, se siente optimista. Los siete años bíblicos de vacas flacas—que para Francia han sido ocho—lucen como pertenecientes al pretérito. Una era de prosperidad se anuncia en el futuro. Los corazones, jubilosos ante el porvenir económico, no dudaron en mostrar su satisfacción el día de Nochebuena. Y se abrieron generosos, sin reticencias, al igual que las faltriqueras. Los francos y las risas rodaron sedientos de libertad, rompiendo las amarras del cálculo y del miedo. Un mar de bonanza parecía impulsar a las naves de la alegría. Por eso este Noel de 1938 se fijará en la historia parisién con letras inolvidables. Ha sido una Nochebuena de nieve y de esperanza...

París, diciembre de 1938.

BELISARIO, el soldado más célebre de la época bizantina, vino al mundo en el último año del siglo V, cuando los Godos y los Vándalos arrasaban con Europa y África del Norte. Vivió, pues, del año 500 al 565 de la era cristiana, época en que se construyó la Catedral de Santa Sofía. Los Ostrogodos se habían apoderado de Italia y del Papa; los Vándalos estaban en África; los Visigodos en España; los Francos y Bretones en la Galia y en Bretaña respectivamente. A él le tocaría, como buen romano, reconquistar a nombre del Emperador Justiniano a Roma, Nápoles, Cartago y otras urbes occidentales, y rechazar al mismo tiempo a los hunos y a los persas en el Oriente.

En aquel entonces el poder religioso residía en Roma, y el temporal en Constantinopla. Reinaba en Inglaterra el Rey Arturo. Estaba para nacer, cinco años después de la muerte de Belisario, el profeta Mahoma. Era el mundo caótico que había de seguir a la caída del Imperio. En Bizancio libraban batallas políticas los atletas Verdes y los Azules, y cobraba ímpetu el debate sobre las sangrientas herejías que se propagaban acerca de la personalidad de Cristo.

A los siete años, Belisario, cristiano hasta la médula, juró ante su madre renunciar al mundo, a la carne y al diablo. No contaba con que se casaría con una mujer del arroyo, astuta cortesana, de nombre Antonina, que lo amaba con pasión y que llevó su paganismo incorregible hasta la osadía de derrocar a un Papa. Ni contaba con la amiga de su mujer, otra aventurera llamada Teodora, casada con Justiniano. Antonina manejaba a Belisario a su antojo y manera. Teodora era una intrigante palaciega dotada de la capacidad administrativa de Catalina la Grande, y acostumbrada, a veces para bien del imperio, a hacer de su voluntad la del soberano y señor de Bizancio.

EL RELATO DEL EUNUCO EUGENIO

Escenario colosal en que destaca el escritor inglés Robert Graves al personaje de su última novela, «El Conde Belisario», recién publicada por la Editorial Random House, de Nueva York. Graves es uno de los pocos maestros del relato que puede reproducir una lejana época de la historia con pureza artística y sin desfigurar los hechos fundamentales. De ello nos ha dado pruebas cabales en sus dos novelas sobre Claudio, muerto largo tiempo antes de aparecer el bizarró general de Justiniano. Para captar estos singulares episodios, Graves se ha situado primero en el siglo III después de Cristo y ha estudiado la vigorosa cultura oriental del Mediterráneo que sirvió de fondo al advenimiento del Emperador Carlo Magno y a las Cruzadas.

El eunuco Eugenio es quien hace la narración de esta interesante historia en el año 571. Eugenio nació bretón, pero de niño fué capturado por unos piratas sajones que se lo vendieron a un traficante sirio. El amo lo llevó a la Palestina, lo hizo mutilar y luego se lo pasó a un negociante de bienes raíces de Constantinopla. La hija de este negociante no era otra que Antonina, la mujer de Belisario. «Yo, el autor de esta obra griega—dice el eunuco al comenzar su relato—soy persona sin importancia, un simple sirviente; pero he pasado casi toda la vida al servicio de Antonina, la mujer de este mismo Belisario, y deben creerme lo que escribo».

Antonina, era cantante y bailarina del circo de Constannopla, y con esos antecedentes le fué fácil conquistar al cristiano Belisario. A medida que su esposo ganaba acciones de guerra, ella iba creciendo como persona de influencia en el mundo bizantino. Su héroe estaba predestinado a grandes cosas. Había de vencer al persa Firouz en Daras, al rey vándalo Geilimer cerca de Cartago, y a los cabecillas góticos en Italia y Sicilia. Ocupado en la defensa de Roma contra

LOS LIBROS Y SUS AUTORES

BELISARIO Y ANTONINA la pareja del Siglo VI

DE BAILARINA DE CIRCO A MAGISTRADA ROMANA.—LOS TIEMPOS Y LAS CAMPAÑAS DE BELISARIO.—JUSTINIANO Y SU MUJER TEODORA.—ANTONINA DERROCA AL PAPA SILVERIO.—EL BANQUETE DE MODESTO EN SU VILLA DE LA TRACIA.—UN AMOR QUE RESCATO A DOS CORTESANAS DEL TODO Y LAS HIZO LAS MUJERES MAS GRANDES DE UNA EPOCA.

los Godos de Wittich, presenció la caída del Papa Silverio, ordenada por su mujer. Justiniano empezó a temerle, prejuiciado por las intrigas de militares envidiosos. Convencido de que los pueblos aman a sus ídolos por la espada y prefieren verlos envueltos en llamas de sangre, el Emperador ordenó que le extirparan los ojos a Belisario, quemándose con agujas candentes. Pero el martirio no se realizó.

LA CAIDA DEL PAPA SILVERIO, PRE-SAGIO DEL DESASTRE

Según la narración del eunuco Eugenio, Belisario tuvo que delegar en su mujer el despacho de numerosas responsabilidades ejecutivas y jurídicas. Así fué como ella descubrió el plan de una «quinta columna» que conspiraba entre los Leales de Roma. Recelosa de los enemigos encubiertos que sospechaba envueltos en la conjura, había prohibido la entrada y salida de la gente por los portales de la ciudad. Un día se le presentó un clérigo para pedirle permiso para ausentarse por dos o tres noches. Dijo haber olvidado un libro en la sacristía de su iglesia cerca del Puente Mulvio, y quería ir por él.

—¿Qué libro?—preguntó Antonina.

—Las cartas de San Jerónimo.

Aunque sabía de sobra que ningún sacerdote en sus cables iba a exponer la vida por un libro que se podía obtener en cualquier iglesia de Roma, ella lo dejó salir, haciéndose la disimulada. Aquella misma noche arrestaron al presbítero y en sus ropas le encontraron cosida una carta dirigida al Rey Wittich y firmada por todos los Senadores principales y por el Papa Silverio, en la que la «quinta columna» ofrecía abrirle la Puerta Asinaria al ejército godo que tenía sitiada a la ciudad.

La descripción que del caso nos hace Graves es increíble, y desde luego nada puede garantizar su veracidad, excepto la ingenua declaración del eunuco Eugenio, aparentemente forjada como parte de la técnica por medio de la cual había el autor de tratar un asunto tan escabroso. Belisario, punzado por

sus escrúpulos religiosos y acaso desconfiado de las cosas que se le ocurrían a su cara mitad, no quiso presidir en el proceso y la dejó a ella que abordara al Papa. La incorregible pagana no vaciló en aceptar el encargo y profanaba de esta guisa: «Con mitra o con casco, un traidor es un traidor!».

El Papa Silverio se presentó en la sala del Palacio Pincio ataviado de gala, en sedas blancas, de púrpura y de oro. Llevaba el anillo de pescador en el dedo, y el báculo pontificio en la diestra. Sobre la cabeza lucía la gran tiara cargada de preciosas joyas. Lo acompañaba un séquito imponente de obispos y jerarcas de la Iglesia a quienes Antonina ordenó esperar en una de las antecámaras.

Después del interrogatorio, que estuvo matizado de frases mordaces, Antonina ordenó que se despojara de sus vestiduras al Sumo Pontífice, y mandó desterrar a los Senadores que creía complicados en el plan. Esa noche, el Papa Silverio partió para Nápoles. La historia acusa a Belisario de haberlo apresado y enviado a la isla de Palmeria, donde murió, pero sería muy verosímil afirmar que sólo se limitó a hacerse la vista gorda ante los actos de Antonina. El hombre que se enfrentaba a los ejércitos más aguerridos en el campo de batalla nada podía contra la voluntad de aquella cortesana zafia y blasfema que no respetaba nada en el mundo.

DOS MUJERES QUE PRECIPITAN EL DERRUMBE DE UN IMPERIO

La otra cortesana, Teodora, pensaba como su amiga Antonina, que las faldas gobernaban mejor el mundo que los hombres. Nacidas entre la plebe, aprendieron en el ambiente del circo las artes de la intriga, que practicaban sin rodeos justificándolas en nombre de un mal entendido patriotismo. Belisario así lo comprendía y se resignaba a todo. Justiniano, también. Cuando se esperaba que éste muriera, el valiente general romano tuvo, sin embargo, un momento de carácter y se negó a obedecer a Teodora, alegando que

aquello era anticonstitucional. «Los sirios en ser gobernados por una... Pero Justiniano sanó de sus... el esqueleto gritaba como desesperado... dulce Belcebú, salvador de los monarcas... me lleves aún, Belcebú, que el ángel... nará de cólera!». El «ángel» a que... ría era nada menos que Belisario... Teodora se cuidara de mantenerle... las alas.

Entre ella, Juan el Epicuro y sus amigos de Belisario, prepararon la... éste, como Antonina había urdido... Papa Silverio. Entonces actuó de... la propia Teodora en Constantinopla... la hacía Antonina en Roma. Bel... claró que, en efecto, se había negado... decer a Teodora en el cargo de suplen... peratriz. Esto facilitó su degradación... castigo lo mandaron a Roma, a... campaña desastrosa. Por la puerta... traición de unos soldados, permitio... da al Rey Teudel, que se apoderó... dad con sus falanjes godas.

En Taranto, en Mesina, en Constantinopla, Belisario fué el tipo... clásico. Los personajes con quienes... no podían ser más napoleónicos. Le... Capua y vándalos sanguinarios... al militar honorable, que evitaba... to cada vez que podía. Los monarcas... cuerpos de caballería y los vándalos... justicia de su mano, siempre que... venía en las cosas Antonina.

Ah, esta Antonina era una... mosa! Conoció a Belisario en... de éste, Modesto, con ocasión de... te en el que ella fué llevada... ner a los comensales con cantos y... sidia el acto la deidad del vino;... filosofía y de arte. Modesto estab... de su villa, tan hermosa como la... Se sentía contento de vivir en la... na de Orfeo y del «noble culto»... Cuando Simeón se quejó de las m... desnudas del friso. Modesto dijo... titud de las personas ante la de... una de las pruebas de la civilizac... bárbaros abominaban del espectácu... alegaba que le parecía ridículo... pero no el alfabetismo. «Esas m... nudas—contesta Modesto—son... sadas, Simeón; las mujeres de la... hicieron pedazos al Rey Penteo... ciar el vino obsequio de los dioses».

Antonina canta una canción... poeta sirio Meleager; Modesto... fas de la Galatea de Horacio; en... momento, el viejo Simeón... le permita un abrazo. Pero la m... chaza, su vista puesta en los días... de Belisario. Modesto ha hablado... dencia militar de los romanos y... las glorias de Claudio. Ella ha... seguida con ver al joven hecho... por la noche llora y le cuenta... Eugenio que el muchacho le declar...

¿Prendió allí, acaso, la ilusión... lla pasión histórica? De los hec... prende que bajo la influencia de... Belisario hizo muchas cosas gran... guerras de Persia; el sitio de Ná... pedición a Cartago, son gestos im... res. Del circo a los prostíbulos... nas un paso, y sin embargo, A... alzó del lodazal. Teodora, por su... cionaba como un Emperatriz. A... tituyen el centro de interés de... histórica, en la que los personajes... fantasmas en la autobiografía del... genio.

Graves ha escrito una obra... grama, como antes lo hizo con... Claudio. Sólo que en esta novela... jeres dejan al lector haciéndose... sando que tal vez a ellas se debi... tre final del imperio romano. Est... cas de circo resultaron más listas... derosas que las Pompadour, las... las Maintenón. Como almas paga... nen rival en la historia.

EL AMOR DE UN REY QUE SE CONVIRTIO EN ODIO Y TRAICION

Las murmuraciones de la Corte llevan a la Condesa Ana Constanza de Casel a la desgracia y el encierro.—Ocho años prisionera en el corazón del Rey y el resto de su vida en una mazmorra.—Cómo era y cómo procedía aquel gran monarca llamado Augusto el Fuerte, que legitimaba a sus hijos por real decreto.

ojos negros muy grandes, piel nivea, bellísimos dientes, nariz fina, y una boca de labios provocativos. Aunque era alta y esbelta,

sus líneas eran voluptuosas. El rey la requirió de modo rápido y abrumador, acabando la condesa por pedirle una promesa escrita y

y se colocó como pianista en un «music-hall» de ínfima categoría. Hizo amistad con mucha gente del bajo mundo y comenzó a averiguar cosas vinculadas con el tráfico de drogas y las costumbres de los viciosos. Conoció el olor a viejo del opio, supo distinguir la cocaína de la heroína por la opacidad y el brillo respectivo; distinguió los efectos terribles de la marihuana, los requisitos para la preparación del «haschich», los métodos de venta y los lugares más frecuentados por los viciosos. Se hizo, en una palabra, experta en todos los aspectos que se ofrecen en torno al terrible vicio de las drogas. Fingió inclusive ser ella misma viciosa, y no sólo compró drogas, sino que llegó a ser detenida en una «crazzia» policial.

Seis meses más tarde regresó a su antiguo barrio y para todo el mundo había salido de la cárcel. En realidad, Ethel pasó entre rejas varias semanas para ampliar con las demás presas sus conocimientos del ambiente.

Cuando regresó, después de una corta temporada en el East River, se radicó definitivamente en el China-town, y, entonces, comenzó aquella terrible ofensiva del Gabinete de Narcóticos.

Durante tres meses, noche y día, Ethel Beirry estuvo batiendo a los traficantes de alcaloides y a los consumidores, en sus propios reductos. Tan peligrosa era aquella misión que Williams llegó a destacar un grupo de seis hombres que vigilaban todo lo posible la seguridad de la joven pesquisa.

Sus informaciones tenían un valor que

no se podía apreciar de ninguna manera. A ella se debió el famoso allanamiento de la Kang King Company, falsa entidad comercial de la calle Mott 69, donde tenía su cuartel general un grupo de contrabandistas y donde la policía detuvo a una banda de ocho individuos conspicuos en esa actividad, secuestrándoles opio y otras drogas por valor de ochocientos mil dólares.

Las detenciones se repetían, a veces, diariamente y caían en manos de la policía tan pronto traficantes de importancia como simples intermediarios o infelices consumidores de esos terribles venenos. Los datos de la joven llegaban por los conductos más extraordinarios, pero tenían siempre una precisión matemática. En tres meses tan solo, la violencia de esa ofensiva policial permitió hacer, en Nueva York, un verdadero saneamiento de los explotadores de ese tráfico criminal, sin contar que también se obtuvieron importantes datos para las policías de Los Angeles, San Francisco y Chicago, donde era considerable la actividad en el tráfico de drogas.

Después de esa dura labor, Ethel Beirry descansó seis meses en Europa y al regresar ocupó ya un cargo de confianza junto a Garland Williams.

Esta es a grandes rasgos la reseña biográfica de la extraordinaria mujer que poseyendo una no menos extraordinaria «mente criminal» tuvo el valor y la entereza necesarias para ponerla al servicio de la justicia con un éxito que bien se merece su peligroso y constante esfuerzo.

formal de matrimonio morganático y una pensión de cien mil thalers anuales para ella y los niños que pudieran nacer de esta unión. Este documento se convirtió después en instrumento fatal para la condesa.

—Durante siete años las relaciones continuaron en éxtasis, hasta que al fin la corte se convirtió en hervidero de murmuración y rumores, asegurando que Constanza proyectaba convertirse en una Madame Pompadour sajona. Irritado por las habillitas cada vez más persistentes, Augusto exigió la devolución del convenio escrito. La condesa se negó pidiendo tiempo para pensarlo. El rey perdió la paciencia y exigió de nuevo el documento. Constanza se negó rotundamente. Ante esto, sus enemigos decidieron aprovechar la oportunidad para pedirle al rey que se hiciese obedecer. En el corazón del monarca surgieron llamaradas de odio y el mismo amante puso fin a los ocho años de amor, escoltando en persona a la bella Constanza al castillo de Stolpen, del que la favorita caída trató de escaparse repetidas veces sin éxito, pues sus habitaciones suntuosas y con amplio espacio para su numerosa servidumbre, estaban en la torre del castillo, situadas a gran altura.

—Las habitaciones de la torre eran amplias, pero no tenían más ventanas que troneras en muros de dos metros de espesor. Una escalera circular unía los tres pisos. En el más alto estaba la servidumbre; en el segundo el comedor, el salón, el boudoir y la alcoba, y en el inferior la biblioteca de 3.000 volúmenes, pues allí Constanza disponía de tiempo para leer. El mobiliario original ha desaparecido totalmente, aunque todavía se conserva un retrato al óleo de Augusto el Fuerte que ocupa el sitio de honor entre bordados exquisitos hechos por las propias manos de la condesa. Hay también un mechón de cabellos y varios retratos de ella, hechos a diversos intervalos y que prueban que conservó su belleza hasta edad muy avanzada. El inventario de sus efectos personales arrojó un total de 470.190 thalers. Hacia el ocaso de su vida recibió en su prisión a muchos sabios hebreos, y se dice que a la avanzada edad de 85 años abrazó la fe mosaica, poco antes de su muerte en 1765.

Durante la narración, las bandadas de gorriones continuaban recibiendo migas de mi interlocutor.

—Debo decirle—continuó—que poco después de la muerte de August der Starke, acaecida en 1733, su hijo y sucesor, Federico Augusto II, ofreció a la condesa la libertad y una pensión considerable. Constanza contaba entonces 57 años. A la oferta respondió como una reina: «Durante ocho años estuve prisionera en el corazón de Augusto y preferí pasar el resto de mi vida prisionera en una de sus mazmorras». La respuesta fué muy digna de una mujer cuyos amores nunca serán olvidados. Por mucho tiempo se ignoró el lugar donde fué enterrada, pero en 1881 su ataúd se encontró cubierto de escombros en la arruinada capilla del castillo. Una sencilla lápida de piedra roja con su nombre y una cruz marcaba su última mansión.

El historiador se levantó bruscamente, esparció las migas, sacudió las migas de su ropa, colocó de nuevo el monóculo, se inclinó rígidamente despidiéndose, y me explicó que Augusto también había dejado una progenie más numerosa que la de cualquier otro veleidoso amante de aquella época, no olvidándose nunca de reconocer públicamente cada hijo a los que legitimaba por real decreto.

HIEME aquí en el jardín del Hotel Bellvue, a orillas del Elba, recibiendo de un desconocido, al parecer muy verificado, la sorprendente biografía de Augusto el Fuerte, que en todos los aspectos fué una personalidad gigantesca entre los monarcas del mundo. Era un hombre de vastas proporciones en todo sentido: pesaba 322 libras, construyó durante su reinado una ciudad de belleza incomparable; ejerció gran influencia en el arte y las maneras de su época y fué amante de las bellezas más destacadas de entonces.

—Lo que Luis XIV hizo por Versalles Federico el Grande por Postdam, en el sentido artístico, lo hizo Augusto por Dresde en circunstancias muy difíciles—declaró el bondadoso teutón que me describía la vida del gigantesco monarca.—Sin embargo, como generoso en la distribución del favor real en lo que al romance se refiere, ocupó un lugar único entre los grandes de su época.

Como parecía salirse de lo prometido, recordé a mi interlocutor el nombre de la Condesa Ana Constanza de Cosel, que por muchos años fué favorita de Augusto, y a la que hicimos referencia en el artículo anterior.

—¡Ah, sí! Ese fué ciertamente un noble «affaire» del corazón mientras duró—repliqué lanzando migas de pan y de bizcocho a los gorriones que rodeaban la mesa en que comábamos el café—pero como toda explosión sentimental ocurrida en condiciones difíciles y con gran ardor, tuvo un epílogo trágico. Duró ocho años, de 1705 a 1714... y el resultado fué el encarcelamiento de la favorita en el castillo de Stolpen, en la Suiza sajona, durante cuarenta y nueve años. Envió en la fortaleza a los 36 y la libertó la muerte a los 85. El precio fué verdaderamente muy alto para una dicha tan corta.

—Constanza de Cosel fué una de las mujeres más bellas de su tiempo y atrajo por primera vez la atención de Augusto en un baile de la corte. Los retratos al óleo y los grabados de la época ofrecen elocuente testimonio del buen gusto del monarca. Tenía

UNA MUJER...

(Continuación de la página 16).

trabajo de escritorio de Williams y preguntó:

«¿Algo más?...

Williams meneó la cabeza. Ella dijo «buenas tardes» y desapareció.

Volvióse él hacia mí sonriente:

«¿Ha visto?... Allá no pensó usted que fuera policía...»

—Phsss.

—A muchos les ha pasado como a usted. Quisiera mucho pensar que ella sea una sagaz policía. Y eso le ayuda enormemente...

o o o

Me interesó mucho Ethel Beirry y averigüé por eso algunas cosas de esas hazañas policíacas. Con todo lo que lleva hecho en el Departamento se podría escribir un grueso volumen, pero no hay duda que la parte más interesante de sus actividades fué esa que se circunscribió al barrio que se extiende entre los puentes Brooklyn y Manhattan, donde hace muchos años se han instalado los amarillos hijos del que fuera Celeste Imperio.

Allí en China-town, Ethel Beirry conquistó sus primeros laureles. Cuando decidió entrar al servicio del Gabinete de Narcóticos hizo con un plan propio y después de adquirir alguna experiencia como secretaria de un fiscal.

Propuso su plan, arriesgado por cierto, a Williams y éste aceptó. Ethel se fué a vivir uno de los barrios pobres del East River

Del BUEN HUMOR

... AJENO ...

MUY BREVES



MEJOR

Dice un experto que cuando uno se ve atacado por una bestia feroz, lo mejor para ahuyentarla es mover rápidamente los brazos. Yo creía que lo mejor era mover rápidamente las piernas.—(Prager Press).



(© 1939, by Bell Syndicate)

DICE LOLITA:

El optimismo de ciertos viejos llega hasta hacerlos creer que una vacación en Florida les puede proporcionar una resurrección amorosa.

QUE NO LO LEA SU MUJER

La razón por qué Hitler no ha querido casarse es que está resuelto a seguir siendo el amo de Alemania.—(Picadilli).

TAMPOCO

Hay hombres tan cínicos que no se casan. Y otros que se casan para aprender a cínicos.—(Humoristische Listy).

CONSUELO

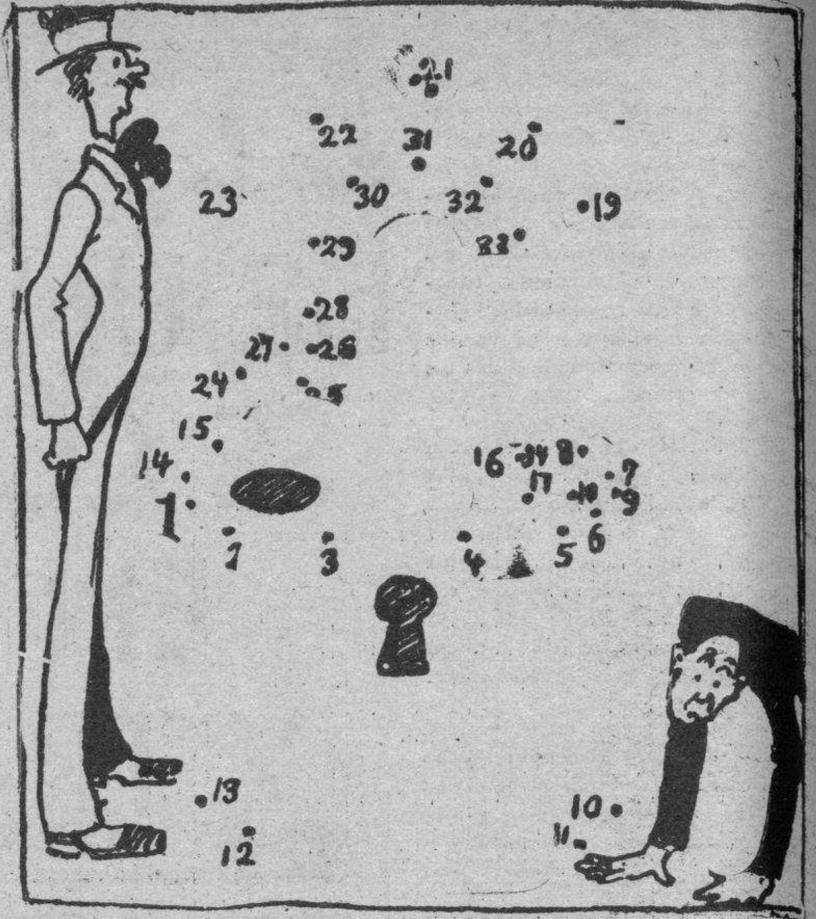
Los desgraciados en amor no son sólo aquellos cuya propuesta de matrimonio fué rechazada.—(Rire).
hay un sitio apropiado para cada persona. Debería decirle a mi suegra cuál es el de ella.—(Uj Magyarsag).

NO TAN EXACTO

Dice una feminista que no hay nada más falso que esa afirmación de que la mujer siempre tiene la última palabra en toda discusión con el hombre. Y tiene razón; casi siempre la última palabra es la del hombre que pide perdón. (Die Grune Psot).

AVIPOLITICA

Dice un Ministro de Estado que nada se logra en este mundo con simplemente sentarse y esperar. Se conoce que ese Ministro nunca conversó con una gallina. (Mattino).



Petronilo Carasquete le pregunta a su hijo Tobitas:

—Qué estás haciendo hoy, hijo mío?

—Un arquitecto—le responde el chico—me encargó que le hiciera un... para su nueva casa. (Vaya trazando líneas rectas entre los números).

DIOGENES

Dice un comentarista cínico que el Gobierno tiene que trabajar fuerte en resolver una cantidad de problemas que el país no tendría si no fuera por el Gobierno. (Hibernia).

CONYUGAL

Dice un marido que jamás su mujer e ha armado un escándalo cuando llega de madrugada a su casa. Eso lo «decimos» todos los maridos... (College Humour).

APELLIDOS...

El sacerdote está poniendo las bendiciones al matrimonio de Manuel Estornudó con Julieta González. Una «amiga» de la novia se vuelve a otra en la Iglesia y le dice: «Figúrate que dentro de cinco minutos vamos a poder decir la Señora Estornudó y no podrá molestarte». (Collier).

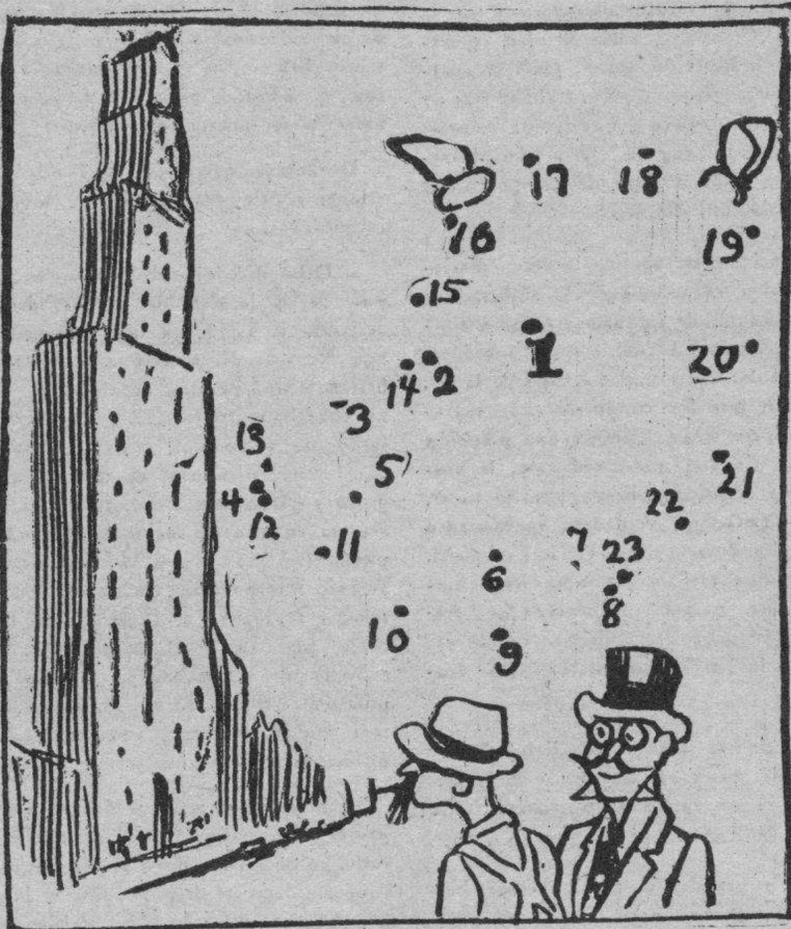
Frecuentemente una dieta de placeres trae una dispepsia moral.



(© 1939, by Bell Syndicate)

DICE LOLITA:

Las caídas que sufre la patinadora lo, notendrían importancia si no por lo mucho que se recuerdan de



—Señor Marcelo, ¿no me recuerda? Yo lo ayudé a construir ese hermoso edificio.
—¿Qué me ayudaste? ¿Y de qué manera?...
—Sí, hombre, sí... Soy Calenturita... Durante una semana estubo encargado de contar los... en el departamento del cemento...
(Vaya trazando líneas rectas entre los números)



(© 1939, by Bell Syndicate)

DICE LOLITA:

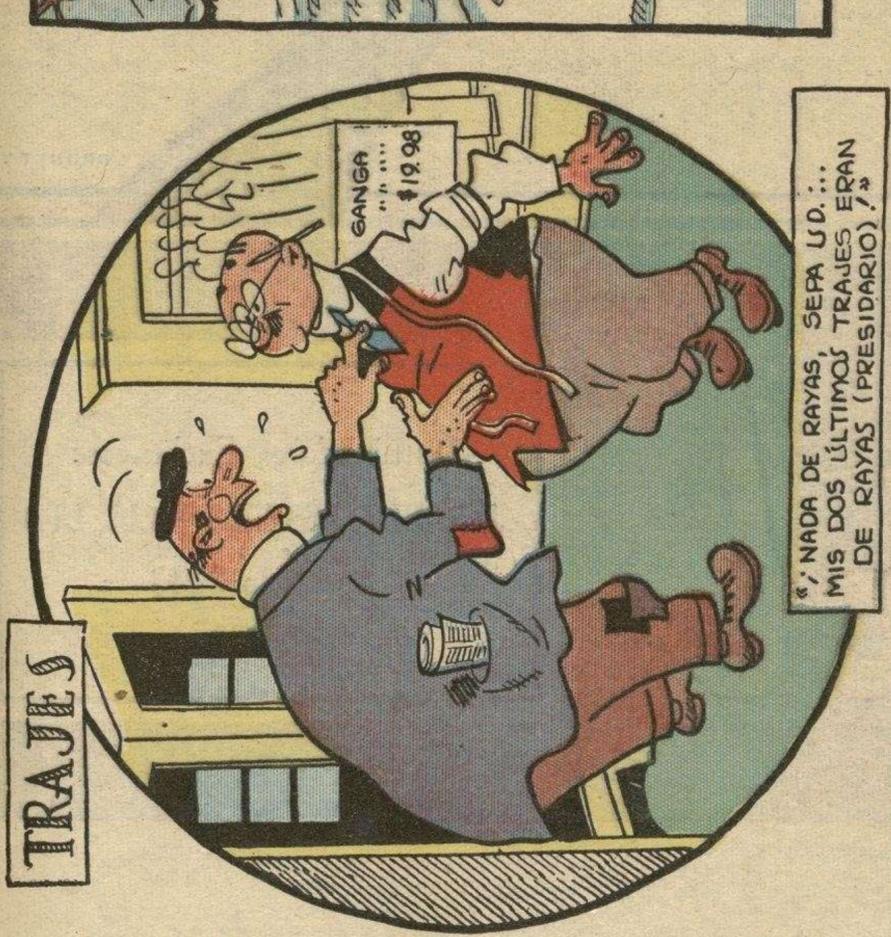
La muchacha nortea que resbala en el hielo de la acera, siente de repente la necesidad de salir a la calle protegida con cojines...



(© 1939, by Bell Syndicate)

DICE LOLITA:

El viajar en un tren de esquiadores es tan seguro como darse un por un bosque azotado por un



TRAJES

"¡NADA DE RAYAS, SEPA UD. ... MIS DOS ÚLTIMOS TRAJES ERAN DE RAYAS (PRESIDARIO)!"

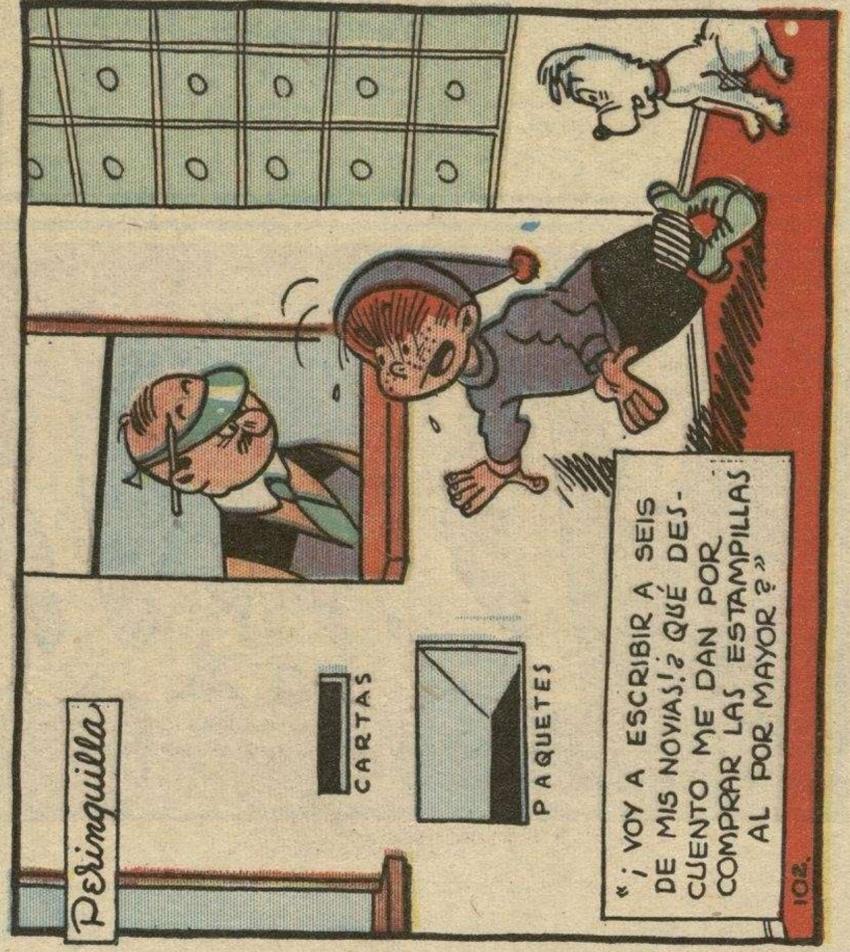


"¡ME ENCANTA CAMBIAR LOS REGALOS DE NAVIDAD, ASI PARECE COMO SI COMPRÁRAMOS LAS COSAS POR NADA!"



"¡HAY MUJERES QUE SUBEN POR SU FIGURA OTRAS USAN UNA 'FIGURA' PARA SUBIR!"

Pampelnadas



Perinquilla

"¡VOY A ESCRIBIR A SEIS DE MIS NOVIAS! ¿QUÉ DESCUENTO ME DAN POR COMPRAR LAS ESTAMPILLAS AL POR MAYOR?"



"¿NECESITA UD. UN ABOGADO, SEÑOR?"

FRED NEHER.



"¡GOZASTE MUCHO EN EL CARBET CON SOLO UN EMPAREDADO Y UN GORRO DE PAPEL? ¿POR QUE NO HAS DE GOZAR CON LO MISMO EN TÚ PROPIA CASA!"



El DENTOL es el dentífrico conocido universalmente, por ser un excelente antiséptico, estando, además, dotado de un perfume muy agradable.

El DENTOL, que está fabricado, según los trabajos de Pasteur, destruye todos los microbios nocivos de la boca, impide también y cura seguramente las caries de los dientes y las inflamaciones de las encías.

Acostúmbrase a usar diariamente el DENTOL, y se sorprenderá de la blancura resplandeciente de sus dientes. El DENTOL destruye el sarro.

De venta en toda la República
a los precios de:

\$0.20 tubo mediano
0.40 tubo grande.

Dentol

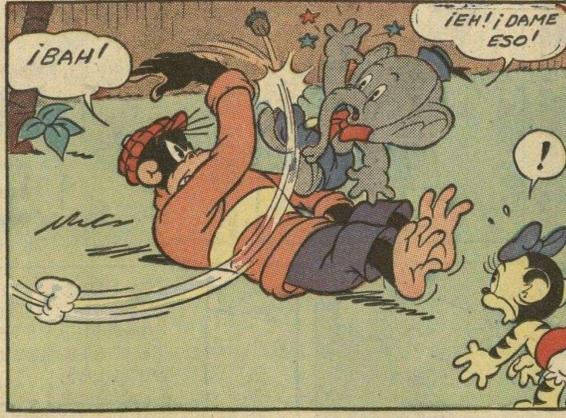
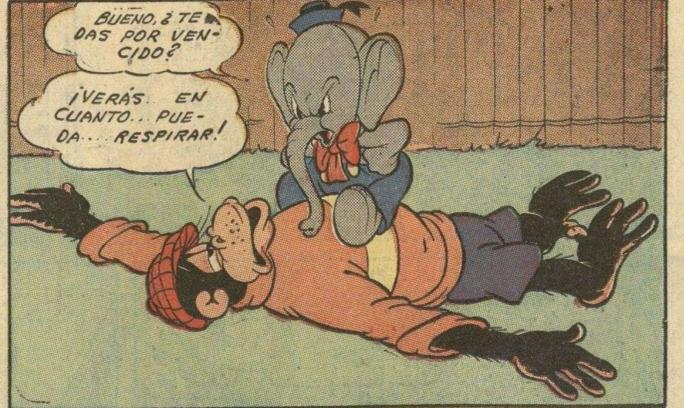
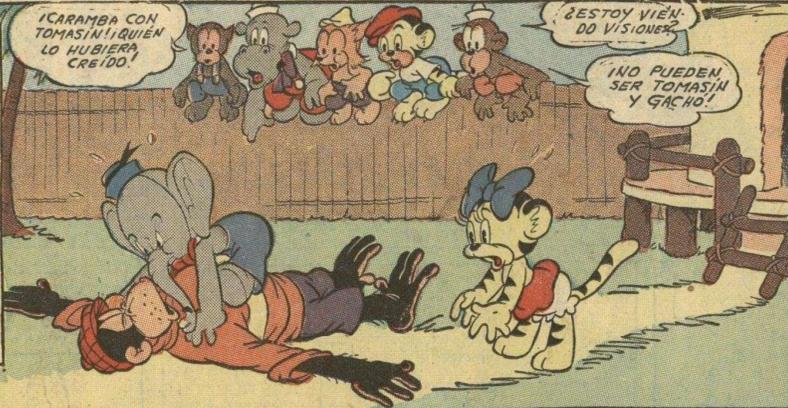
Distribuidores Exclusivos:
J. PAULY, SES FILS & CIE. LTD
Apartado 2143
Habana.

DIARIO DE LA MARINA

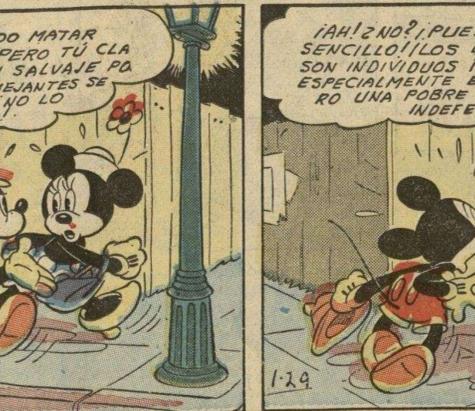
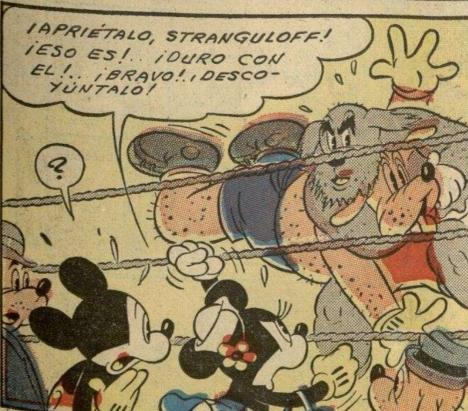
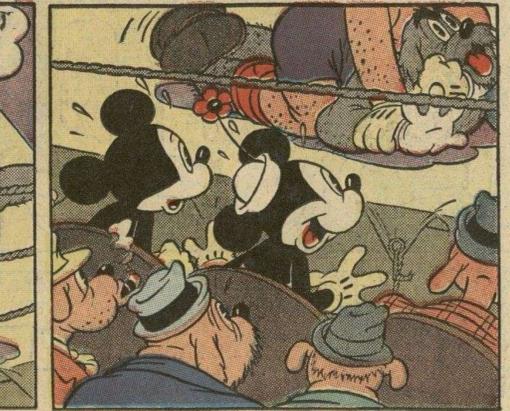
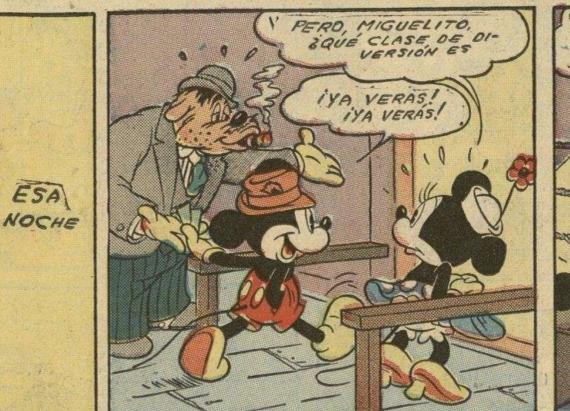
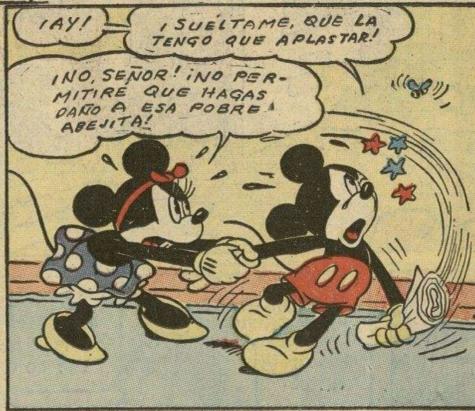
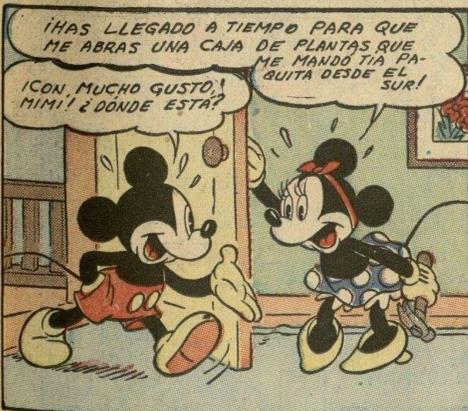
DOMINGO 5 DE FEBRERO DE 1939



¡ANIMADO Y FORTALECIDO POR LA BELLOTA MÁGICA, TOMASÍN ESTÁ VENCIENDO AL GO RILLA, CON GRAN ASOMBRO DE TODOS LOS CIRCUNSTANTES.



EL RATON MIGUELITO



WONG-LO

POR BRANDON WALSH

CUANDO EL "AMO", JEFE DE UNA BANDA DE ASESINOS, SE ENTERA DE QUE TODOS SUS SATELITES HAN MUERTO O ESTAN EN PRESIDIO, SU ODIOS A NUESTROS AMIGOS RAYA EN LOCURA. JURANDO VENGARSE, SE OCULTA A BORDO DEL "PETREL", Y EN UN INTENTO DE VOLAR EL BARCO PIERDE LA VIDA. WONG, TOMAS, CARLITOS Y LOS FIELES TRIPULANTES SE SALVAN POR MILAGRO.



¡ES INÚTIL, CAMARADAS! ¡VAMOS AL GARETE, COMO UN PUÑADO DE SARGAZO! ¡NOS IREMOS A PIQUE IRREMISIBILMENTE!



¡CON EL TIMÓN DESHECHO Y LAS MÁQUINAS ANEGADAS EN AGUA, NUESTRO CASO ES DESESPERADO! ¡NI SIQUIERA SABEMOS DÓNDE ESTAMOS!



ESTÁ ESCRITO: SI NO PUEDES TENEL LO QUE QUIERES, LIMITA TUS LESEOS A LO QUE PUELAS TENEL. AUN QUE LA EL POLYENIL.



¡TIERRA! ¡LA PROA!



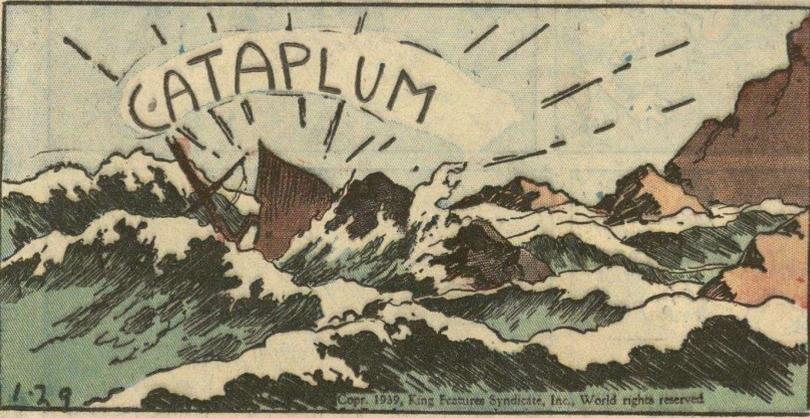
¿TIERRA? ¡SI ESE ESTÁ LOCO! ¡ESTÁBAMOS A 1500 KMS. DE LA TIERRA MÁS CERCANA CUANDO NOS BOMBARDEARON!

SE HA LICHADO QUE SI TOLOS LOS NECIOS LLEVASEN GOL'AS BLANCAS PARECIAMOS GANOSOS.



¡DIOS NOS AMPARE! ¡YA SOMOS CADÁVERES!

ESTE NECIO LECUELA QUE LOS CALAVELLES SIEMPRE MANTIENEN UN SILENCIO DE COLOSOS!



CON LABIOS TEMBLOSOSES ESTA INÚTIL PERSONA PILE EL FAVOL LE LOS LIOSOS LE LAS ALTULAS.

ANITA Y SUS AMIGOS

Registered U. S. Patent Office

Brandon Walsh



¡BRAVO! ¡HAS REPRESENTADO A LA REINITA ADMIRABLEMENTE!... ¡JAMÁS HE VISTO UNA REINITA... ¡PERO TÚ ERES MAGNÍFICA!



¡QUÉ BUENA ERES, ANITA! ¡NO IMPORTA QUE PAPEL HAGA YO, ME ENCUENTRAS SIEMPRE MARAVILLOSA!

¡CÓMO QUE LO ERES! ¡PALABRA QUE SI!



YO NACÍ EN EL TEATRO. ¡ME ENCANTA! PERO ES UNA VIDA DURA... SIEMPRE ESTUDIANDO NUEVOS PAPELES, ENSAYANDO Y YENDO AL COLEGIO.

¿YENDO AL COLEGIO?



¿ESTUDIAS LECTURA, ORTOGRAFÍA Y ARITMÉTICA, COMO LOS DEMÁS NIÑOS?

¡NATURALMENTE! ¡TODOS LOS NIÑOS ARTISTAS TENEMOS QUE ESTUDIAR! ¡LA LEY LO OBLIGA!



¡Y ELLA VA AL COLEGIO TODOS LOS DÍAS! ¡ESO ES TENER SUERTE, Y LO DEMÁS ES LADRAR A LA LUNA! ¡QUIÉN PUDIERA!



PERDÓNAME, HIJA. ¡SOY UN VIEJO EGOISTA! ¡PORQUE VOY QUEDANDO CIEGO, Y NECESITO TU AYUDA PARA OCUPAR ESTE EMPLEO...

¡USTED NO ES EGOISTA, SEÑOR BARNES! "HUESITO" Y YO NO TENÍAMOS AMIGOS Y NOS MORIAMOS DE HAMBRE.



USTED NOS REGOCIÓ Y NOS TRATÓ MAGNÍFICAMENTE. ¡NO HAY MANERA DE PAGARLE!

¡ESPERA! ¡TENGO UNA IDEA!



¡PALABRA, "HUESITO", QUE SOY LA NIÑA MÁS AFORTUNADA DEL MUNDO! ¡VOY AL COLEGIO DENTRO DEL TEATRO! ¡EL SEÑOR BARNES SERÁ EL MAESTRO, Y HABRÁ CLASES TODOS LOS DÍAS, COMO EN LA METOR DE LAS ESCUELAS!



MODESTO RIZOS



¿QUE HACE EN MI CABAÑA?

QUIERO PROBAR SU COMIDA. PREPÁREME ALGO.



LA COMIDA ESTABA SA BROSA.

AHORA VOY A LA ALDEA PARA REGRESAR ESTA NOCHE. HE DECIDIDO QUEDARME UNOS DIAS CON USTED.



¡SE FUE! ¡NO SOSPECHA QUE YO NO SOY EL VERDADERO ERMITAÑO!

Y TAMPOCO SABE QUE YO SE DÓNDE TIENE ESCONDIDAS LAS PALOMAS MENSAJERAS.



SACARE LAS DOS PALOMAS Y LAS SUBSTITUIRE CON EL PAR QUE ME PRESTO EL GRANJERO LEECH.

ASÍ, CUANDO MANDEN ALGÚN MENSAJE CON UNA PALOMA, IRÁ A PARAR A CASA DE LEECH Y PODRÉ ENTERARME DE TODO.



¡QUE PRONTO REGRESO! ¡TENDRÉ QUE HACERME EL DORMIDO!



¡DORMIDO!... ¡SUERTE PARA EL Y PARA MI!

EL VEJETE NO ES PELIGROSO; PERO VALE SER PRECAVIDO.



DUNBY ENTRA EN LA CUEVA POR LA PUERTA SECRETA.

ENVIARÉ EL MENSAJE HOY. SI LO DEJO PARA MAÑANA...



DESPUES DE SOLTAR A LA PALOMA, DUNBY SALE PARA LA ALDEA. RIZOS SE LEVANTA Y SE DIRIGE A TODA PRISA A LA CASA DE SU AMIGO EL CAMPESINO LEECH.

¡VAMOS! ¿YA LLEGO AQUI LA PALOMA?

¡SÍ, RIZOS... Y TRAIA ESTE MENSAJE!



¡SEGURO TRAERLO POR AEROPLANO, USEN ESQUIS. (FIRMABO D.)

LE SUGIERO, RIZOS, QUE ATE EL MENSAJE A UNA DE LAS PALOMAS DE DUNBY, LA SUELTE Y AVISE A LA POLICIA...

CONTINUARA

AVENTURAS DE AGUILUCHO

Lyman Young



LA REINA LORONO VE FRUSTRADA SU TENTATIVA DE RECOBRAR EL TESORO, DEBIDO A LA SUBITA APARICION DE ALROOD, PEPE Y AGUILUCHO, QUIENES LA SACAN SIN SENTIDO DE LA CAVERNA LLENA DE HUMO.

ANTES DE QUE SUS GUERREROS NOS DEJEN, CUBRAN ALROOD, DEBEMOS LLEVAR A LORONO A NUESTRO ESCONDIRTE.

¡MI HERMANA APENAS RESPIRA, RANDO!

EL HUMO DEBE HABERLA AHOGADO MIENTRAS TRATABA DE SACAR DE LA CUEVA EL SACO CON JOYAS.



¡LOS GUERREROS!... ¡LOS GUERREROS DE LA REINA!



¡A ELLOS, AMIGOS!

¡MI UN PASO ATRAS! ¡IO MATAMOS O...!



¡CORRAN! ¡UN DERRUMBE!



¡REFUGIENSE AQUI!

¡VEN, ALROOD!

¡PERO LORONO... SE VA HUNDIENDO!



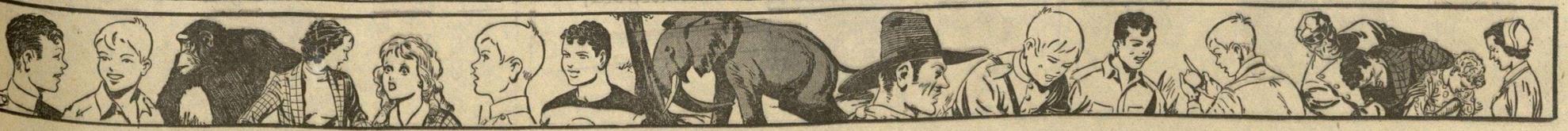
¡QUEDO ENTERRADA BAJO LAS ROCAS!

¡LAS JOYAS BRILLAN SOBRE SU TUMULO!

¡HASTA ALLA NO PODEMOS BAJAR!

¡LORONO ENCONTRO EL TESORO DE LA CUEVA NEGRA; PERO LO PAGO CON LA VIDA!

CONTINUARA





PEDRO HARAPOS

Registered U. S. Patent Office

